La pared de enfrente

_ Abraham Guerrero Tenorio

Premio «València» de narrativa en castellano



La Caja Books


La Caja
Books

La pared de enfrente

_Abraham Guerrero Tenorio

Premio «València» de Narrativa



La Caja Books

La pared de enfrente
Primera edición: octubre de 2025

© del texto original: Abraham Guerrero Tenorio
© de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Raúl E. Asencio
Diseño de la colección: Setanta
Corrección: Leticia Oyola
Maquetación: Esperança Martínez

© La Caja Books
www.lacajabooks.com
info@lacajabooks.com

ISBN: 979-13-87713-06-5
eISBN: 979-13-87713-12-6
Depósito Legal: V-3595-2025

Este libro recibió el Premio «València» de Narrativa del año 2025 con un jurado compuesto por Carla Nyman, Carlos Catena Cózar, Claudia González Caparrós y Raúl E. Asencio.

institució
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació
[75anys]

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

A Marian, muro de contención.

Índice

I Cuerpo de piedra, cuerpo triste

II Allá, allá lejos; donde habite el olvido

III Esta humillante servidumbre

IV Libremente, con la libertad del amor

V La libertad no es de este mundo

¿Qué mérito tiene vivir la vida si no vas a convertirlo en algo extraordinario, en algo que roce la ficción, en algo que roce lo insólito, lo inaudito?

Boris Izaguirre

… admiro también a un transexual
que se llama Manolita Chen…

Pedro Almodóvar

I
Cuerpo de piedra, cuerpo triste

Yo he elegido la cama de abajo, niña. No está bien que empiece mandando, pero ya he estado varias veces en la cárcel y aquí dentro hay que plantar unas normas desde el principio. Además, tú eres más joven, mírate, tan modosita y con carita de no haber roto un plato en la vida. Asusta este cuchitril, ¿verdad? No te preocupes, a todo se acostumbra una. Yo estoy aquí para ayudarte, conmigo te sentirás protegida. Acércame esas babuchas, anda, que la ciática apenas me deja moverme. ¿Ves cómo estoy, niña? Si no puedo ni agacharme, imagínate trepar todas las noches como un mono para dormir. Mi cama es la de abajo, no se hable más. Por cierto, que no me he presentado, mi nombre es Manuela Saborido Muñoz, aunque no siempre me he llamado así. Mi primer nombre fue Manuel, Manuel Saborido Muñoz, y esa *a,* esa *a* que le faltaba a mi nombre, la sentía en la infancia como un vacío; esa *a* ha sido, niña, como una carreta de piedras que todavía arrastro. Saborido es el apellido de mi padre, que nos dejó huérfanos cuando yo contaba con apenas tres añitos
de edad. Muñoz es el de mi madre María, María la Viuda, que nos sacó a mí y a mis once hermanos adelante con mucho esfuerzo y una taberna muy flamenca situada en una cueva cerca de la plaza de las Aguas. Muchas horas hemos pasado allí con ella. Por las mañanas, ordenando los quesos apestosos y el jamón, y por las tardes, llenándoles los vasos de vino a todos los que se acercaban a escuchar buen flamenco; y a escupir también, niña, que me pasaba horas recogiéndoles los gargajos que echaban al suelo, unos escupitajos gordos que parecían cagadas de palomo. María la Viuda, niña, es la mujer a la que más he admirado. En parte, soy la que soy

gracias a ella. Pero no te creas que todo ha sido felicidad. Mi infancia fue muy desagradable. Fui una chiquilla que, claro, ya cuando tenía cuatro años se me notaba que yo traía una cosa en el cuerpo que no me pertenecía. Yo era una niña, se veía cuando movía las manos y en la forma de caminar. Era una niña y siempre quería una aguja e hilo para coser. Un día, mi madre me vio remendando unas muñecas de trapo y me dio un alpargatazo en la mano. Ese fue el primero de los muchos golpes que recibí por querer ser mujer. Y no fue la única, que las madres de las niñas del barrio, si me juntaba con sus hijas para jugar, las apartaban de mí, y si me juntaba con los niños, todavía peor, corriendo salían a las casapuertas y dando voces metían a sus hijos otra vez para adentro, y me dejaban sentada en la acera, sola, discriminada total. Había una mujer que también tenía otro chiquillo al que se le notaban las maneras, y parece ser que habló con mi madre para que hiciéramos amistad. Nos escondían en el corral trasero de la taberna, porque entonces todos los edificios tenían un corral, y allí jugábamos a coser, a las cocinitas, a los maridos y a las mujeres, y creo que, alejadas de todo y ocultadas como unos rojos republicanos, podíamos vivir como todo el mundo, nadie se reía de nosotras y nadie nos decía que si eso eran cosas de mariquitas o cosas de niños. Él se llamaba Joaquín, pero yo le decía Joaquinita. Yo me llamaba Manuel, pero él me llamaba Manolita. Y ese nombre, este por el que ahora me llaman y que tanto quebranto me ha costado conquistar, niña, toda España lo ha conocido.

Mi historia con Manolita está marcada por una obsesión que me creció por dentro desde los siete años. De aquel Arcos de la Frontera en el que ella y yo crecimos, Gerardo Diego escribió que era un pueblo que se ubicaba entre la realidad y el sueño, pero nuestra verdadera situación era el paro, la miseria, la emigración y las desapariciones. Desaparecían los hombres de las calles y las casas como se esfumaban las ilusiones. En ese Arcos hambriento, de ausencias y calles estrechas, se encontraba la taberna de María la Viuda. Era una cueva situada en la calle Romero Gago, cerca del centro del pueblo. Su arquitectura era muy simple. Tenía un primer

pasillo horizontal más ancho que largo donde había mesas y bancos colocados en fila enfrente de la barra. A la derecha se abría un arco con dovelas de ladrillos que daba a una habitación rectangular, un salón con mesas de madera muy precarias, pequeñas y redondas, por cuyo alrededor pululaban en desorden sillas de madera y mimbre. Al fondo del salón se hallaba un escenario reducido donde los fines de semana había actuaciones flamencas. A su izquierda, una puerta que daba a un corral. Los hombres que acudían a la taberna eran jornaleros durante una cuarta parte del año. Los meses restantes los consumían en la afanosa tarea del beber. Entre ellos, mi padre, que me llevaba consigo la mayoría de las veces para quitarle a un niño de encima a mi madre y que ella así no pudiera reprocharle que se preocupaba más de gastar su tiempo en el vino seco que en ayudarle con las labores de la casa. Las conversaciones entre aquellos seres humildes pero decididos variaban muy poco. Cuando en la taberna dominaba el bullicio, era porque o bien discutían sobre que tal o cual había hecho trampas jugando a las cartas o al dominó, o bien el aburrimiento era tan agudo que se insultaban, cantaban juntos o tocaban las palmas mirando al vacío. Y escupían. Sin embargo, si era el murmullo lo que imperaba era porque había habido una desaparición, probablemente conocida, y hablaban acercándose al silencio para que no se oyera desde la calle que eso los preocupaba. Había veces en las que, mientras murmuraban, un guardia civil entraba en la taberna, pero estaban ya tan entrenados, temían tanto ser arrestados por una simple conversación, que, en cuanto un pernil verde se asomaba por la puerta, enseguida eran capaces de volver a los insultos, al cante, a las palmas y a los gargajos. Otra de las conversaciones a las que acudían con periodicidad era el hijo menor de María la Viuda, Manolito. Muchas veces, los amigos de mi padre me decían Paquito, tú no hagas las cosas que hace Manolito, y yo al principio no sabía a qué se referían con las cosas que ese niño hacía, porque, de haber algo que me pareciera extraño, esa cosa era trabajar. Manolito y su hermano José Antonio, a pesar de la niñez en la que se encontraban, ayudaban a su madre en los quehaceres de la taberna, ya que los demás hermanos se buscaban la vida con otras labores

distintas a las del bar para ayudar económicamente a su madre, que tampoco regentaba un negocio que requiriera la tarea de los doce hijos. Ahí es cuando comenzó a crecerme la inquietud por Manolita, en aquella época Manolo, un niño delgado, escuálido más bien, con unas orejas echadas hacia adelante y con una tristeza innata, creciente conforme pasaba el tiempo, impropia de esa menudencia andante. A raíz de las advertencias de los amigos de mi padre y de la necesidad de indagar en los motivos por los que un niño de mi misma edad retenía en sus ojos tanta amargura, creo que comencé a entrenar la mirada de Paco Sevilla, el escritor en que más tarde me convertí. Lo miraba servir con el brazo izquierdo detrás de la espalda y con sumo cuidado cuando dejaba en la mesa el vino seco, el queso y el jamón, las especialidades de la taberna de María la Viuda. Para mí, era sobrenatural ver a un chiquillo de mi misma edad realizando trabajos de adultos, así que la mayoría del tiempo que pasaba allí, y han sido muchas las horas junto a mi padre en aquel lugar, lo invertía en seguir sus movimientos, apreciando el modo en que aquella sombra diminuta despachaba a los clientes o viéndolo recibir chascarrillos y bromas pesadas sobre su forma de hablar y sus andares. Los chistes hacia Manolito siempre arrastraban el mismo tono liviano y dulce, porque le hablaban con la cadencia propia con que se les habla a los niños, pero a su vez era tremendamente violento. No era raro escuchar de boca de algún hombre, si Manolito se agachaba porque se le había caído algo al suelo, Manolito, encoge ese culo cuando te agaches porque aunque eres pequeño, ahí te cabe tela; o si, por ejemplo, sonreía y dejaba las bebidas con suavidad en una mesa, era habitual que se escuchara muchas gracias, madame. María la Viuda vigilaba desde la barra cada paso del hijo, y cuando oía que le decían algo de todo esto, azotaba a Manolito en el culo y le advertía de que no hiciera cosas de niñas. Después, lo enviaba al corral. Yo seguía a aquel muchacho que me desbordaba el cuerpo de tanta turbación y lo espiaba en sus juegos solitarios a través de la puerta entreabierta. Manolito agarraba unas cuantas telas que había escondido debajo de las piedras o en el almacén donde María la Viuda guardaba las botellas de vino y los barriles de cerveza, se sentaba en algún lugar

recóndito y cosía vestidos y capas a sus muñecos de trapo. Los cuadros que me ofrecían los castigos de Manolito en el corral los he guardado en la memoria. En ese lugar mostraba cierto descanso en la mirada, parecía que prefería la soledad apaciguadora del castigo al bullicio condenatorio de su vida ordinaria. Cientos de veces han contemplado mis ojos la misma escena, y cientos de veces María la Viuda irrumpía por la puerta que daba al corral, me apartaba de un manotazo para aclararse el camino hacia su hijo y lo alcanzaba mientras él jugaba con sus muñecos. Lo zarandeaba, lo repudiaba, le rasgaba las telas, lo acusaba, lo hundía hasta el fondo del corral. Lo escondía aún más en su propio escondite, hasta que Manolito se transformaba en un punto invisible para mis ojos. Yo sabía que eso era lo que buscaba María la Viuda. Ocultarlo, hacerlo incorpóreo a la vista de los demás antes de que se corriera la voz y las autoridades se lo arrebataran y lo hicieran desaparecer de verdad. Para siempre.

¿Ves ese retrete cochambroso que nos ponen para orinar, niña? ¿Lo ves? Te da asco, ¿verdad? Pues ese retrete es toda una victoria para mí. No sabes la alegría que me da poder bajarme el pantalón y sentarme en él, que seas tú, niña, la que escuche el chorrito contra la cerámica, psss, psss. Sentarme para mear, niña, algo que no pude hacer en la escuela. Yo fui a un colegio, que en realidad no era un colegio, sino un señor que daba clase a los niños de familias que no tenían nada, de familias que eran muy pobres y le pagaban una perra gorda a esa persona que se sabía las cuatro reglas y eso era lo que nos enseñaba. Pero a pesar de todo, no te creas que no he sido instruida. Culta no, pero sí aprendía todo lo que quienes no me veían como un engendro querían enseñarme. A la taberna se acercaba un hombre, niña, que se llamaba Julio Mariscal, alguien a quien no voy a olvidar en la vida. Cuando don Julio ya había probado el jamón y el queso de María la Viuda y dos o tres copas de oloroso se habían deslizado por su garganta, se acercaba al corral donde jugábamos Joaquinita y yo para enseñarnos poemas. Julio Mariscal era un maestro del pueblo y un poeta famoso. Llegaba con un libro blanco, con la cubierta rugosa, muy bonita, donde en unas letras negras y

en mayúsculas se podía leer *LA REALIDAD*, y en unas letras rojas se leía *Y EL DESEO*. Don Julio nos explicaba que el negro de la realidad era porque el poeta que escribía esos poemas era una persona con una visión muy oscura de la vida, y el rojo, porque también era un hombre muy apasionado, que rebosaba amor y deseo, y que el rojo era el color de la pasión. Entonces don Julio se sentaba en una sillita de mimbre con ese libro precioso en su regazo y nosotras nos repantigábamos junto a él y lo escuchábamos leer *unos cuerpos son como flores, otros como puñales, otros como cintas de agua,* y después decía *pero el hombre se agita en todas direcciones, sueña con libertades, compite con el viento*, y yo me imaginaba que mi cuerpo de niña se abría como una flor y que el viento eran las voces que me decían ¡mariquita!, y que ese viento no impedía que mis pétalos se abrieran ni me arrancaba el tallo de raíz y entonces me sentía más mujer y me entraban ganas de abrazarle y darle un beso a don Julio. Me enseñaba cosas que el otro maestro no era capaz. En la clase tan solo había niños, porque entonces los colegios eran de niños o de niñas. A mí me dejaban en un rinconcito, otra vez sola, discriminada total, pero eso no era lo que más daño me hacía. Lo que más me dolía era cuando la vejiga me apretaba como un abrazo de huérfano y me entraban unas ganas de orinar enormes. Se meaba en un cubo, y yo no me podía acercar al cubo, porque el cubo era, niña, como el alpargatazo de mi madre cuando me veía con la aguja y el hilo, el cubo era pesado como una pena, y solo de pensar que me tenía que acercar a él y sacar mi cosita delante de todos y que iban a escuchar el sonido del líquido en el metal, me paralizaba. Entonces no orinaba, me aguantaba el pis en la vejiga que aquello parecía las compuertas de un pantano rebosado, y aguantaba y aguantaba hasta que parecía que el pipí se me iba a salir por los ojos. Pero yo allí ya era Manolita, ya tenía claro que yo era Manolita, y por María la Viuda que no les iba a dar el gusto de que se rieran de mí y me llamaran mariquita. Esas cosas no se pueden olvidar, niña. Por eso, cuando el retrete cochambroso te dé asco, cuando la grima te acuda y te creas que vas a posar tu intimidad en un prado de ortigas, tú piensa en Manolita, piensa que

para Manolita ese cubo es una victoria, y mea tranquila y siéntete ligera como dos enamorados que corren por la orilla de una playa.
Manolita y yo nos criamos juntos. Yo soy cuatro años mayor que ella, y se puede decir que, además de su hermano, he sido su niñero hasta que la vida nos llevó a cada uno por un lado diferente. Nosotros conocimos la posguerra juntos, y lo que había por aquí era mucha hambre, hambre había hasta en los tejados, tanta, que mi madre nos obligaba a comernos las cortezas del queso y el tocino del jamón que sobraban de los platos de los clientes. Y a bebernos la cerveza. En aquella época los hombres no la querían, bebían vino; entonces, para que el barril pareciera que se estaba agotando y los clientes pensaran que se vendía como los caramelos, mi madre nos azuzaba para que la tomáramos. Manolita odiaba la cerveza, pero teníamos tanta necesidad que a escondidas se llenaba medio vasito para llevarse algo al estómago. Imaginen las borracheras que ese niño se ha cogido. Recuerdo que por aquellas fechas se les hacía la vida imposible a mi hermana y a estos personajes que eran igual que ella, y era molesta, muy molesta, la justicia que había entonces; por menos que nada los encerraban, los maltrataban. Cosas de ese tipo. Ella quería vivir una vida que no se la permitían, ni siquiera su familia, porque como no estaba aceptado aquello en aquella época, mi familia humillaba a mi hermano de todas las formas posibles. Cuando hablaba, bien porque en sus palabras reproducía las que escuchaba de las mujeres, o bien porque en los gestos y en la voz tomaba maneras femeninas, siempre recibía de los demás la inquisición de la mirada, que era como una boca negra y gigante que se iba tragando a mi hermana, que se adentraba en esas oscuridades hasta desaparecer. Como una vez escuché decir a Paco Sevilla, un escritor del pueblo que fue nuestro vecino, mi familia actuó con mi hermano como Saturno, devorando a su hijo. Mi madre siempre me decía que tenía que ir a todos lados con él, porque desde muy chica, muy chica, los niños se han metido con ella. La insultaban, le pegaban y la perseguían, porque mi hermano Manolo hasta cuando lloraba de bebé lo hacía con pluma. La fecha del 1 de octubre de 1950 no la voy a olvidar nunca de lo mal que lo pasé. Ese día mi hermano Manolo le insistió a mi madre en que quería ir a ver

la película que esa semana ponían en el cine San José. La película se llamaba *Eva al desnudo*. Ella había escuchado que se trataba de una chica que quería ser actriz y se metía en un grupo de teatro, y como ya desde pequeño mostraba actitudes de que lo que a ella realmente le gustaba era el mundo del artisteo, y se ponía enfrente del espejo y se vestía de mujer y cantaba las coplas que sonaban por aquella época, se sentía identificada con el argumento, y entonces le insistió mucho a mi madre en que quería ver la película, y mi madre, aun con las dudas que siempre tenía con mi hermano, por eso de que le notaran que era mariquita, finalmente la dejó ir, pero yo tenía que acompañarla. Ella tenía siete años, yo once. Cuando estábamos en la puerta del cine, el Piojo, un niño que tenía más maldad que un dolor, comenzó a decirle Manolo, tú quieres ver la película porque eres mariquita, y comenzó a hacerle bromas con que si su picha era tan chica que por eso se creía que tenía un chocho y cosas de esas. Yo le dije que lo dejara en paz, pero el Piojo seguía y seguía hasta que mi hermano, harto ya, le dio un empujón al Piojo, que se lo devolvió, con tan mala fortuna que Manolo cayó en la carretera y un coche que circulaba por allí, un Chevrolet gris con matrícula 5877, que se ha quedado en mi memoria de la impresión que me llevé, lo atropelló. El accidente fue grave, porque el coche circulaba a toda velocidad. Mi hermano lloraba y gritaba igual que un bebé enfermo. Cinco meses, cinco meses estuvo el pobre Manolo en la cama sin poder moverse. Tenía rota hasta el alma.

Yo de pequeña no solo he jugado a coser, a las cocinitas o a los maridos y a las mujeres con Joaquinita, niña, también me gustaba jugar sola en mi casa. Nunca me he entretenido con lo que ahora llaman juguetes, sino que me gustaba crear mi propio mundo, porque yo siempre he sido muy creativa, y lo que ahora llaman performance ya lo había inventado Manolita en los tiempos que Cristo perdió las chanclas. Me imaginaba que nuestro cuarto era el pueblo y que la mesita de noche que había al lado de mi cama era la iglesia de San Francisco. Con las maderitas que le sobraban al carpintero de la plaza hacía un paso, que salía de la mesita y que luego iba recorriendo la habitación haciendo su carrera oficial. Conforme pasaban los años lo iba perfeccionando. Donde la gente

veía una caja de fresas, yo no veía una caja de fresas, sino un paso. Y así con todos los objetos. Con pintura metálica y un palo de madera me hice un varal que parecía nacido de las manos de un orfebre. También hacía bambalinas, con sus bordes doraditos, para que el palio refulgiera en su estación de penitencia, y con todos los manteles, los paños y las cortinas que las vecinas iban a tirar, hacía los mantos de la virgen, el de brea, el de luto. Pero mi familia no entendía esos juegos. Yo siempre he sido muy maltratada por mis hermanos, niña, porque ellos eran de una mentalidad muy cerrada. Es que entonces ser mariquita era muy fuerte, y ellos se pensaban que dándome palizas y maltratándome se me iba a quitar lo de la homosexualidad. Un hermano mío, el mayor, que en paz descanse, me pegaba con el cintillo, aunque cuando mis juegos le alcanzaban las entrañas, de la furia, usaba unas técnicas más brutas. Podría contarte muchas, pero la que no se le va a Manolita de la cabeza fue la de un día que yo jugaba a las procesiones y se asomó al cuarto, y con una rabia que ni cien toros ciegos juntos me embistió por la espalda, gritándome ¡en esta casa no queremos maricones!, ¡aquí no queremos beatos!, y luego agarró unas cuerdas, que Dios sabe de dónde las sacaría, y me colgó de la puerta de mi cuarto. Yo no sé la de horas que pasaría allí, aguantando sus insultos, con los cachetes escociéndome de tanto llanto. ¡Maricón!, me repetía, ¡beato!

Mi hermano el mayor, Vicente, Pedro, Pepe, Francisco, Cándido, David, Juan, Alonso, José Antonio, Manuela y Josefa Saborido Muñoz, servidora, hemos sido los hijos de María la Viuda. De entre todos, la más conocida, por razones que todo el mundo sabe, ha sido mi hermana Manuela. Ella, que parecía que ya tenía en la cabeza que iba a convertirse en la persona que ha sido, guardaba todos los documentos en los que aparecía, porque mi hermana cuando vivía en el pueblo era una persona muy sufrida y muy callada, normal, ya ves, un niño que todo lo que había vivido era maltrato y burla. Pero después su carácter ha sido todo lo contrario, ha tenido un genio indomable, ha sido una mujer que ha mirado de

cara a la vida, una persona echada palante, que se dice. Yo al principio no le hacía mucho caso a las cosas que ella guardaba, pero, ya ves, ahora que es famosa y se pasea por los platós de televisión contando su vida, una muchas veces siente la necesidad de volver a ver las cosas de su pasado, y como ella siempre lo ha guardado todo, pues algunos días hurgo entre los papeles como las gallinas picotean en la comida, porque también tengo casi todos los documentos que mi hermana ha conservado. Cuando vi que a ella le hacían muchas entrevistas, me dije Josefa, esto es algo para contarles a tus hijos, y le pedí a mi hermana que si no podía fotocopiarlos. Un dineral que me he dejado en copias, pero ahora lo agradezco. De entre todas las cosas que guardo en el cajón del armario del salón, lo que más me gusta mirar es el álbum de fotos, porque ya ves, observando esas estampas no solo veo a mi hermana, que en aquella época era mi hermano Manuel, sino que nos veo a todos, y recuerdo escenas que mi memoria había borrado como se borra una mancha con la aljofifa, y escucho las conversaciones que teníamos, y huelo los olores de los lugares donde salimos, y leo la historia de mi hermana, porque muchas veces, cuando la gente habla de ella, siento que parece que su historia hay que referirla a través de la cárcel y las palizas, pero la vida de las personas como mi hermana se cuenta mejor mirando los álbumes de fotos. Voy a por él. Mira, por aquí lo tengo; muchas fotos se ven borrosas, porque, ya ves, ya venían en blanco y negro y yo las fotocopié también en blanco y negro, y dime tú a mí si el negro sobre el negro no lo hace todo más oscuro, pero ya ves, bien mirado, puede ser un símbolo de la vida de mi hermana, ponerle negro al negro, reproducir toda la oscuridad que ella ha vivido. En esta foto de aquí aparece toda la familia; míranos a los trece, uno al lado del otro, que parecemos un equipo de fútbol. Es la única imagen que tenemos todos juntos. Ella es mi madre, como se puede comprobar. Con esa ropa ha ido toda su vida; ya ves, pobrecita mía, viuda y todo el día metida en la taberna; dime tú a mí qué ropa se iba a poner sino las medias, el faldón y la rebequita negra con el mismo delantal de siempre para no mancharse. Manolo es este niño de aquí. En la fecha de la foto tendría unos seis añitos, una edad en

la que ya mostraba que iba a ser diferente. Si te fijas, es el que mejor arreglado está. La foto estaría hecha después de que saliéramos del colegio, y la ropa que llevaba, con su camisa y los pantalones de pinzas, era algo que mi madre cuidaba muchísimo, porque ya ves, ella lo que quería era que vieran que su hijo era un niño normal, como todos. En esta foto de aquí salimos él y yo. Yo siempre he estado al lado de mi hermano Manuel, ya ves, al ir detrás de ella en el nacimiento es lo que nos tocó por edad, aparte de que yo he admirado un montón a mi hermana. Estamos en una calle que se llama Romero Gago, al lado de la plaza de las Aguas, donde mi madre tenía la taberna. Esto de las fotos eran caprichos de ella. La pobrecita, que tenía que estar todo el día en la taberna metida, pienso yo que llamaba a los fotógrafos para que nos hiciesen fotos y así poder vernos en sus pequeños descansos, aunque fuera un ratito. De esta foto me sigue sorprendiendo la mirada de Manolo. Se ve lo asustado que está. Aquí ya éramos algo más mayores, unos diez añitos tendría que tener él. A mi hermano, al contrario de cuando ha sido Manolita, no le gustaba que lo fotografiaran; no por nada, sino porque no quería que ningún extraño se acercara a él por miedo a que le hiciera daño. Esta de aquí también me gusta. Ese lugar un poco empinado y lleno de yerbajos es el corral de la taberna de María la Viuda. Aquí se le ve más feliz. Ese corral era donde él podía ser ella y donde se hacía sus primeras ilusiones de ser artista. En esta otra ya es algo más mayor. Míralo, qué guapo. ¿Cuántos años podría tener aquí? Si la foto es en Arcos, calculo que unos dieciséis o diecisiete. Esa camisa blanca seguramente fuera la que se ponía para trabajar de camarero en la taberna de mi madre, pero ya ves, fíjate en el detalle del cuello y en los primeros botones de la camisa. El cuello está alzado, para que resalte mi mirada como la de las folclóricas, decía. Claro que esto me lo decía a mí y a la Joaquinita nada más, porque si mi madre o mi hermano el mayor se enteraban, paliza que te crio. Y fíjate en los botones desabrochados, para tener escote. Yo no sé qué pensaría mi madre cuando viera esta foto; seguramente Manolo se ganara unos correazos con ella, pero él siempre fue así. Si le decían que no podía hablar de una forma, más hablaba de esa manera; si le decían que no podía ir

vestido de negro, más ropa negra se ponía; si le decían que no podía cantar, más se paseaba por la taberna entonando alguna copla, y yo, que siempre he estado juntito a ella, siempre siempre, veía cómo le arreciaban los alpargatazos y los cintillazos en los lomos y sufría mucho. Es que mira, mira aquí; esta no sé dónde se la tomarían, pero Arcos no es y además está en color, y las fotos que nos hacíamos en Arcos eran todas en blanco y negro. Esta foto explica la rebeldía de mi hermano Manolo, con su vestimenta toda vaquera, con sus pantalones de campana muy estrechos por la cintura, con la camisa desabotonada en el escote y con los cuellos enormes y puntiagudos, y esa pose, ese gesto totalmente amanerado agarrándose las dos manos y con un bolso colgando en el antebrazo izquierdo, ¡un bolso! Yo creo que mi madre esta foto nunca la vio. Pero ya ves, si hay una foto que me gusta mirar, por recordar cómo éramos con mi hermano, por saber que ahora tengo que apoyarla y estar juntito a ella, por sacarme de encima esta culpa que algunas veces se me clava como una estaca en el estómago, es esta. Estamos en la mesa larga de la cocina, mira qué pequeña la cocina para todos los que éramos. En ella aparecen mi hermano David, mi hermano Alonso, mi hermano José Antonio, Manolo y yo. Los demás no sé dónde estarían, seguramente trabajando, porque nosotros desde pequeños hemos tenido que trabajar mucho. Si una observa la foto, lo que aprecia son unos hermanos felices esperando a que su madre les sirva el guiso. Aunque hay un detalle que a ojos de extraño es invisible, pero hacia el que mi mirada se dispara tan pronto que me llena de desconsuelo. Si te fijas, en la cuchara que tiene Manolo a su lado, hay una marca oscura. Era una señal para que todo el mundo en la casa supiera que esa cuchara era de Manolo, para que nadie se acercara a ella y se la llevara a la boca, por eso de que pudiera contagiarse de su homosexualidad. Porque para mi familia mi hermano Manolo estaba enfermo. Esa es la del Manolo, nos decían si se nos ocurría tocarla. A esa no te acerques, que esa es la cuchara del Manolo, nos repetían. Manolo, Manolo, Manolo. Ya ves, el nombre de Manolita nunca se pronunció en mi casa.

Un cuerpo es el animal más indomable. Una puede, algunas veces, refrenar el espíritu, convencer a la mente, pero un cuerpo, niña, eso no se desbrava, eso no hay manera de conciliarlo con la vida si no se le da lo que él quiere, si no lo dejamos hacerse a su manera, y este cuerpo mío se retorcía bajo las camisas de cuadros y los vaqueros de hombre como un perro amarrado a una cadena cuando llega una visita extraña. *Cuerpo de piedra, cuerpo triste*, leía yo en el libro blanco con las letras negras y rojas en la portada que me había regalado don Julio. Y así era mi cuerpo con los vellos que empezaron a salirme en la cara, con las ropas heredadas de mis hermanos, pesado como una piedra, triste como un domingo de septiembre. Y este cuerpo mío, niña, me pedía, me rogaba, ¡qué digo!, me imploraba luz, y yo, para saciarlo, para quitarle la sed, me apretaba el cinturón del pantalón hasta el último boquete, para que se me estrechara la cintura, y mojando con un poco de saliva las flores de papel pintado que mi madre le compraba a la mujer del Granada para adornar la cómoda de su habitación, me ponía los coloretes, y con las cenizas y la tizne del picón me hacía la línea de los ojos, así mi cuerpo descansaba un poco y se sentía menos piedra, menos triste. Pero a este cuerpo mío nunca lo ha comprendido nadie, niña. Yo siempre he sido muy maltratada, no solo por mis hermanos, sino también por la gente del pueblo. El alcalde de Arcos por aquellos entonces, don Laureano Barrera, enviaba al cabo de la Guardia Civil, José Richarte, todos los días a mi casa para pasarme un trapo por la cara. José Richarte vivía en mi mismo edificio, en la calle San Francisco, 35. Él vivía en la primera planta, y todos los días subía con un trapo húmedo en la mano derecha. María, vengo a pasarle el trapo a su hijo, decía José después de tocar dos veces con los nudillos en nuestra puerta, que siempre estaba entreabierta. ¿¡Otra vez estás aquí, José!?, le respondía mi madre, y él le contestaba María, yo qué culpa tengo. El pobre lo decía con resignación y con la boquita chica, para aliviarle el sofoco a mi madre. Entonces José Richarte se acercaba a nuestro cuarto, donde yo lo esperaba sentada en mi cama, con las rodillas juntitas y las manos sobre ellas, y me dejaba pasar el trapo de José por la cara, el trapo con su poquito de agua, el trapo que se acercaba a mis cachetes, el trapo

que convertía mi cuerpo otra vez en un cuerpo de piedra áspera como una tumba.

Aunque yo era más chica que mi hermana, en cuantito la miraban malamente ya estaba sacándoles las uñas. Siempre hemos estado juntitas, siempre siempre siempre, jugando a las casitas, a coser, porque ella de toda la vida ha cosido muy bien, igual que yo. Cuando mi madre la apartaba al corral de la taberna porque estaba llena de clientes y no quería que los viejos cuchichearan que a María la Viuda le había salido el hijo mariquita, yo la seguía como los polluelos a la gallina. A todos lados íbamos juntitas, y con nosotras, la Joaquinita. Lo que más me gustaba era cuando se inventaban los teatros. Me decían Josefa, tú ponte ahí delante, que te vamos a cantar *La Zarzamora*, y ya ellas se ponían las faldas, que escondían con mucho cuidado entre los tiestos que había en el corral, y allí gritaban *illora que llora por los rincones!*, y yo cantaba con ellas y las aplaudía cuando terminaban, ya ves, sin entender muy bien lo que significaba aquello. Que yo quisiera hacer lo mismo que mi hermano fue un problema para mi madre y mi hermano el mayor. No por mí, ya ves, a mí nunca me pegaron ni me dijeron nada, sino por mi hermana, porque, ¿con ella?, con ella llovían los guantazos y volaban los cintillos. Mi hermano el mayor no soportaba las maneras de Manolo, y cuando lo escuchábamos por la casa y nos encontrábamos haciendo las cosas que siempre hacíamos, ya ves, coser los mantones para las vírgenes, o hilvanar una falda, o jugar a las cocinitas, cosas de niñas todo, yo avisaba a Manolo para que se escondiera; pero en esa casa era muy difícil ocultarse, con tres habitaciones y trece personas dentro aquello era un avispero y mi hermano el mayor, que siempre sabía lo que Manolo estaba haciendo, lo cogía por los pelos y lo sacudía contra el suelo como a una alfombra llena de polvo. A mi madre lo que le hacía sufrir era que la gente, porque la gente es muy mala, le hiciera la vida imposible a su hijo. María la Viuda nunca se consintió llamar Manuela a su propio hijo, pero ya ves, aun así debía sufrir que su Manolo saliera a la calle y que todo lo que recibiera fueran insultos y

palizas, y más que hubiera sufrido si no se hubiera pasado todo el día en la taberna y hubiera visto las palizas que su otro hijo le daba con el cintillo y oído los gritos de ¡fuera de aquí, que aquí no queremos maricones! Y porque sufría mi madre, le daba más manga ancha y la dejaba aljofifar la casa cuando ella se lo pedía haciendo pucheritos, porque ya ves, eso es lo que quería mi hermano, hacer las cosas que todas las mujeres hacían, y la aljofifa lo traía loca, y mi madre, para poder dejársela, cerraba todas las puertas y las persianas para que los vecinos no descubrieran que Manolito estaba aljofifando el suelo como una niña. Luego estaba lo de la Guardia Civil. Durante todo el tiempo que mi hermana vivió en Arcos, esto es, hasta los veintiuno o veintidós, por menos de nada la encarcelaban, le pegaban palizas, y Richarte siempre debajo de mi casa con ese trapo roñoso por la cara de mi hermano, que dime tú a mí qué más le daba a él que tuviera los coloretes pintados si mi hermana por no recibir insultos muchas veces ni salía a la calle; ya ves, si nadie la iba a ver. Nosotros veíamos a un guardia civil y nos echábamos a temblar calle abajo. Muy mala, muy mala ha sido la Guardia Civil con mi hermana. Claro que aquella Guardia Civil no es la de ahora. Ahora le han dado un premio y todo, porque con el tiempo se ha visto todo el bien que mi hermana ha hecho, y hasta le piden perdón. El otro día le llegó una carta de parte de las Cortes y la Memoria Democrática que también fotocopié, de lo contenta y alegre que me puso, y muchas veces paro de fregar los platos o aljofifar el suelo y me pongo a leerla. Aquí la tengo, en este otro álbum donde guardo los papeles de ella. Mírala. Lee, léela en voz alta. Estimada Manuela: Como ya ha sido informada telefónicamente, me complace comunicarle oficialmente que, con motivo del día de homenaje y recuerdo a todas las víctimas de la guerra y la dictadura, el presidente del Gobierno de España le entregará personalmente la declaración de reconocimiento y reparación correspondiente a su nombre, en un acto que se celebrará el día 30 de octubre de 2023, a las 12 horas, en el Auditorio Nacional de Música (Sala de Cámara), sito en la calle Príncipe de Vergara, 146 de Madrid. Fdo: Fernando Martínez López, secretario de Estado de la Memoria Democrática. ¡Ay, si mi madre la

hubiera visto! Por eso yo lo que quiero es estar con ella, porque todavía tengo eso de que no vaya alguien a hacerle daño, y no estoy más porque tengo cinco hijos y tengo que acudir a ellos, pero yo, mientras más cerca la tenga, mejor para mí.

No es la primera vez que estoy en prisión, niña. Desde adolescente, he estado muchas veces en la cárcel o encerrada en lugares que parecían cárceles. En 1962, un juez de Arcos de la Frontera dio una orden que decía que todo aquel maricón, así lo decía, ma-ri-cón, del que la gente supiera que era mariquita, iría a un campo de concentración, pero que el que pagara cincuenta mil pesetas, que entonces con cincuenta mil pesetas podías comprarte hasta un cortijo, no entraría. Hubo gente que pagó. Los señores del pueblo, porque en el pueblo había muchos mariquitas, ya fueran ricos o pobres, pero como en la misma vida, es el dinero lo que te hace librarte de la justicia. De los señores que pagaron, todos mariquitas casados, recuerdo la mayoría de los nombres. Emilio el Gordo, Miguel Castro, Pepe Luis el Cebolla y muchos más que yo nunca los nombro porque tienen nietos y nietas y yernos y nueras. A las pobrecitas e inocentonas que no podíamos pagar ese dinero nos encerraban. Cuando había una fiesta en el pueblo, ya fuera el Día del Toro o la fiesta de la patrona, se acercaba un guardia a nuestras casas y nos decía venga, que hoy os toca dormir en piedra, y nos paseaba por los alrededores del pueblo esposadas, como si fuéramos las apestadas, como si hubiéramos matado a alguien, y nosotras no habíamos matado a nadie, nosotras queríamos pintarnos los coloretes y perfilarnos los ojos y apretarnos el cinturón y marcar cintura, pero allá que nos teníamos que ir con las esposas puestas para la Casilla, el calabozo del pueblo, la Joaquinita, la Pepa la Maricona, la Estopa, Juan de Jesús y algunas más que no recuerdo. Otras veces nos mandaban al cementerio para ayudar al sepulturero a sacar a los muertos de la caja cuando las familias pedían la exhumación. Nos poníamos unos guantes y ordenábamos los huesos, colocando el cráneo a un ladito, las costillas, los fémures, todo con mucha delicadeza, porque estábamos haciéndolo delante

de las familias. Pero la Joaquinita, que desde pequeña ha sido una mariquita muy graciosa con más pluma que un gallinero, se acercaba a mi oreja mientras ponía los huesos en su sitio y me decía por lo bajini ¡los tengo baratos, oiga, los tengo baratos! ¡Este cráneo es para la señora revenida cuyo marido me trajiné la otra noche! Y muchas veces estaba en lo cierto y los maridos se ponían blancos como la teta de una monja cuando la veían. Luego por la noche no nos dejaban irnos del cementerio, sino que nos acostaban en la sala donde se hacían las autopsias, porque entonces las autopsias se hacían en los cementerios, y nos teníamos que tumbar junto a los muertos sobre una piedra helada. Yo me agarraba a la Joaquinita, porque el cuerpo me temblaba del miedo y del frío, y ella me sujetaba la mano y se reía, pero yo sabía que por dentro estaba cagada de miedo igual que yo, lo que pasa es que la Joaquinita siempre ha sido muy protectora y no quería que nadie lo pasara mal.

Un día en el que me descuidé de mis labores de ser una sombra curiosa tras la puerta del corral, Manolita y Joaquinita me vieron. Esperaba una reprimenda por su parte, pero me invitaron a entrar. Yo temía los comentarios de los amigos de mi padre, o que por el pueblo se comentara que Paquito, el hijo de Paco Sevilla, también había sido abducido por los perversos vicios de las niñas del corral. Sin embargo, la fascinación por el universo que me mostraban era un impulso incontrolable. Conmigo ya tenían un público al que poder hacerle los teatrillos. Manolita y yo intimamos mucho, aunque si hubo algo que verdaderamente nos unió fue nuestra admiración por don Julio Mariscal. A ella le fascinaba don Julio porque actuaba como su preceptor, ya que Manolita de poesía no entendía nada, tan solo se sentía identificada con algunos poemas de Cernuda que tenía en un libro que él le había regalado, y ese obsequio, en un pueblo del que recibía únicamente blasfemias y apaleamiento, ella lo agradeció como agua de mayo. Yo, en cambio, sí leía poesía, mucha poesía, y la figura de don Julio Mariscal se presentaba en mi pensamiento como una deidad. De don Julio también se comentaban historias de homosexualidad, yo creo que por su carácter solitario. Lo que se

decía sobre él agudizaba la curiosidad de Manolita, que esperaba impaciente mi llegada a la taberna para echar a correr en busca de los pasos del poeta como un potro al que le han soltado la cuerda. Como él siempre hacía el mismo recorrido, Manolita y yo nos ocultábamos en una de las callejuelas cercanas al colegio, y cuando vislumbrábamos la figura imponente de aquel hombre emprender el paso, con su terno gris llevado con elegancia, lo seguíamos hasta su casa. Era asombroso observar a Manolita en sus persecuciones, grácil, entusiasmada y atenta, con un brillo en los ojos que podía traducirse como el deseo de permanecer para siempre detrás de aquel poeta. Cuando nos hicimos mayores, no era raro oír que Manolita tenía una enfermedad que contagiaba, que mordía almohadas, que por las noches deambulaba por el pueblo buscando a alguien que le pusiera el culo mirando para Cuenca, todo muy lejos de lo cierto, porque si Manolita en su adolescencia se acostaba con alguien era con algunos de los que tenían cierto poder, señoritos que los llamábamos, los mismos que se jactaban en las tabernas de salvaguardar al pueblo de rojos y maricones. Asentada ya la pubertad, nuestra relación se enfrió un poco, no porque hubiésemos discutido ni nada que se le pareciera, sino porque el carácter de Manolita se volvió más huraño y desconfiado, debido, he supuesto siempre, a las palizas y los escarmientos que sufría tanto en su casa como en la calle. No obstante, mi obsesión hacia ella nunca desistió, y pasados los años continué siguiéndola por la radio y por la tele. Cuando se hizo famosa me di cuenta de que Manolita desordenaba pasajes, y en no pocas ocasiones trastocaba los datos. Frecuentemente hacía alusión a que en 1962 un juez de Arcos de la Frontera dictaminó una ley en la que se recogía que todo aquel homosexual que no pagara cincuenta mil pesetas iría a un campo de concentración. Y no es que un juez de Arcos dictaminara ninguna ley, sino que se acogía a la reforma franquista de 1954 de la Ley de Vagos y Maleantes, donde se incluyó a las personas homosexuales en el grupo de los socialmente peligrosos. En algunas entrevistas, se refería a los homosexuales como los de la pared de enfrente, un lapsus, sí, seguramente, pero en ese gesto inconsciente de cambiar acera por pared hizo visible el muro que todos ellos siempre tuvieron

delante. Esas incongruencias, o, por qué no decirlo, invenciones en los detalles que ella ofrece, las achaco a su sufrimiento. El olvido ha sido para Manolita como una cama blanda donde descansar. Lo que sí es cierto es que la guardia civil aplicaba esta ley principalmente con ella. Yo, cuando los veía subir la calle del Molino, ya tenía la certeza de que venían para encerrarla. La guardia civil la esposaba y la sacaba de su casa a la vista de todos los vecinos, que frenaban sus pasos o lo que estuvieran haciendo para presenciar el espectáculo, con la morbidez y el regocijo que aquello les proporcionaba. La guardia exhibía a su presa como el pescador que atrapa una lubina de cinco kilos, y la agarraba del pelo y la obligaba a seguir hacia delante a una velocidad imposible para una persona que caminaba con las manos esposadas a la espalda. Hablo en femenino porque ahora todos la llamamos Manolita, pero por aquellos años se llevaban a Manolo, lo cual era aún más truculento de presenciar, porque podía ocurrir que en el momento del arresto él estuviera a medio maquillar, o pudiera tener puesta una camisa a cuadros de hombre y una falda de su madre o de su hermana, y de esa guisa, mitad hombre mitad mujer, como una especie de fauno derrotado, le instaban a seguir hacia delante, siempre hacia delante, a la vista de todos. Desfilaba bajo los golpes, bajo el flagelo de las miradas, bajo el peso de la vergüenza, y yo la seguía, la acompañaba en silencio hasta que llegaba a la Casilla y desaparecía pasillo adentro.

Aunque en la cárcel que peor estuve fue en la del campo de concentración de Dos Hermanas, niña. El día que me llevaron, mi hermano el mayor, que en paz descanse, había hablado con mi madre para pedir ayuda por ver si podían quitarme lo de la homosexualidad, y hablaron con sor Montserrat, una monja del pueblo, que al parecer avisó a la guardia civil diciéndoles que yo hacía cosas de homosexuales. Creo que no tardaron ni una hora en personarse en mi casa para llevarme a la Casilla. De la Casilla me mandaron, en un autobús que era una tartana, rumbo para Dos Hermanas, sin previo aviso, niña, sin yo saber adónde me dirigía.

Cuando bajé me pusieron en una fila con algunos mariquitas más, y nos llevaron a un cuarto muy oscuro y muy húmedo donde nos hicieron quitarnos la ropa y nos raparon la cabeza al cero, que parecíamos una bombilla. Yo lloraba. Llevaba algunos meses dejándome crecer el pelo para hacerme el mismo peinado, cuando mi hermano el mayor no estuviera en casa, de Juanita Reina, ese tan famoso en el que ella se lo recogía hacia atrás y en la oreja derecha se ponía unas flores, y yo también me ponía las rosas de papel que mi madre le compraba a la mujer del Granada para adornar la cómoda de su habitación. Pero me raparon y me llevaron al despacho junto a los guardias. ¿Usted es maricón?, me preguntaron, y yo no sabía qué responder, porque si decía que sí, malo, y si decía que no, todavía peor, porque a mí mi homosexualidad se me notaba desde lejos. Yo sí soy maricón, les respondí, así, con todas las letras, ma-ri-cón, porque eso de transexual y bisexual y yo no sé cuántos nombres que hay ahora nunca los he usado. Nosotros éramos maricones, niña, mariquitas, de la cáscara amarga, de la pared de enfrente, esos eran los nombres que teníamos y esos son con los que me voy a morir yo. Esa respuesta me sirvió para que me declararan delincuente y me dejaran allí encerrada. Decían que tenían que reeducarme, niña, cuando yo siempre había sido muy educada. Para curarme, tenía que hablar con curas y con psiquiatras, o me ponían fotografías de mujeres desnudas, con las que no me pasaba nada, y luego de hombres desnudos, con las que me descargaban una electricidad por el cuerpo que a mí me dolía y me hacía gritar como si me clavaran cristales en la carne. Mi madre, que se ve que el remordimiento de haber hablado con sor Monserrat se la comía por dentro, contactó con un abogado, por ver si podían sacarme de aquel infierno. Búscale una novia, le dijo el abogado a mi madre. Buscándole una novia te lo traes a tu casa. Y María la Viuda, como María la Viuda que era, arregló el asunto con una vecina, a quien le compró un reloj de oro con el dinero de yo no sé quién, porque en mi casa dinero no había. El trato era que la hija de esta vecina sería mi novia. Cuando yo ya había salido del campo de concentración, mi madre me decía tú llévala al cine, cógele el culo, bésala en la boca

por la calle, y yo le contestaba indignada que cómo iba a besarla y a cogerle el culo en la calle si eso era pecado también; pero lo cierto, niña, es que yo la cogía de la mano y la llevaba de paseo para que los guardias me vieran con una mujer y no me llevaran a la Casilla o al campo de concentración. Yo no quiero ser tu novio. Yo lo que quiero es otro novio, le decía yo a Conchita, que así es como se llamaba la novia que mi madre me había buscado, y se lo decía con la boquita chica para que nadie me oyera. Tú pasea, Manolo, me contestaba. Tú pasea y agárrame el culo.

A la cárcel nos mandaban hasta por suspirar en la calle, pero eso de los campos de concentración nos cogió por sorpresa. Podía ocurrir que, cuando te habían detenido ya varias veces por maleante, te mandaran al penitenciario de Sevilla, sobre todo a nosotras, las gaditanas, ¿tú comprendes?, por eso de que nos cogía más cerca. En la cárcel intentaban reeducarte a base del electroshock ese, que digo yo que si los guardias se creían que yo era una batería gastada para que me enchufaran esas pinzas en la cabeza. Ya con los años, hablando con otras compañeras, me enteré de que por toda España habían encerrado a otros homosexuales como nosotras. Muchas habían estado en Carabanchel, la Modelo de Barcelona, Valencia o Badajoz. Pero ya lo de los campos de concentración no lo vimos venir, aunque nosotras, de los que mandaban, ya esperábamos cualquier cosa. Cuando un guardia civil me dijo que me enviaban a un campo de esos, no lo llamó campo de concentración, eso lo he aprendido yo con el tiempo, que muchos abogados se me han acercado para explicarme qué era lo que habían hecho conmigo, y yo muy agradecida, no se vayan a creer que no; sin en cambio, a mí más que acordarme de dónde estuve me gustaría olvidarlo, ¿tú comprendes? En fin, lo que decía era que el guardia civil no lo llamó campo de concentración, sino que me dijo que me mandaban a una colonia de trabajo, y una, que era medio tonta perdida, pensó que iba de catadora de colonias o algo, muy contenta, porque yo presumida era bastante, y eso es lo que pensé, que esos guardias habían visto que yo era muy elegante y que quién mejor que una

maricona como yo, que así nos llamaban, para verificar las esencias de la colonia; sin en cambio, ya cuando me montaron en el autobús sospeché que adonde me llevaban pocos perfumes iba a echarme yo por el cuello, ¿tú comprendes? Y así fue. En cuanto llegué me di cuenta de que allí el olor precisamente de colonia no era, porque las pocilgas de los cochinos apestaban menos que aquel lugar. Lo primero que hicieron conmigo fue raparme la cabeza y ponerme unas botas, un pantalón gris, una camisa blanca y un sombrero de paja de ala ancha, que de aquella vestimenta era lo único que me agradaba, porque así al menos no se me veía la cabeza pelada al cero, ¿tú comprendes? Después me pasearon por un patio, imagínate el frío, en febrero con esa finura de ropa cubriéndome las pieles y con el miedo que sentía entre aquellos paredones de piedra gorda y profunda. Yo en aquel momento no sabía dónde estaba; sin en cambio, más tarde, de nuevo los abogados me explicaron que donde nos habían encerrado era un campo de concentración llamado La Corchuela, en Dos Hermanas. Era un patio central en forma de cuadrado que tenía en el centro una lona gigante donde podía verse bien grande y en negro el símbolo del yugo y las flechas, y debajo se leía 1937, EL AÑO DEL TRIUNFO. El patio estaba amurallado por paredes enormes con alambres de espino. A la izquierda de la entrada estaban la capilla, el comedor, la sala de reeducación y la cocina. Enfrente de la entrada se encontraban los despachos de los jefes y los tenientes y las habitaciones de los cabos, y a la derecha, los dormitorios de los presos, adonde me llevaron dos maromos sujetándome por los dos brazos, como si yo me fuera a escapar, ¿tú comprendes?, como si no fuera suficiente ir esposada de manos y tobillos. La habitación tenía veinticuatro literas. Me indicaron cuál era la mía y me advirtieron de que yo dormía en una cama de las de arriba. Me liberaron de las esposas y ya ahí, después de dieciséis horas sin sentarme, pude descansar un rato. La cama que había debajo de la mía estaba ocupada por un muchacho silencioso, apenado diría yo, con las orejitas echadas hacia delante y con la carita de haber estado llorando. Asomé la cabeza y sin ninguna vergüenza, porque yo vergüenza no he tenido nunca, y, también hay que decirlo, empujada por la necesidad de hablar con alguien, le

pregunté cómo se llamaba y él me contestó que Manuel, Manuel Saborido Muñoz, y que era de Arcos de la Frontera. Muy bonito nombre, le dije yo, por decirle algo, ¿tú comprendes?, aunque en esa situación todo lo que se dijera era innecesario y ridículo. Yo me llamo la Petróleo y vengo de Cádiz. De las pocas palabras que intercambiamos esa primera vez, recuerdo el alivio que me entró cuando comprobé que era igual de mariquita que yo. El mismo consuelo, y diría que sorpresa, que recibió él al oír un nombre tan de mujer en un hombre rapado y con esos ropajes. Aquella noche Manuel no durmió. Entre desvelo y desvelo lo escuchaba gimotear en su cama, tapándose la boca con la almohada. Mira que más tarde descubrí que Manolita charlaba hasta por los codos, pero en el campo de concentración de Dos Hermanas no dijo ni mu. A los pocos días descubrimos que la mitad eran presos políticos, heterosexuales, digo yo, porque eso una nunca lo sabe. Los llevaban fuera del campo de concentración para construir un canal de riego, al que más tarde llamaron el Canal de los Presos. El trabajo era muy duro, al aire libre con sus manos y sus espaldas, sin ninguna maquinaria que los ayudara. Nosotras, si esto se puede decir, tuvimos mejor suerte, porque al ser mariconas, que así nos llamaban, no nos consideraban aptas para las labores de los hombres. A los homosexuales nos dividían entre enfermos de nacimiento y enfermos por vicio. Manolita y yo estábamos internadas en el módulo de los enfermos de nacimiento, así nos consideraban a los mariquitas que teníamos pluma, mientras que a los que eran maricones, pero no se les notaban las maneras, los ponían en los dormitorios de los enfermos por vicio, ¿tú comprendes? Los maricones de nacimiento y los maricones viciosos recibíamos como castigo las charlas con don Domingo, un cura que nos hablaba de que en la Biblia no se decía nada de que un hombre pudiera acostarse con otro hombre y cosas de esas; fíjate tú que el cura no se enteraba de nada, porque muchos de los homosexuales que estábamos encerrados allí no nos queríamos acostar con otros hombres siendo hombres, ¿tú comprendes?, nosotras queríamos empotrarnos a un maromo desde nuestra condición de mujer. Tampoco es que nos quedara ánimo con tanta pastilla, y entre la

cabeza rapada al cero y el sueño que te entraba con las píldoras que nos metían a la fuerza por la boca, parecíamos enfermitos de esos que hay en los manicomios, y muchas veces así, drogadas perdidas, nos llevaban a unas sillas donde nos ataban los pies y los brazos y nos ponían unas películas con mujeres, que nosotras no sabíamos por qué tanta mujer, y luego por la película, así, sin venir a cuento, aparecían unos hombres, y ya nos daban el calambrazo, una descarga muy fuerte, y yo, desde la lejanía que me daban las pastillas, escuchaba a la pobre Manolita decirme como podía ¡ay, Petróleo, qué me duele! Manolita y yo también éramos compañeras en el taller. Como las dos zurcíamos muy bien, nos ponían a coser balones de fútbol durante quince horas al día, decían que para los partidos de primera división. Nosotras nos pasábamos las quince vueltas del reloj, cuando los guardias no nos miraban, hablando de lo que queríamos hacer en el futuro. Un día, mientras preparábamos los hilos y las agujas, se acercó a mi cara y muy bajito y con temor, porque en el campo de concentración todas hablábamos con mucho miedo por si algún guardia nos escuchaba y nos duplicaba el castigo, me dijo Petróleo, yo en realidad, fuera de mi casa, no quiero ser Manuel, sino Manolita, y luego que fuera de allí solo una amiga la llamaba así, la Joaquinita, me parece recordar que era aquella amiga, y que a partir de entonces, como éramos amigas, que la llamara por ese nombre. Yo le contesté que sí, que por supuesto, que ya me parecía raro ver a un mariquita tan mujer con nombre de hombre. Y ella me respondió, me acuerdo, que desde los cuatro añitos que lo sabía, que desde niña tenía claro que era mujer, pero que sentía una gran culpa. Y cuando mencionó lo de la culpa salté. ¿Culpa por qué, Manolita? Y con la mirada en los hilos me dijo que en su casa la trataban como a una cosa rara, como un ser que solo les traía quebranto o que era para ellos como un castigo. A las dos nos había criado nuestra madre en solitario y las dos veníamos de familias muy humildes; sin en cambio, a mí la mía me aceptaba y a ella no. Eso le dolía en lo más adentro. Me decía que su familia la hacía sentirse como una enferma mental, que le imponía vivir entre dos mundos, el mundo de los normales y el suyo propio, y que en ese mundo intermedio solo encontraba silencio; que la obligaban a

ocultarse, a que abandonara su forma de hablar. Y entonces comprendí sus idas y venidas a la capilla cuando tenía algún hueco libre, porque Manolita era muy religiosa e iba mucho a rezar, y yo creo que visitaba tanto el altar por ver si podía quitarse la culpa de sentirse como un monstruo o porque Dios le perdonara a la familia que no la aceptara. Aunque también lo hacía para descubrir si podía andar o si tenía algún hueso roto. Durante los veintiún días que Manolita estuvo prisionera en La Corchuela, cada uno de ellos, recibió golpes de todos los colores. Ella, en los interrogatorios iniciales, quizás con demasiada valentía o por demasiado miedo, declaró que era maricón, y eso a los guardias no les hizo mucha gracia. Fue la que más recibió de todas nosotras, se le iba la vida de a poquito de todas las patadas que recibía en el costado. Ya estuviera en el patio, en el taller, en la capilla o en el dormitorio, no era raro que dos guardias llegaran y la cogieran por la camisa y la tiraran al suelo y la patearan como unos niños a un saco. Yo por Manolita llegué a sentir pena, pero ninguna como la que me entró a mí cuando, sin aviso, de un día para otro, un carcelero abrió la puerta de nuestro dormitorio y le dijo a Manolita que su madre estaba fuera esperándola, que ya podía irse; y lo que debería haber sido alegría y alboroto en mis adentros, sin en cambio fue todo lo contrario, porque me sentí muy sola y muy abandonada cuando la vi marcharse, y la angustia me carcomía mientras la observaba desde los barrotes perderse con su cabeza rapada, que brillaba por el patio con la luz de la tarde. ¿Tú comprendes?

Cuando mi madre me dijo que tenía que ser novia de Manolo, a mí se me abrieron las carnes, porque Manolo vivía en mi misma calle y en el barrio todo el mundo sabía que le gustaba mirar pa Cuenca. Además, yo ya pelaba la pava con un muchachito del campo, uno que venía a la puerta de mi casa con una Bultaco amarilla, preciosa. No veas qué disgusto se llevó el pobre cuando le dije que iba a ser la novia de Manolo, pero claro, en aquella época una hacía lo que le decía su madre. ¡Manolo era un chico muy tímido muy tímido! Caminaba por la calle con la cabeza agachada y la pena en el gesto.

A mí al principio me daba asco estar a su lado, porque, claro, tú imagínate que hoy vienen y te dicen vas a ser la novia de un mariquita, con lo que un mariquita era en aquella época. Pero mira, después empecé a encontrarle su gracia, porque el de la Bultaco me quería mucho, o eso me decía, pero no me tocaba ni con un palo ni me sacaba a pasear ni nada de nada. Y yo con Manolo, poquito a poco, me iba acomodando, y cada vez nos dejábamos ver más por el Paseo, que era una calle peatonal del pueblo donde se hacían ver las parejas, y él me decía, por lo bajini, Conchita, yo lo que quiero es un novio, y yo le decía cállate ya y agárrame la mano, con la madre que te parió. Yo con dieciséis años ya tenía el deseo de que me tocaran, y aunque él solo me repitiera que quería un novio, yo en la intimidad le cogía la mano, que era un pajarillo asustado, y se la iba poniendo en mis partes de mujer. Se la colocaba en una teta, y le preguntaba Manolo, ¿sientes algo? Después me la ponía en el culo, Manolo, ¿sientes algo? Y algunas veces le metía la mano en mi zona de mujer. Manolo, ¿sientes algo? Y él, que todo lo que tenía de mariquita también lo tenía de noble, nunca decía nada, pero yo la tristeza se la notaba en los ojos. A veces me hablaba de su primer amor, aunque amor, lo que se dice amor, tampoco era. Todos saben cuál fue el primer amor de Manolo, bueno, de Manolita, porque cuando se pregonó a los cuatro vientos que Manolo tenía novio, ya era Manolita. Pero bueno, en sus primeros escarceos, que era lo que tenía en aquellos tiempos, yo era su cómplice. Mira, los mariquitas en aquella época vivían en los ojos de todo el mundo, mayormente de las vecinas, y para poderse ver tenían que hacer mil triquiñuelas. Tanto es así que yo al principio ni me enteré de que se estaba viendo con alguien, con un macho, me decía, estoy viéndome con un macho, y yo le decía que si se estaba viendo con otro mariquita, pero él me decía que no, que era un macho, y yo le preguntaba que cuál era la diferencia, y él me decía que mariquita era el que se dejaba y macho el que arremetía, y yo luego le preguntaba que quién era el macho, pero él no me lo decía, se callaba, se callaba, hasta que empezó a necesitarme. El macho era uno con novia, mayor que nosotros, bastante mayor, rondaba la treintena. El nombre no lo digo porque ese hombre todavía tiene su mujer y sus

hijos y sus nietos. Para que las vecinas no cuchichearan, quedábamos en mi casa. Primero entraba Manolo y luego entraba el hombre con una prenda en la mano, porque mi madre y yo cosíamos, y así la gente se pensaba que venía a arreglar alguna ropa. Como mi casa era grande, de esas casas de vecinos de toda la vida, ellos se iban a un cuartito pequeño que había en el patio, donde nunca entraba nadie, y allí retozaban, poquito tiempo, unos veinte minutos, el tiempo en que el deseo superaba al miedo de que los cogieran. Cuando el macho se iba, yo le preguntaba ¿qué habéis hecho, Manolo?, ¿te ha arremetido, Manolo?, ¿cuánto duele eso, Manolo?, y él, que como ya he dicho, tenía más silencio dentro que el patio de las malvas por la noche, nunca me contestaba, o, a lo más, me decía ¡que no te digo nada, Conchita!, y se marchaba para su casa con un enfado de mil demonios. Nuestro noviazgo duró muy poco. Él se fue a la mili, que es como irse lejos, muy lejos, para pena mía, porque a mí, aunque sabía que Manolo nunca iba a saciar mis deseos, me gustaba acompañarlo y que me contara sus cosas y sé, a pesar de que nunca me lo dijera, que yo para él era un alivio porque mientras estuviera conmigo al menos su hermano no iba a darle con el cintillo. Y ahora que ya somos dos viejecitas, me visita muchas tardes para tomar café y yo, que todavía guardo la picardía de cuando éramos chiquillas, muchas veces le cojo las manos y me las pongo en estos dos limones secos que tengo por tetas y le pregunto Manuela, ¿sientes algo?

En el año 63 me llegó una carta donde me reclutaban para hacer el servicio militar, niña. Después de haberme tallado y hacer la instrucción en Ovejo, Córdoba, me llevaron a Jerez de la Frontera, al Regimiento de Artillería n.º 74. Yo iba cagadita de miedo, si te digo la verdad, porque por aquella época estaba desatada y empecé a cogerme todo lo que se me ponía por delante. Eso sí, la fama me costó más de un disgusto. Un día, dos hombres me dijeron que si los acompañaba al cerro, que era una loma de la barriada de la Paz. Ante el horizonte de poder montármelo con dos a la vez, les hice caso. Cuando llegamos al descampado era la tarde noche. Los hombres se me insinuaron, niña, pero cuando toqué a uno de ellos cambiaron el ánimo, me cogieron cada uno por un brazo, me

llevaron a un rincón donde había pitas y zarzales y me tiraron allí. ¡Eso que se te clava es lo que sentimos los hombres cuando te miramos, maricón!, me dijeron. Yo no recuerdo cómo llegué a mi casa. De lo que sí me acuerdo es de la cara de mi madre cuando me vio llegar toda amoratada, con púas por todo el cuerpo, que parecía yo un acerico con cientos de alfileres clavados, y con unas pinzas fue quitándome una a una cada espina, y luego con un paño caliente y mucho cuidado fue dándome en las heridas, igual que la Virgen habría hecho con su hijo en la cruz. El principio en la mili fue muy difícil. Yo nunca había visto tanto hombre junto, y ya se sabe, niña, que los hombres en manada necesitan demostrar su virilidad, y ellos la sacaban y la abrillantaban como a sus fusiles haciendo chistes. Yo agachaba la cabeza cuando oía las carcajadas, por vergüenza, me imagino, pero cuando de verdad sentí el auténtico miedo fue la primera mañana que pasaron revista y el coronel dijo, para dejarlo bien clarito, que en su regimiento no quería maricones, y yo me preguntaba allí, rodeada de tanto macho, cómo sería capaz de esconder mis ganas de varón. Imagínate, niña, sobre todo compartiendo ducha con tanto pene colgando, con tanto hervor en mis adentros. Me enamoré de un gallego que me dio una paliza para haberme matado allí mismo, sin yo decirle nada, solo porque él sentía que lo miraba con deseo. Y eso que yo en la mili había dicho que tenía una novia y que se llamaba Conchita. Hasta les enseñaba una foto que llevaba en la cartera, pero lo que pasaba es que la pluma se me notaba más que a los pavos reales, y después de la paliza los soldados y los generales y los coroneles me pusieron las espinas del recelo y la sospecha. El momento más temido era la ducha. Los soldados me agarraban por la espalda, totalmente desprevenida, y me arrastraban hacia el campo. De ese trayecto lo que más recuerdo son mis talones, niña, que intentaban anclarse al suelo, rígidos y por todo el regimiento dejando dos hileras de agua. En el campo me arrojaban al suelo y me molían a patadas, y después me dejaban tirada allí, sola, discriminada total, con todo el polvo y la tierra pegada a mi piel amoratada y mojada. Y gritaban ¡Franco no quiere maricones! Otras veces me obligaban a pelear con otro soldado, José Lerena Posadas, un chico muy sumiso de Medina

Sidonia al que también maltrataban y detestaban. A mí nunca me ha gustado la violencia, niña, y tener que golpear a ese chico tímido, medio tonto, con todos esos coroneles y generales y soldados jaleándome, hacía que por la piel me chorrearan las calores de la pena y la vergüenza, y me paralizaba y dejaba que José Lerena me golpease para que todo terminara lo más rápido posible. Como el tiempo entre aquellos hombres se me iba a hacer eterno, me dije que tenía que buscar algo para ganarme el cariño de todos. De lo que más pronto me percaté era de que eran un desastre en los quehaceres diarios. Lo primero que hice fue cogerles los bajos del pantalón a los soldados. Me levantaba temprano y les hacía los remiendos. El coronel, viendo que las cosas de las mujeres se me daban de maravilla, me destinó a hacer las labores de la cocina, y como yo en mi casa había aprendido a tenerlo todo bien limpito y a cocinar para mucha gente, me dediqué a ello con el mismo esmero con que un relojero se emplea en colocar las piezas diminutas de la maquinaria. Aquella cocina tenía más pringue que el palo de un churrero. No sabes el enjabonado que le di, niña, lo blanca que la dejé, que una hasta podía mirarse en las paredes como en un espejo. Cuando lo aseé todo, escogí a los soldados que me iban a acompañar en esas labores, entre los que se encontraba José Lerena Posadas, porque como ya sabes, niña, yo siempre soy muy entregada con aquellos que sufren daño, tú lo puedes ver aquí en la cárcel, que cuido a los enfermos de sida como si fuera su madre. Me levantaba a las cuatro de la mañana y les hacía el desayuno. Para mil doscientas personas cocinaba, niña, eso no se había visto en la vida. Desayunaban pan frito con azúcar, y hasta los coroneles se chuperreteaban los dedos. Les cocinaba ensaladillas, papas fritas con huevos, y cuando llegaba la Semana Santa, les hacía torrijas. Por los alrededores de la cocina había muchas flores silvestres, y yo me iba con José Lerena a recoger las amapolas, las maravillas, los jaramagos, y las ponía en unas latas de tomate y las colocaba como centro de la mesa. Vieron que había alguien que los mimaba y los cuidaba. Yo notaba cierta lástima, cierto reconcome por todo lo que me habían hecho, aunque a mí nunca me ha gustado que sientan pena de mí. Por esa compasión, muchos comenzaron a acercárseme

y a intimar conmigo, y mis ganas de hombre, que las había dejado perdidas en un rincón de no se sabe dónde por las tantas zurras, de poquito a poco fueron calentándome los cueros. Hablando claro y fuerte, niña, me enamoré de todo el cuartel y me tiré a medio regimiento. No sabes la de mariquitas que había allí metidos, pero yo era la más, yo estaba desatada como una gallina clueca, ninfómana total. Cuando acabó la mili en el 65, los coroneles me despidieron regalándome una cocina de dos fuegos, que luego llevé a mi madre muy contenta, aunque ella pensaba que era robada, porque no se creía que en la mili a un mariquita como su hijo pudieran agradecerle nada. También me dieron un diploma, reconociendo mis servicios. A mí y a José Lerena, que el pobrecito mío, gracias a que lo metí como mi ayudante de cocina, también se ganó el aprecio y el cariño del regimiento. El último día de la mili, los soldados nos montaron en un tanque y nos pasearon por el cuartel, entre vítores y aplausos, mientras yo les lanzaba, como si fuera una reina, las amapolas, las maravillas y los jaramagos.

A mis sobrinos les encanta Manolita. Muchas tardes se vienen a mi casa y me dicen venga, tito, cuéntanos cosas de vuestra época, y yo siempre les refiero lo mismo, cómo nos pasábamos horas y horas en el corral de la taberna de María la Viuda haciendo teatrillos y cantando coplas, cómo Manolita, desde un principio, fue una chiquilla a la que se le notaba que la vena de artista la llevaba dentro, cuánto de cambiada volvió de la mili, más despreocupada por guardar las apariencias, más suelta, más cantarina, tanto que servía los vasos de vino tarareando coplas. *Cuando por los campos de verde chumbera suenan las campanas de la madrugá y salta a los montes la luna lunera y a mi vera vera te siento llegar*. Cosas así cantaba. Y también les cuento cómo, un día, Marisa Castro, una amiga de su madre que visitaba a su familia en la taberna, escuchándola tararear coplas le dijo tú no pareces que te llames Manuel, chiquillo; a ti con tanto cante y tanta algarabía te deberían llamar Manolita Chen, como a esa artista del circo que va por los pueblos. Y así, de la manera más sencilla e inocente, se fue

corriendo la voz de que Manolo era Manolita Chen, nombre que le ocasionó muchas tundas, pero que yo sé que a ella en sus adentros le agradaba, porque al menos la llamaban Manolita, como yo hacía desde que éramos pequeñas, y no con esos motes tan feos y repetidos como Mariquita Valle, que ninguno sabía de dónde venía y que a ella le hacían tanto daño. Que mis sobrinos se preocupen por conocer la historia de Manolita es algo que hoy en día me emociona, porque, ya sabes, nosotros hemos pasado muchas penurias, y que ahora las nuevas juventudes del pueblo miren a Manolita como un modelo, eso a uno le llena de orgullo, porque aunque ahora muchos salgan por ahí hablando y diciendo que siempre han respetado a Manolita, eso es mentira, ni su familia, fíjate lo que te digo, ni su familia la aceptó en un principio, y aunque ya la cosa ha cambiado, gracias a Dios, todavía les cuesta decirle las cosas como son, llamarla Manuela y no Manuel o mi hermano. Y yo les digo que qué hermano es ese, que ese es su hermana Manuela, Manolita, y su nombre artístico, Manolita Chen. Yo ahora a las madres las comprendo, las pobrecitas, qué iban a hacer, lo único que querían era el bien para sus hijos, que no fuesen maltratados, pero al final, palos en la calle y palos en la casa. Mira, yo recuerdo que una vez el maestro que me enseñaba, un tal Juan Apresa, que daba clases en la calle Gomeles, llamó a mi madre y le dijo que yo no podía ir más a la escuela. Mi madre, sorprendida, claro, le preguntó que por qué, y él le dijo que las otras madres le habían dicho que, si Joaquín iba al colegio, sus hijos y sus hijas no iban, que yo tenía unos andares y unos gestos que se podían contagiar. Mi madre, la pobrecita, quería que yo supiera las cosas básicas para desenvolverme en la vida, y no se le ocurrió otra cosa que poner un barreño a hervir y meterme dentro por ver si se me expulsaba la homosexualidad como los bichos se iban de la ropa con el agua caliente, pero lo único que consiguió fue crearme quemaduras profundas por todo el cuerpo. Y así tengo la barriga, que parece el pellejo de un morcón. ¡Menos mal que no le dio por meterme la cabeza! Ahora viene mucho a verme con eso del programa que ha creado para las personas solas. Manolita siempre ha sido muy bondadosa con los demás y siempre ha tenido un corazón muy grande, y siendo ya mayor como es

ahora, en vez de quedarse en su casa tranquila con su televisión puesta y repantingada sobre el sillón, ha decidido crear su propia fundación y ayudar a otros homosexuales y trans, a los que acoge en su hogar, o visita a las personas que son gais y viejecitas como yo, que la verdad es que estoy muy solo desde que mi madre murió. Tengo hermanos, pero es como si no los tuviera; siempre se han tomado muy mal mi homosexualidad, siempre ha sido un tabú, y con mi madre, aunque ella ha intentado ayudarme, casi tres cuartos de lo mismo. Mis sobrinos son los únicos que se acercan, aunque muy de vez en cuando. Yo, por no herir a mi familia, me hice muy hogareño, siempre viviendo con mi madre. Toda la vida he sido un mariquita frustrado de pueblo, un palomo cojo, que se dice, porque la pluma nunca la he podido esconder. Novias nunca tuve, ni tampoco novios. Con mi madre a todos lados, a comprarle las medicinas a la farmacia, a acompañarla al ambulatorio, a guisar. Cuando no, vendiendo seguros del Ocaso a domicilio. Cuando paseo por la plaza del pueblo y veo ese parador tan bonito que tiene, con esa cristalera que da a la campiña y al río Guadalete, con unas vistas estupendas, y miro a la gente sentada en la terraza o en el salón, con el solecito dándoles en la cara, gente llena de pura tranquilidad y felicidad, siempre me estremezco, porque pienso que esas personas no saben lo oscuro y siniestro que ese lugar ha sido para nosotros. Allí nos encerraban cuando en el pueblo había alguna fiesta, para que los visitantes no se asustaran de nuestra mariconería. Aquel lugar era húmedo y se pasaba frío, mucho frío. Ya fuera invierno, otoño, primavera o verano, el frío se nos metía en los huesos del puro miedo que teníamos. Para mí, el Parador de Arcos nunca podrá ser un parador, siempre será la Casilla. Manuela me visita y me trae algunos alimentos, porque de pensión no me quedó ni para merendar, y alguna ayuda siempre se necesita. Ella me dice Joaquín, con lo que nosotras hemos sido de rebeldes, ¿por qué cambiaste tanto?, y yo, que a la vejez se me vienen los pocos recuerdos felices que guardo con ella, me callo y aguanto el nudo en la garganta. A mí su presencia me da mucha compañía, pero algunas veces me entristece demasiado. Ella siempre ha sido muy echada palante y, por más palos que le daban, por más que la

humillaban y por más que la encerraban en la Casilla un día sí y el otro también, seguía erre que erre con sentirse mujer, y ahí está, con todo lo que ha conseguido, y yo que me alegro, pero no entiende que a algunos de nosotros sí consiguieron callarnos, sí consiguieron que ocultáramos parte de lo que verdaderamente éramos. Yo no sé la de años que llevo sin vestirme de mujer, y ella siempre me recuerda cuando hacíamos los teatrillos, o las noches que dormía agarrada a mí en el suelo frío del cementerio, o a los hombres que nos hemos trajinado, y siempre me pregunta ¿no te da pena haber enterrado a Joaquinita?

Cuando volví de la mili, niña, de nuevo se me llenó el pecho de tristeza y de pena. Mira que en el ejército hubo una época que yo no se la deseo ni a mi peor enemigo, pero al menos allí empecé a ser yo misma, y aunque en la cocina trabajaba como las mulas, esas labores las realizaba con gusto, porque de vuelta recibía el cariño y las felicitaciones de los coroneles, pero al volver a Arcos, otra vez a lavarle los pies a mis hermanos, a cortarles las uñas, a fregar a escondidas, a servir en la taberna. Ya mi cuerpo no podía contener más sus impulsos de mujer, ni sus ansias de copla. Las canciones me salían por la boca solas, niña, mientras rellenaba las botellas de vino, mientras recogía los gargajos de los hombres, mientras les servía los vasos, para corajina de mi hermano el mayor y de mi madre, que ya no me aguantaban cerca y ya no podían esconderme como cuando era niña porque este cuerpo ya no cabía en el corral. Lo único que hacía para disimular mi homosexualidad era seguir viendo a mi novia Conchita, pero ni eso me libraba de que dijeran que el hijo menor de María la Viuda había vuelto de la mili más maricón todavía. A la guardia civil, cuando me veía con Conchita, parece que aquello le irritaba como un pellizco en el brazo, y se dedicaba a hacerme la vida imposible. Mi rutina se resumió en ir de la Casilla a mi casa y de mi casa a la Casilla, y en la Casilla yo no sé las de maldades que me hacían. Era ver a un guardia civil acercarse por mi calle y empezaba a temblar nada más que de mirarlo desde lejos. ¡Maricón, chupapollas, vamos a acabar con ustedes! Esas eran las cosas que

me decían. Había uno, del que no recuerdo ya el nombre, que un día sí y otro también, cuando me encerraba en la Casilla, me llevaba a su despacho y me hacía meterme piedras en la boca. Muérdelas, me ordenaba, y yo lo hacía, niña, porque si no las mordía el guardia me desnudaba y me dejaba esposada a una silla durante días, y más tarde otro se asomaba por el despacho para darme latigazos con una cadena. Entonces yo las mordía, porque aunque me sangrara toda la boca, si les daba bocados a las piedras, después de unas horas me dejaban salir. Mi hermano el mayor, que en paz descanse, no aguantaba que la guardia civil me encerrara cada dos por tres ni que la gente del pueblo me humillara y me hiciera daño. No porque sintiera lástima por mí, sino porque él era el hermano del mariquita y nada lo deshonraba más que eso. Una noche en la que yo dormía, habrían pasado ya unos diez meses desde que llegué de la mili, de nuevo con la furia carcomiéndole las entrañas, desbarató mi cama y me agarró por la cabeza. Hizo que hincara las rodillas en el suelo, sin todavía quitar su mano de mis pelos, y con la hebilla del cinturón me dio una paliza para haberme matado allí mismo. Yo no soportaba más esas situaciones, niña, yo quería sentirme como en la cocina del regimiento, sencilla, con pluma, con el menor disimulo posible. Entonces, cuando mi hermano se fue de la habitación y lo perdí de vista, agarré una taleguita y la llené con un poco de ropa, una naranja, un trozo de pan, media tableta de chocolate y veinticinco pesetas. Salí de mi casa cuando la noche ya se estaba terminando y me dirigí a la estación de autobuses. Allí cogí uno que me llevó a la estación de tren de Jerez de la Frontera. Mi intención era subirme al primer tren que me encontrara. Si iba para Zaragoza, pues para Zaragoza; si para Madrid, pues para Madrid. Me subí a una tartana de madera con apenas algunos asientos. Como mi cuerpo estaba muy cansado, me acosté en el suelo. No sé cuánto tiempo llevaría dormida cuando sentí unos golpecitos en mi costado. ¡Manolo!, me llamaban en un susurro los golpecitos. ¡Manolo!, repetían. Cuando entreabrí los ojos vi la figura de José el Cantarero, un chico de mi barrio que venía de una familia de cantaores flamencos muy asiduos a la taberna de María la Viuda. ¿Tú qué haces aquí, Manolo?, me preguntó. Yo me incorporé muy torpe, porque todavía me duraba el

adormecimiento, y pegué mi espalda a la pared del vagón. La notaba chorreándome de sangre de la paliza que me había dado mi hermano. Le pregunté que a dónde iba el tren y me dijo que a Barcelona. Pues a Barcelona voy yo, le dije, y al verme tan determinada me miró raro y yo me inventé que en la taberna no había mucho trabajo ya. Le dije eso por no decirle que iba medio muerta y desangrándome. Ellos iban a Villanueva y Geltrú, un pueblo de Barcelona, y cómo debió verme que me dijo si quería irme allí también con él y su familia. Yo, niña, me levanté como pude, agarré mi taleguita y me fui detrás de él en silencio y con la cabeza muy agachada, con tristeza y con vergüenza, como la niña huérfana recién llegada al orfanato que persigue a una monja.

La noche del 25 de enero de 2004 comenzamos una vigilancia en busca de alguna información que nos ayudara a esclarecer un asunto de drogas. Unas semanas antes Antonio Repeto, cabo segundo de la unidad, había detenido casi de forma consecutiva a dos hombres a los que se les había sustraído cocaína en pequeñas cantidades. Lo llamativo del asunto era que ambos, cuando fueron preguntados por el lugar donde habían adquirido la droga, hicieron referencia al mismo punto de venta, un domicilio ubicado en una calle cercana a la plaza de las Aguas, al que se refirieron como la casa de al lado de la farmacia. Antonio, que estaba a punto de jubilarse y ansiaba culminar su carrera con un último caso, vio en esas declaraciones un patrón y pidió al sargento que yo lo acompañara. Conmigo viene el novato, le dijo. El vehículo que nos asignaron era un Seat León negro, lo habitual en estos casos, pues acudir a una vigilancia en coche patrulla levanta muchas sospechas e interfiere en el comportamiento de los investigados, aunque aquí no sabíamos a quién se le hacía seguimiento. Lo aparcamos en una calle llamada Romero Gago, junto a una taberna llamada Pepe de la Viuda, desde donde podíamos ver la casa de al lado de la farmacia. Era una calle estrecha, de una sola dirección, donde el poco espacio que había para aparcar estaba ocupado. La estrechez de la calle y el diseño de la vía nos impedían tener buena visibilidad. El barrio estaba desierto y el cansancio hacía maldecir a Antonio, que se desesperaba ante el poco tránsito. De vez en cuando circulaba algún

coche, lo que nos hacía temer que el sonido del motor enmudeciera algún movimiento interesante para nuestra investigación. Pero allí no se movía nada. Sin embargo, de pronto, en el silencio profundo, oímos el sonido de una puerta que se cerraba, una puerta que se encontraba tres casas más abajo de nuestro coche, la puerta de la casa de al lado de la farmacia. En el zaguán de la vivienda apareció un hombre de mediana edad, bastante normal. Como era el único movimiento que habíamos percibido durante el tiempo que llevábamos aguardando en nuestro vehículo, decidimos bajarnos y hacerle algunas preguntas. El hombre se disponía a montarse en su vehículo cuando Antonio le dio el alto. Disculpe, caballero, somos la Guardia Civil, le dijo en un tono común, con el que pretendía no asustarlo. El hombre al principio se perturbó, pero su confusión duró apenas unos segundos, los que tardó en recomponerse y en responder díganme, ¿en qué puedo ayudarles? Nos han llegado noticias de que por la zona se trapichea con drogas, con cocaína exactamente, ¿sabe usted algo de eso?, le preguntó Antonio, que hacía gala de su veteranía ante mí. El hombre, al escuchar la palabra cocaína, dio un pequeño respingo y respondió que no, que aquella era su vivienda. ¿Tiene usted algún documento que corrobore que es usted propietario de la vivienda?, insistió Antonio, que olía el miedo y el desconcierto. Ahora mismo no, señor agente. ¿Hacia dónde se dirige? A casa de mi novia, señor agente. ¿Y dónde vive su novia? Yo no entiendo tanta pregunta, señor agente. Limítese a responder, caballero. Por allí abajo, en el Mesón de la Molinera. Saque su documento de identidad. El hombre extrajo la cartera de su bolsillo e, intentando no parecer nervioso, le alargó el DNI a Antonio. Déselo a él, le ordenó de nuevo, señalándome con la cabeza. El hombre me entregó el DNI, donde pude leer Rafael Flores Estrada. ¿Cómo se llama el caballero?, me preguntó Antonio, irónico, regocijándose en el cambio que le había proporcionado la noche. Rafael Flores Estrada, le contesté. Señor Rafael, ¿lleva usted algo encima?, le preguntó Antonio. Yo no, señor agente, respondió el tal Rafael cagado de miedo. Tenemos que hacer la comprobación. Antonio le ordenó que levantara las manos y pusiera las piernas en posición de uve. El hombre se colocó como mi compañero le había

ordenado y Antonio, serio como el cabo segundo que era, pero con el brillo de una sonrisa debajo del bigote, me dijo niño, haz los honores. Aquel era mi primer registro. Empecé abriéndole la chaqueta y palpando la parte de las axilas, el pecho y la cintura. Después inspeccioné debajo del dobladillo del cuello, le metí las manos en los bolsillos del pantalón, le palpé los muslos y las pantorrillas, y no encontré nada. Antonio le pidió que se quitara los zapatos, no apartaba la vista de encima del registro, y a mí me indicó que comprobara bien las plantas de los pies. El hombre hizo caso a Antonio, medio llorando. Toqué su pie derecho y tampoco encontré nada. Fue durante la inspección del pie izquierdo cuando noté un bulto que sobresalía de la horma de la planta. Le quité el calcetín y de este cayó una bola blanca, pequeña, que parecía una seta. Antonio la recogió del suelo, la examinó, la abrió, la olió y la volvió a cerrar, antes de dirigirse al hombre para decirle esto tienen que ser dos gramos, debe acompañarnos al cuartel de la Guardia Civil. Y le colocó las esposas. ¡Eso no es mío!, intentaba defenderse el hombre mientras Antonio y yo lo agarrábamos cada uno de un brazo y lo llevábamos esposado a la parte trasera de nuestro coche. ¿Y entonces de quién es, Rafael, de mi prima?, se burló Antonio. ¡De verdad que no es mío!, continuó defendiéndose Rafael. ¡No es mío! ¡No es mío!, seguía. Yo iba a llevarlo al Hollywood, confesó al final. Antonio me miró sorprendido. Cuéntenoslo en el cuartel de la Guardia Civil, le dijo.

II
Allá, allá lejos; donde habite el olvido

Hoy, ordenando los libros de la biblioteca de la cárcel, mira lo que me he encontrado, niña. Lee lo que pone aquí, eso es, LA REALIDAD, ¿y aquí debajo?, exacto, Y EL DESEO. No está escrito en negro y rojo, pero es el mismo libro que nos leía don Julio Mariscal a mí y a la Joaquinita en el corral de la taberna. Y ahora, mira lo que dice el final de este poema. *Allá, allá lejos; donde habite el olvido*. Eso es lo que me repetía cada vez que la morriña me roía las entrañas en Villanueva y Geltrú, cada vez que escuchaba la voz de mi madre diciéndome Manolo, Manolo, ¡despierta!, pero abría los ojos y en la pensión no había más que un profundo olor a cortinas viejas. Entonces me decía no pasa nada, Manuela, tú sigue allá, allá lejos, donde habite el olvido, porque eso es lo que buscaba en Barcelona, el olvido de la gente del pueblo, de mis hermanos, de la Guardia Civil. La pensión se llamaba Pensión Marina y a doña Marina se le veía, detrás de esas gafas enormes que llevaba, que sentía mucha lástima por mí. La pobre, claro, aunque yo lo intenté disimular lo mejor que pude, me vio llegar con esas heridas en la cara, que se creería que yo era un refugiado de guerra, y entonces cada dos por tres se pasaba por mi habitación por ver si yo estaba cómoda, o si me faltaba comida o medicamentos, y cuando yo salía a la calle para hacer algún mandado, como comprar en el supermercado o buscar trabajo, cuando volvía, me encontraba con la habitación ordenada, la cama hecha y mi ropa bien dobladita encima de la colcha. De puertas para fuera de la pensión seguía siendo Manuel y seguía poniéndome la ropa de hombre, porque si yo hubiera salido a buscar trabajo siendo Manolita, dime tú a mí, niña,

quién me iba a contratar. Pero a doña Marina le dije que me llamara Meli, un nombre neutro, que bien podía ser de Melisa o de Melibeo, porque el nombre de Manolo me había ocasionado tantas palizas, niña, tantos encarcelamientos, que yo lo que deseaba era un nombre inmaculado, un nombre que pudiera estrenar como los niños un traje de domingo. Los días se me pasaban de aquí para allá buscando trabajo, y como estaba muy solita, doña Francisca, la madre de José el Cantarero, siempre me decía que me fuera a almorzar a su casa, o a merendar o a cenar, y lo cierto es que al final me pasaba todo el día con ellos. Doña Francisca, que ya en Arcos tenía fama de coser muy bien, se hizo popular en Villanueva como zurcidora, y cuando las manos no le llegaban para acaparar todo el trabajo que recibía, como ella sabía que a mí eso de coser me volvía loca, me pedía que la ayudara a cambio de cuatro duros. Las tardes con doña Francisca eran muy aburridas, niña, pero entre remiendo y remiendo pensaba que tampoco era tan malo aburrirse como una ostra. Aunque el trabajo que me ofrecía doña Francisca no me llegaba ni para desayunar y el dinero que guardaba se me iba consumiendo en la pensión. Suerte que José el Cantarero consiguió que me aceptaran en la cuadrilla de albañiles donde trabajaba, pero yo no servía para eso, niña. Para empezar, no entendía el catalán. Si me decían *porti l'escombra*, yo, como no comprendía nada y me quedaba con la última palabra, creía que querían escombros, y les llevaba un cubo de piedras y arena que recogía por la obra. El encargado le dijo a José el Cantarero yo creo que Manuel va a ser el que limpie los pisos que ya estén terminados, y una, que en su casa se había dedicado a limpiar el salón y las habitaciones y a lavarle los pies y a cortarles las uñas a sus hermanos y a pedirle a su madre que le dejara aljofifar la taberna a escondidas para que nadie viera que estaba haciendo cosas de mujeres, dejaba los pisos limpios como un quirófano. Conseguí quedarme casi un año en esa empresa, pero el trabajo me mortificaba, niña. Como albañil, la piel, del polvo y del cemento y de los ladrillos, se me ponía seca como una mojama, se me agrietaba, y la espalda empezó a encorvárseme; y cuando limpiaba, de los productos y la lejía, las manos se me llenaban de callos. Y mi cuerpo, niña, mi cuerpo ya me pedía que

dejara de maltratarlo, me rogaba una vuelta a la Manolita niña del corral de la taberna de María la Viuda, aquella niña que a escondidas se colocaba una peineta y se pintaba los coloretes con las flores de papel, aquella niña que le cantaba a la Joaquinita por Juanita Reina, Conchita Piquer o Marifé de Triana. *Ojos verdes*, niña, *La Zarzamora*, esas eran las canciones que tarareaba mientras fregaba los pisos o por las calles de Villanueva y Geltrú. Tranquilo, ahora sí que vas a ser Manolita, le decía a mi cuerpo, porque ahora vives lejos, allá lejos, donde habita el olvido.

Lo que poca gente sabe, porque mi hermana pocas veces lo ha nombrado en sus entrevistas, es que mi hermano el mayor, que en paz descanse, dio con su paradero. José el Cantarero, nada más llegar a Villanueva y Geltrú, envió una carta a su primo Rafael el Cantarero. Rafael era asiduo a la taberna de mi madre y corrió la voz de que su primo había llegado a ese pueblo de Barcelona y que en el tren se había encontrado con mi hermano Manolo, que estaba, siempre según lo que decía Rafael, que además se detenía en esas palabras con retintín, chorreandito en sangre. Mi madre, que, aunque hacía como la que no escuchaba, oía esas historias y se ponía atacada de los nervios, pronto nos convocó a mi hermano y a mí, por eso de que éramos varones, y nos pidió que fuéramos a Barcelona a buscarla. Para ella no había nada en el pasado de su hijo Manolo que le hubiera podido provocar esa huida. Aunque no se puede negar que la pena y la angustia la estaban carcomiendo por dentro, también la dominaba un sentimiento de agravio, de ofensa hacia la honra de su familia, y nada colmaba más sus deseos que traerla de vuelta. Cuando nos plantamos en Villanueva y Geltrú había pasado un mes desde la desaparición de mi hermana. Yo no tenía ninguna duda de cómo mi hermano el mayor sabía el pueblo donde se encontraba Manolo, imaginaba que lo había corroborado por boca de Rafael el Cantarero. Lo que me levantaba más sospecha era cómo se había enterado de que se encontraba hospedada en la Pensión Marina, aunque yo, por si acaso, nunca pregunté. Antes de ir a la pensión, hicimos una parada en el cuartel de la Guardia Civil.

Allí, mi hermano el mayor les contó a los agentes que estaban de servicio que buscaba a un hermano desaparecido un mes antes en un pueblo del sur de España, y que conocía por allegados que se alojaba en la Pensión Marina. Les habló de la preocupación de la familia de que estuviera secuestrado en aquella pensión, o que hubiera sido engañado, y los guardias civiles accedieron a ayudarnos. Era de noche, calculo que la una de la madrugada. La Pensión Marina estaba, según las indicaciones que tenía anotadas mi hermano el mayor en un cuaderno que llevaba consigo, en una callecita estrecha llamada carrer de l'Aigua. La puerta principal estaba abierta y nos colamos con los dos guardias civiles. En el recibidor, un sitio muy oscuro y pequeño iluminado por una lamparita, nos atendió una mujer de unos cincuenta y pico años, bajita y con unas gafas más grandes que su cara. No le dio tiempo a decirnos qué desean cuando mi hermano impuso su necesidad. Venimos buscando a un huésped suyo llamado Manuel Saborido Muñoz. Somos su familia. La mujer, sobrecogida sobre todo por la presencia de los dos guardias civiles, comenzó a buscar el nombre en un libro que tenía sobre el mostrador. A mi hermano el mayor le temblaba la pierna y se rascaba la nuca con cada vuelta de hoja y cada chasquido de labios que la mujer hacía cuando pasaba un folio. Nos dijo que en esos momentos no albergaba a nadie que respondiera a ese nombre, y mi hermano el mayor le replicó que debía ser un error, que sabíamos que se encontraba allí y que buscara bien. La mujer volvió a repasar de nuevo el libro. Como no encontraba el nombre, le pidió a mi hermano que le ofreciera algunas señas físicas. Es un chico ni muy alto ni muy bajo, de veintidós años, con las orejas hacia adelante. Habla andaluz como nosotros; no debe ser difícil, no creo que tenga a muchos andaluces hospedados en su pensión, le dijo mi hermano en tono de amenaza. Nos miró con una nueva luz en la cara, y aunque intentó disimularla y esconder que realmente sabía a quién nos referíamos, al final no le quedó más remedio que admitir que mi hermano se encontraba allí. Nos aclaró que estaba en la habitación 307, pero que no le dijo que se llamara Manolo, sino la Meli. Mi hermano aporreó la puerta de la habitación 307 tropecientas veces al grito de ¡Manolo, sal ahora

mismito de ahí!, pero detrás de la puerta no se oía nada, y los guardias civiles, al ver que ya habían salido algunos huéspedes del mismo pasillo para ver qué ocurría, tranquilizaron a mi hermano y, más amables en sus llamados, se identificaron. Después de unos minutos de silencio, se vio el pomo de la puerta girar y de la oscuridad de la habitación apareció un chico en bata, desconcertado, con el pelo más largo que un mes antes y con los labios pintados de rojo. Mi hermano el mayor, a quien la presencia de la guardia civil lo tenía apaciguado, de nuevo entró en el terreno de la cólera y se abalanzó hacia Manolo, gritándole ¡yo a ti te mato hijoputa!, y Manolo, completamente trastocado, pues del sueño había pasado al escándalo y la pesadilla, miraba a la mujer de la pensión pidiéndole consuelo o explicación, y la mujer le decía Meli, yo no quería decirles nada, a lo que mi hermano mayor respondía endemoniado ¡qué es eso de Meli, yo a ti te mato, maricón! Los guardias civiles apartaron a mi hermano el mayor de la puerta, y uno de ellos hizo que la mujer de la pensión los acompañara al piso del recibidor, y le ordenó que le preparara una infusión. El otro se quedó con Manolo. Yo me vi en medio del pasillo, sin saber muy bien qué hacer. Al cabo de un minuto pegué la oreja a la puerta 307 y pude escuchar cómo Manolo le decía al guardia civil que solo iba a hablar con su hermano José Antonio. Me aparté de la puerta porque oí pasos acercarse; a los segundos se abrió, entré y Manolo se arrojó hacia mí hecho un pañuelo de lágrimas, preguntándome sin consuelo ¿cómo me habéis encontrado, José Antonio?, ¿cómo me habéis encontrado? Nos sentamos en la cama y hablé con él, sereno. Aquí no puedes estar, Manuel; esta ciudad está en la otra punta de España y a mamá la vas a matar de un disgusto, le dije. Él a Arcos no quería volver. Tenía su trabajo y estaba empezando a vivir. Para qué volver al pueblo si allí lo mirábamos como a lo más despreciable del mundo, me dijo. Estaba cansado de que lo tratáramos como a un bicho. Yo intentaba no mirar al guardia civil, por no ver qué podía estar pensando. Quedarse aquí no es una opción, Manuel, le insistí; además, ¿qué es eso de que ahora te llamas Meli? Y ella me respondió que no quería llamarse más Manuel, que estaba harto de Manuel, asqueado de Manolo. Que allí iba a ser Meli. Noté cómo mi hermano Manolo no se

hablaba a sí mismo de ella, sino que utilizaba palabras en masculino, como harto o asqueado, y me di cuenta al momento de que había aprendido a medir sus palabras si la guardia civil se encontraba cerca. Vas a matar a mamá, Manuel, continuaba yo. Ella te puso Manolo por algo, no se puede cambiar uno el nombre así como así. A mí la conversación me estaba incomodando bastante. No solo porque mi hermano me estuviera diciendo que ya no se llamaba con el nombre que todos habíamos conocido, sino también porque escuchándonos había un guardia civil, y yo ya sabía qué le hacía la guardia civil a los personajes como mi hermano, estuviera en Villanueva o en Pernambuco. Yo creo que deberías bajar a la recepción, tomarte una infusión y hablar las cosas claramente con tu otro hermano, le insistí, aun sabiendo que era la opción que más pánico podía darle. Me dijo que no podía hablar con él, que temía que en el viaje de vuelta se fuera a quitar el cintillo y a darle latigazos, que no quería más moratones en el cuerpo. Manolo se quitó la bata y me enseñó la espalda, llena de panes amoratados y de postillas. Yo me acerqué a él y le rocé con los dedos, no sé si por comprobar que los cardenales eran de verdad o por aliviarle algo, pero Manolo se quejó un poco y le pedí que volviera a vestirse. El guardia civil, como veía que no llegábamos a ninguna conclusión, nos invitó a que bajáramos a la recepción. Manolo se encogió en el colchón de su cama, aterrorizado, pero el guardia civil lo tranquilizó diciéndole que no iba a ocurrirle nada. Ya en el recibidor, nos informaron de que poco se podía hacer. Manolo era mayor de edad y no podíamos obligarlo a tomar una decisión en contra de sus deseos. Mi hermano el mayor se puso tenso como una tanza de pesca. Se contenía debajo de la ropa, se le contraían las manos y las rodillas, pero ni siquiera rechistó. Con un gesto de acompañamiento, la guardia civil nos invitó a que saliéramos de la pensión y Manolo, que era una magdalena en esa bata, se abalanzó de nuevo hacia mí llorando. José Antonio, yo sé que en el fondo tú me comprendes, me dijo. Y allí lo dejé, no sin antes de salir por la puerta escuchar la advertencia del guardia civil que nos había acompañado en la habitación. Y usted, dijo, dirigiéndose a mi hermano, quítese de

inmediato esa bata y esos labios rojos, que estaremos vigilándole de cerca.
Una melena lisa y negra, con las puntas rozándome el cuello como los dedos de un amante. Esa fue la primera libertad que me tomé en Villanueva y Geltrú, niña. Aquella ciudad era muy diferente de donde yo venía. Algunas calles eran empedradas y estrechas, como en mi pueblo, pero el terreno era más llano y se podía caminar con más tranquilidad. Y sobre todo tenía mar, niña, un mar que daba gusto verlo, respirarlo, un mar que estaba en todos los rincones de la ciudad, y aunque no se le viera, lo notabas, y cuando el trabajo en la obra me dejaba algún tiempo libre, me marchaba a la playa y me ponía descalza y dejaba que mis pies se hundieran en la orilla. Yo observaba sobre todo a las mujeres, que eran rubias, delgadas, muy blancas, tanto que algunas querían acaparar todo el sol de la costa y se ponían coloradas como un salmonete, pero aun así yo las encontraba guapísimas, más que nada, niña, porque no sentían bochorno ninguno de ponerse en biquini. Yo las veía llegar con sus pareos, sus chanclas, las uñas de los pies muy bien pintaditas, sus gafas de sol, y luego se ponían debajo de una sombrilla con una butaca que les arrendaba el guarda del chiringuito, y las miraba ponerse crema solar por sus pieles de leche, y colocar la toalla sobre la butaca, y tenderse a leer las revistas del corazón donde salían cantantes y actrices famosas que estilaban el mismo glamur que ellas. Embelesada, comencé a atreverme a ir en pareo a la playa. Al principio mi valentía era muy tibia, porque aunque todavía no había tenido ningún percance con la Guardia Civil, el saber que esos demonios verdes rondaban me encogía el atrevimiento como una araña cuando duerme, y entonces encima del pareo me colocaba una camiseta de hombre, lo que me daba un aspecto todavía más horripilante. Como quería que el sol se me pegara a la piel mientras me tumbaba en una toalla, porque yo las butacas de las turistas no me las podía permitir, poquito a poco empecé a sustituir la camiseta por un top, y después el top por la parte de arriba del biquini, y así hasta que mi presencia en la playa se hizo más sonada y comenzaron las miradas, a acercárseme luego algunos mariquitas, y después los insultos o las madres que les tapaban los ojos a sus

hijos, alguna que otra pareja de guardias civiles que me llevaban al cuartel para que me vistiera como un hombre, algún que otro puñetazo en la boca y alguna noche en el calabozo. Los cuchicheos ya me perseguían por aquel pueblo y José el Cantarero, que desde el principio estuvo muy preocupado por mí, me decía córtate un poco, Manuel, que aquí la gente ya está diciendo que tú entiendes. ¿Y qué hizo la Meli? Pues cogió de nuevo su taleguita, la llenó con un poco de ropa, una naranja, un trozo de pan, media tableta de chocolate, diez mil pesetas y se marchó a Barcelona. Ni de doña Francisca ni de José el Cantarero ni de doña Marina me despedí. Yo solo buscaba el olvido, niña, que mis huellas se borraran de la memoria de la gente como las pisadas en la orilla con un golpe de ola.

A mi familia en Arcos de la Frontera siempre se la ha conocido como los Cantareros. Éramos populares, mayormente, por ser aficionados al cante flamenco. Todos los miembros hemos tocado algún palo de esa disciplina. Mis padres siempre han cantado, así como mi hermano Paco y mi hermana Dolores, y mi hermano Juan de Dios y yo tocábamos la guitarra. Muchas noches nos reuníamos en la playa de Villanueva para quitarnos un poquito de la casa, como decía mi madre, y allí, sentados en círculo, con alguna botella de fino manzanilla escondida en la funda de la guitarra, dábamos rienda suelta a nuestras penas cantando por fandangos, alegrías o bulerías. Manolo solía acompañarnos. A mi madre nunca le gustó que Manolo estuviera con nosotros, porque él en el pueblo ya arrastraba consigo una estela de murmullos y ella temía que nos salpicara en nuestra nueva vida, pero cuando yo vi a ese chiquillo, porque no dejaba de ser un chiquillo, acostado en el suelo del tren, salpicado de sangre, con los ojos caídos y el mentón encogido a puntito de saltar al llanto, no pude hacer otra cosa. Del tiempo que estuvo en Villanueva, en los inicios fue cuando actuó más comedido. Mi madre siempre me decía que la mariconería es como el agua, que por mucho que intentes taparla, al final siempre acaba encontrando la grieta, y que a Manolo allí la mariconería lo iba a terminar

empapando. Yo no le hacía mucho caso, principalmente, y eso es algo que he reflexionado con el tiempo, porque me despertaba mucha lástima su soledad. Cuando trabajábamos en la obra, en los descansos me escapaba con mi bocadillo a los pisos de abajo y escondido detrás de los marcos de las puertas lo miraba pasarle la fregona al suelo mientras cantaba coplas. Como vaticinó mi madre, el torrente que Manolo llevaba dentro acabó salpicándonos, porque la gente nos miraba distinto desde que Manolo comenzó a vestirse y a comportarse de aquella manera, por eso de que éramos quienes le dábamos cobijo y lo amparábamos en su día a día. Por la playa se paseaba con un pareo y un bañador de mujer, dejando sus vellos gruesos y negros a la vista de todos, porque Manolo era muy velludo, y en la obra empezó a ser frecuente escuchar, cuando mis compañeros creían que no los oía, que yo había metido en el tajo a un maricón. A pesar de todo, cada vez que he escuchado a Manolita referirse a su estancia en Villanueva y Geltrú, lo ha hecho con mucho cariño, porque fue la primera ciudad donde pudo empezar a ser ella misma, y yo imagino que harta de latigazos e insultos, encontró en Villanueva un lugar en el que refugiarse. Su paz fue el mar. La de él y la de mi familia. En aquellos tiempos, España no dejaba de ser un país bajo una dictadura, y yo comprendía que, aunque nos creyéramos más libres que Manolita, y en el fondo lo éramos, no hay que llevarse a engaños, también necesitábamos dónde escondernos y en el mar podíamos hacerlo. En la playa vivimos noches de jaleo y verbena. A Manolo el cante lo volvía loco, y realmente se emocionaba cuando escuchaba a mi madre cantar por Luis de la Pica. Como él también cantaba, yo lo acompañaba con la guitarra para que se soltara con alguna copla de las que conocía, especialmente la de *Tengo miedo*, y entonaba casi en un susurro la parte donde se dice *tengo, vida mía, miedo, mucho miedo*. Hablábamos mucho también. Yo creo que quizás esos eran los momentos más incómodos de Manolo con nuestra familia. La última noche que estuvo con nosotros en la playa, mi madre le preguntó con dulzura si el cante era lo que más le gustaba, y Manolo, que todavía despedía inocencia, metió el pie en el cepo y le dijo que iba a ser artista. Mi madre era una mujer muy afilada cuando quería

sonsacarle algo a alguien y le comentó que cuál iba a ser su nombre artístico. Como Manolo agachó la cabeza y no se lo decía, mi madre sabía que podía rematarlo, y le salió con que si no era Meli ese nombre, que ella había oído por ahí que se hacía llamar Meli, y Manolo, después de que mi madre dijera eso, se puso blanco como la leche. Cuando la madrugada nos alcanzó, nos despedimos como lo hacíamos todas las noches que nos reuníamos en la playa. Yo no sabía que cuando lo observé alejarse más allá del espigón del puerto de Villanueva sería la última vez que lo vería en aquella ciudad.

La primera noche en Barcelona me la pasé deambulando por el barrio chino, niña, porque en Villanueva y Geltrú había oído historias de los obreros que se iban a la ciudad a acostarse con las travestis, y siempre contaban que si en el barrio chino esto y que si en el barrio chino lo otro, y una, que estaba hartita ya de ir con la taleguita de un lado para otro, se encajó allí por ver si conocía a gente de su misma condición. Yo veía luces, niña, veía luces y escuchaba voces, mariquitas gritándose de una esquina a otra. El jolgorio que se respiraba en ese barrio no lo había olido yo ni en mis mejores pensamientos. Pero a mí el miedo se me tenía que notar desde lejos, porque, al par de horas de haber estado dando vueltas por aquel barrio se me acercó un mariquita vestido de mujer con un traje rojo ajustado, una melena rubia que le llegaba un poco más abajo de las orejas y un fular marrón que imitaba la piel de zorro. ¿Qué les pasa a esos ojos, miarma?, me preguntó, y yo creo que después de esa pregunta se me cayeron rodando por una de las calles del barrio. Era andaluza como yo, se le notaba en el acento. Como no le contestaba, me hizo otra pregunta. Tú aquí no tienes dónde dormir, ¿verdad? Y yo, muerta de vergüenza, que parecía que me habían anestesiado la lengua, no logré atinar palabra y tan solo pude negar con la cabeza. No te preocupes, eso tiene solución, me dijo. Acompáñame, miarma. De nuevo me vi como una niña huérfana que llega a un orfanato y persigue en silencio a una monja. Me llevó por Barcelona durante veinte minutos y al fin, porque yo ya estaba cansada de andar con la taleguita parriba y pabajo, nos

paramos en un portal del paseo de Gracia. Era un piso muy austero, niña, y los pocos muebles que tenía eran muy viejos. En la cocina tan solo había dos fuegos y una repisa donde se acumulaban el café, el azúcar y botes de garbanzo y arroz. El salón tenía una mesa camilla en el centro y un sillón de madera, una repisa con velas y figuritas de santos y vírgenes y un ventanal de aluminio que daba a un balconcito muy coqueto, con muchas plantas y donde se podía respirar algo de aire y algo de luz. Aun así, yo vi que tenía dos habitaciones, y le recé con todas mis fuerzas al Señor para que a esa mujer le diera por ofrecerme una de ellas. Se llamaba Violeta la Burra, aunque de día le decían don Pedro Moreno Moreno. Violeta charlaba mucho y, mientras abría cajones o sacaba unas mantas de yo no sé dónde, me decía que esa a partir de ahora era mi casa, que le diera cinco mil pesetas al mes y las dos contentas. Me contó que ella había llegado a Barcelona con una mano delante y la otra detrás, muertecita de miedo. Lo de Violeta era porque necesitaba un nombre artístico y a ella desde pequeña le había gustado la túnica del Cristo del Gran Poder de Sevilla, y para llevarlo siempre en el recuerdo se dijo que se llamaría Violeta, y lo de Burra porque en las actuaciones era muy sinvergüenza y un día le dio por coger una butifarra y ponérsela entre las piernas y hacer como que se estaba cogiendo a alguien, y un espectador dijo mira Violeta, ¡qué burra!, y desde entonces se le quedó el nombre. Durante los tres años que estuve en Barcelona, del 66 al 69, fui su compañera de piso, aunque en realidad yo nunca la llamé así, porque Violeta la Burra no era ni mi hermana, sino mi madre. Es verdad que al principio me charlaba y me charlaba y no me dejaba opinar y me protegía tanto que muchas veces sentía hasta asfixia, pero también es cierto que nunca va a existir en el mundo un Dios al que agradecerle tanto como a ella. Claro, niña, Violeta se sentía reflejada en mí. Ella también había llegado a Barcelona desde un pueblo del sur, desde Herrera, muy cerquita del mío, y temía que yo padeciera los sufrimientos que tuvo que soportar en sus inicios. Pero yo en Barcelona era ya otra persona, niña, yo era ya una mujer, ya no me vestía como en Arcos ni mis maneras eran las mismas. A Violeta le dio miedo lo timorata que yo parecía en mi primera noche, pero en cuanto me introdujo en

la sociedad transformista de aquella Barcelona, la Meli, como me seguía haciendo llamar, se dejó las vergüenzas en la taleguita y se puso a estudiar qué era lo que tenía que hacer para llegar a ser artista, aunque nunca le hablara con mucha claridad de ello a Violeta la Burra. Sus amigas eran la Teté, la Revoleá, la Bicicleta, la Cindy y muchas más, la mayoría prostitutas, aunque alguna combinaba hacer la calle con actuaciones en las salas del barrio chino. Ellas eran más avanzadas que yo, niña, llevaban años en lo que nosotras llamábamos el proceso de ser mujer, pero yo las observaba, las vigilaba para poder parecerme a ellas. Me enseñaron más escuela que aquel maestro que me hacía orinar en un cubo. Allí, en aquella Barcelona, empecé a percibir que el nombre de Manolita estaría bañado en letras de oro.

Por el día, la Violeta vendía tabaco de contrabando en los bares y restaurantes que rodeaban las Ramblas, vestida de hombre, aunque aun así todos la seguían llamando Violeta. Muchos domingos el tabaco lo despachaba por los alrededores del Camp Nou, ya que, como ella decía, era más culé que Kubala. Por las noches se transformaba, sacaba a pasear su porte a lo Sara Montiel, con la cabeza llena de floripondios, y se tomaba el camino de su casa al Barcelona de Noche como un paseo triunfal. Repartía besos como si fuera un emperador después de una conquista, aunque esos que saludaban a la Violeta eran maricones y enganchados con la voz aguardentosa. Era de origen muy humilde. Es algo que nos ha unido a las que hoy se conocen por transexuales, la pobreza, la necesidad, la penuria, porque en una época donde el transformismo era un delito, las personas con dinero tenían la ventaja de poder comprar la intimidad, mientras que nosotras no teníamos ni dónde caernos muertas, nos habíamos exiliado de nuestros hogares y dejábamos nuestros cuerpos travestidos precariamente a la vista de todos. Para nosotras, un maricón pobre era un maricón, mientras que un maricón rico era tan solo un rico. Antes de comenzar su actuación en el Barcelona de Noche, la Violeta sacaba un hueco para visitarnos en la plaza de Sant Pau del Camp, punto de encuentro para la Cindy, la

Teté, la Revoleá y yo, la Bicicleta, apodo que me pusieron porque decían que era muy rápida yendo de una esquina a otra. En sus visitas, la Violeta siempre nos preguntaba cosas triviales, como ¿qué tal habéis descansado hoy, miarma?, o ¿han detenido a alguna, chocho?, que a nosotras nos aliviaban mucho. Era una persona a la que nunca se le había conocido compañía; por eso nos sorprendió que una noche llegara a la plaza acompañada de Manolita, aunque a nosotras nunca nos la presentó como Manolita, sino como la Meli. Yo he oído decir que la época en que la Meli estuvo por aquí era un maricón una mica tímido, pero eso fue durante muy poco tiempo. De la Meli percibí, una vez que se hizo frecuente en nuestro círculo de la plaza de Sant Pau del Camp, que ya llevaba tiempo realizando y pensando su proceso de transformación. No era un homosexual hombre. Se había dejado el pelo largo y en sus ropas se entreveía que el maricón era mujer, con la cintura estrecha y las camisetas ajustadas. Tampoco era retraída; todo lo contrario, la Meli era una extensión de la Violeta. Ambas eran pizpiretas hablando, muy expresivas y movían mucho las manos para decirte cualquier cosa. Provenían las dos de un pueblo de Andalucía. Eso es lo que más admiré de la Meli. De la Violeta también, aunque cuando la conocí ya estaba espabilada para la calle y una tendía a pensar que había nacido así, pero la Meli, con la decisión de abandonar su familia y su casa, tan joven, porque la Meli cuando llegó tendría veintidós o veintitrés añitos, es algo que siempre admiré. La vida para nosotras era una putada en la ciudad y en el pueblo. Pero, amic, yo, como había nacido en el barrio de El Carmel, aun recibiendo el castigo y la desaprobación de mi familia, sin salir de la ciudad encontré maricones que se vestían de mujer, que compartían mi desventura y que podían aconsejarte y ampararte, pero la Meli, ay, la Meli era el maricón de su pueblo. Yo me ganaba la vida como puta, qué otra cosa podía hacer, pero mi intención era ser como la Violeta, cantar en los cabarés y en las salas las coplas que a todas las mariconas nos volvían locas. Para perfeccionar mi voz y mis movimientos en el escenario, acudía a clases de canto, unas sesiones clandestinas que impartía el famoso Fernando Izquierdo, más conocido en el mundo del folclore travesti como el Terkas. El apodo se lo pusieron en

Berlín, adonde huyó disfrazado de mujer después de que se hiciera famoso imitando estrellas de la copla en los prostíbulos de la Barcelona de los años cuarenta. Su fama fue tal que las autoridades lo consideraron un ser inmoral; de ahí su exilio. Cuando volvió a Barcelona se convirtió en profesor de canto y en consejero de vestuario. Todas las que aspirábamos a hacer una carrera de artista queríamos ponernos en sus manos. Una noche en que vino a visitarnos a la plaza de Sant Pau del Camp, la Violeta me comentó que la Meli había ahorrado algún dinero trabajando como albañil en Vilanova i la Geltrú, y que ella también quería ser artista y dar clases de canto. Esa fue nuestra relación en Barcelona. La Meli y yo, tres tardes a la semana, quedábamos en el mercado de la Boquería, punto intermedio entre su casa y la calle de l'Argenteria, donde yo vivía, y desde allí nos íbamos a la casa de Fernando Izquierdo. Las clases con el señor Izquierdo eran muy rutinarias, pero nos ayudaban mucho. Él nos vestía como a las artistas copleras, que eran las más imitadas en los cabarés. Después se sentaba al piano y nos hacía cantar las coplas típicas de aquellos años, *La Zarzamora*, *Tengo miedo*, *Ojos verdes*, *María de la O*. La favorita de la Meli era *Tengo miedo*. Desde el principio se notaba que a ella se le daba de maravilla aquello de los escenarios. Cantaba en un tenor muy bajito, y conducía con mucho desparpajo el abanico y el vestido de cola por el piso del señor Izquierdo. Él la animaba diciéndole que si sabía pasearse así con tanto peso encima, que se imaginara medio desnuda por el escenario, que era lo que demandaban los dueños de las salas. Ella tenía más dotes que yo, y como todo el mundo sabe, la Meli se convirtió en Manolita Chen y fue conocida en toda España, mientras que la Bicicleta siguió haciendo la calle. Tanta era su confianza en el cante que hasta me daba consejos durante los paseos de ida o de vuelta de la casa del señor Izquierdo. Muchas veces me decía que me faltaba creérmelo más, que me tenía que pasear con más garbo, que mirara a Fernando a la cara cuando tocaba el piano y le sedujera como si tuviera enfrente al mismísimo Cary Grant. Guíñale, me decía, y sonríele como la puta que eres. Pero yo no tenía sus piernas ni su seducción y cuando le venía con estas réplicas, ella se ponía digna. Tú eres una malnacida igual que

yo, me respondía. Y ¿de qué hablan las letras que cantamos? De sacrificio, de la degradación con la que la gente nos mira, de la vergüenza pública por hacer algo diferente al resto. Y mirándome muy fijo a los ojos, me preguntaba quién mejor que nosotras, unas indeseables, iba a interpretar esas canciones. Otras veces era yo la que volvía siempre a la misma conversación, intentando comprender de dónde le nacía tanta energía y vivacidad a la Meli. Decía que había venido a Barcelona porque aquí había más oportunidades, pero yo eso de las oportunidades no lo entendía, ¿oportunidades para qué?, y ella me respondía que oportunidades para pasear, para ver a otras mujeres que sintieran lo mismo que ella, para ser artista. Y cuando le preguntaba si siempre había querido ser artista, me respondía que siempre, desde niña, que en su pueblo su madre la obligaba a meterse en un corral y que allí jugaba con otro mariquita a hacer sus espectáculos de coplera. ¿Y si no te sale lo de ser artista, Meli?, volvía yo con las preguntas, y ella lo tenía tan claro que me dejaba blanca. Sí que me va a salir, chiquilla, ya verás que me va a salir.

Mi vida en Barcelona pasó muy rápida, niña, y siempre junto a la compañía de Violeta la Burra. Como las dos éramos muy religiosas, acudíamos a una iglesia que se llamaba Nuestra Señora del Rosario de Pompeya para seguir en comunión con el Cristo del Gran Poder y con mi Señora de las Tres Caídas. El párroco de la iglesia se llamaba don Claudio, y era un hombre muy bondadoso que amparaba a las personas como nosotras, dándonos comida, ropa, o, como hizo conmigo, buscándonos con qué vivir. Don Claudio me encontró dos trabajos que en nada se parecían a lo que hacía en Villanueva y Geltrú, pero que en el fondo escondían la misma naturaleza denigrante que cuando me mandaron a fregar los pisos en la obra, tapar mi homosexualidad. Por la madrugada, a partir de la una, trabajaba en el diario *La Vanguardia*. Yo les ponía el hilito a los periódicos que salían de la máquina y los empaquetaba en bultos de doce y después, cuando terminaba, me iba derechita a una fábrica donde trabajaba quitándoles los pelitos a los mejillones. Nunca le

conté a Violeta, a la Bicicleta, a la Teté, a la Revoleá o a la Cindy cuáles eran mis trabajos, niña, me avergonzaba de ellos, cosa de la que ahora me arrepiento. Yo había ahorrado dinero en Villanueva con el fin de ir a clases de canto, y los trabajos que me había proporcionado don Claudio me permitían ir pagando mi día a día y dejar ese dinero guardadito. La Violeta, que ya conocía mis deseos de ser artista, habló con la Bicicleta para que la acompañara a las clases de canto a las que ella asistía con el señor Izquierdo, toda una eminencia entre las bocas que parloteaban por las noches del barrio chino, así que en eso ocupaba mis tardes. En eso y en bajar con Violeta a la rambla de las Flores para comprar hortensias. Recuerdo que por la calle la llamaban Violeta y le preguntaban que cómo estaba, que qué tal la familia, y Violeta siempre respondía muy cariñosa y con buenas palabras. Aunque, niña, yo no dejaba de notar que en la ciudad, a la luz del día, tampoco estábamos bien vistas. En algunos hombres notaba cierto distanciamiento, cierta lejanía, un a mí no te acerques sin decirse, incrustado en la mirada, pero Violeta tenía palabras para todo el mundo y, cuando veía que un hombre se alejaba cuando pasábamos al lado de él, le soltaba un piropo. Nunca he visto a nadie decir guapa o guapo como lo decía Violeta la Burra. Ella estaba acostumbrada a ver a los chicos con las melenas, los pantalones de campana, algunos agarrados de la mano y besándose. No se daba cuenta de mi ensimismamiento y no paraba de explicarme cómo había que desenvolverse por la rambla de las Flores para comprar las hortensias más baratas mientras a mí los ojos se me iban detrás de los muchachos. El sitio más indicado, según me decía, era la calle de la Portaferrissa, donde una amiga suya tenía un puestecito de madera que, al parecer, rebajaba el precio. Violeta y su amiga hablaban de las flores que le podían ir bien al vestuario que esa noche llevaría en su actuación. En las primeras visitas, aquella mujer me miraba con pena, de esas cosas se percata una. A mí es que se me notaba el quebranto en los ojos y en las manos, porque todo lo escuchaba y lo miraba enfrascada en lo novedoso, con la mirada un poco perdida y la mano derecha rascándome la cara, pero luego me hice muy amiga de ella y le compraba flores e incluso iba a verla aunque Violeta no me

acompañara. ¡Ya estoy aquí otra vez con la Meli, Montse!, le decía Violeta a su amiga, y ella le contestaba que ya en nada me veía comprando flores para mi propio espectáculo. Escuchar el nombre de la Meli en boca de Violeta la Burra me producía un calambrazo en la espalda, niña, porque nadie pronunciaba mi nombre de mujer con tanta naturalidad. La Montse nunca se sorprendía de que me llamara con un nombre femenino cuando iba medio vestida de hombre, y del ramito de hortensias que Violeta la Burra le pedía sacaba una de color rosa, me recogía el pelo y me la colocaba en la oreja derecha. Estás como Juanita Reina, me decía Violeta. Después, la Montse me acercaba un espejo. Mira si te queda bien, me decía en un español muy catalán. Y qué bien me quedaba, niña, qué euforia oler esa hortensia fresca en mi oreja derecha, sentir la humedad de su tallo acercándose a mi cuello, no como con las flores de papel pintado que mi madre le compraba a la mujer del Granada para adornar la cómoda de su habitación, que no olían a nada.

Llegué con mi familia a Cataluña a mediados de los sesenta, como otros cientos de miles de andaluces por aquella época. Yo contaba en aquellos entonces con dieciocho años de edad, un mocito extremadamente joven, ahora que lo pienso, pero que en aquellos años, sobre todo para mi padre, eran las primaveras suficientes para que me buscara la vida por mi cuenta. Mi padre era jornalero en Jaén, recogía aceitunas para un cacique de la ciudad que lo exprimía como a una bayeta sucia y que a veces ni le pagaba. Mi madre, como todas las madres, era ama de casa y se pasaba el día limpiando, cocinando y reclutando comida en su delantal con mis hermanos pequeños enganchados a su bambo. Yo era un muchacho, como suele decirse, rebelde para mi época, aunque no por tener ideas políticas cercanas a la izquierda, que era lo que más temían los padres de entonces, sino por mi simple y llana naturaleza, por mi espontánea decisión de no esconder mi homosexualidad, algo que a mi padre y a mi madre los sacaba de quicio. Eso y que me pasara horas leyendo el mismo periódico, lo que me llevó a la firme determinación de querer estudiar Periodismo, de no querer un trabajo físico, de no querer ser como mi padre. Cuando él me dijo que emigrábamos a Cataluña, en ningún momento me lo tomé como

un drama. Al contrario, lo consideré un acierto, una manera de huir del hambre y el analfabetismo que nos rodeaba. Nos instalamos en la capital, en un bajo muy modesto de la calle Legalitat, en el barrio de Gracia. El primer trabajo que conseguí fue como pintor de brocha gorda. Era uno de los trabajos que se podía permitir un mariquita charnego como yo. En aquella época yo era el prototipo de lo que hoy en día se considera un mariquita andaluz, un maricón con pluma y gracioso. Sin embargo, como pintor apenas duré, entre otras cosas porque yo no había pintado en la vida. Así que el siguiente trabajo que encontré fue en *La Vanguardia*, pero no como periodista, sino apilando de madrugada montones de periódicos para que los repartidores se los llevaran y los repartieran por los quioscos. Fue cuando conocí a Manolita. Ella ya llevaba algunos meses trabajando allí. Desde el inicio, se portó muy bien conmigo. Me guiaba en la manera en que tenía que doblar los periódicos, en cómo colocarlos ordenadamente para que después me resultara más fácil poder hacerles el nudo con la cuerdecita. Ella era solamente unos años mayor que yo, pero es que Manolita siempre ha sido así, como una madre solícita, atenta, cuidadora. Me contó de sus maltratos. Había una gran diferencia en cómo la familia nos había castigado. A mí no me pegaron, pero me criaron desde la indiferencia más absoluta. Ninguna duda me cabe de que mi padre o mi madre, al contrario que la suya, hubieran dejado que me apulgarara en cualquier celda de España. En una de nuestras charlas le confesé mis ganas de estudiar Periodismo y le pregunté si conocía algún trabajo además del de los periódicos. Me contestó que sí, que ella cuando terminaba su turno en *La Vanguardia* se iba a La Guapa, una mejillonera cerca del puerto de Barcelona en cuya cocina se limpiaba el pescado. Le habló a su jefe de mí, y a las pocas semanas ya me había conseguido el trabajo. Manolita y yo pasamos todas las madrugadas y las mañanas juntos, sin apartarnos la una del otro, como no se aparta la ola de la arena. Mientras apilábamos periódicos, solía preguntarme si por las noches me vestía de mujer, y yo le contestaba que yo no quería ser mujer, que a mí me gustaban los hombres, pero también ser hombre. Ella no entendía mis respuestas y callaba, pero conforme el silencio se hacía más grande, volvía a las

preguntas. ¿Y nunca has querido pintarte los labios, ni recogerte una cola ni ponerte coloretes? Yo le respondía que no todos los homosexuales somos iguales, que yo era, y sigo siendo, un mariquita activo y pasivo. Estas conversaciones las manteníamos casi en silencio, más en el almacén de *La Vanguardia* que en La Guapa, protegidos por el ruido de las máquinas. Pues a mí me gusta que me den, Eugenio, me confesaba, tumbarme con las piernas al aire como una mujer o ponerme como un perrito y que me penetren, eso sí, de forma delicada. Luego se lamentaba de las pocas relaciones que estaba teniendo y yo le decía que me extrañaba. Tú eres muy guapa, Manolo, le decía, y lo hacía sinceramente. Ella cada vez tenía la piel más lisa, los rasgos más pronunciados y la voz más femenina. ¡Eugenio, que a mí me gustan los hombres hombres! No querrás tú un roneo, ¿no?, me bromeaba. La mayoría de sus preocupaciones se concentraban en su deseo de ser artista. Me decía que soñaba con ser vedete, con bajar unas escaleras mientras cantaba *me gusta ser libre, lo mismo que el viento que mueve el olivo y riza la mar. Sentarme a la sombra de mi pensamiento y luego de noche ponerme a cantar*. Quería hacer suyas esas canciones, ahormarlas a mi cuerpo, me decía, que salgan de mis labios de mujer y cantarlas con sufrimiento y dulzura. Manolita se expresaba muy bien para la poca cultura que tenía. Lo hacía sin voluntad de querer emplear palabras que escondieran sus pocos estudios, con un ceceo, cuando se relajaba, poderoso, lleno de luz y de tierra. ¿Y qué te impide ser una artista?, le preguntaba yo, y ella me respondía que el olor de los mejillones, que cuando llegaba a su casa se ponía con Violeta a restregarse una manopla por el cuerpo, pero que ese olor no se lo quitaba de encima y que entonces, cuando se vestía de mujer para ir al Barcelona de Noche, le daba miedo acercarse a las vedetes por eso de que pensaran que no se duchaba. Aunque lo expresaba con humor, yo sabía que la angustia del trabajo le suponía una muerte lenta de su cuerpo, una sensación de que el tiempo se le escapaba sin dejarle el espacio deseado para vestirse y manifestar su propio ser. Siempre le pedía que me cantara algo y Manolita murmuraba alguna copla de las muchas que se sabía mientras le ponía el hilito a los periódicos. Yo

admiraba lo bien que cantaba y se lo hacía saber, y Manolita me reprendía que ya me había dicho que iba a ser vedete y me aseguraba que cuando fuese famosa me iba a dedicar una canción, y sobre todo me preguntaba que dónde iba a escribir cuando fuese periodista, y yo le decía que donde quisieran a un maricón como yo, que a lo mejor cuando se muriera Franco podía escribir en *La Vanguardia* en vez de apilar los periódicos.

En el barrio chino me sentía parte de algo, niña. Se decía que era un lugar de mala vida, aunque eso de la mala vida era un nombre que utilizaban todos los que durante el día limpiaban su moral con el cuidado de la apariencia, pero que por la noche bajaban a las catacumbas de la indecencia en busca de un fuego que sus mujeres no podían darles, mujeres que, por otra parte, nos veían como auténticas aberraciones. En la plaza de Sant Pau del Camp había muchos mariquitas cambiándose citas con los hombres que paseaban por allí. Algunos fumaban grifa, otros bailaban y otros cantaban a las bravas. También estaban las putas como la Cindy, la Bicicleta, la Teté o la Revoleá. La Cindy era una colombiana muy alta, exótica toda ella, espigada como una flor que busca la luz, con la piel del color del azúcar moreno. Las demás eran catalanas, de la misma Barcelona, con menos brío y fulgor que la Cindy, salvo la Teté, quizá, que paseaba su porte femenino por aquellas calles con un cigarro siempre en la boca. Yo quería ser como ellas, niña, tener sus ropas, su presencia, su misma voz. Me embobaba con ellas mientras recibían proposiciones de los varones que pasaban por allí. Luego la Violeta y yo nos marchábamos hacia el Barcelona de Noche, alrededor de las diez, para que ella fuera preparando su espectáculo. El barrio chino era una espiral de calles nocturnas, niña, una abundancia de carteles con fotos de los artistas. Violeta la Burra me iba señalando esta es la calle de la Guardia, y esa sala que ves ahí es el Bohemia, o ahora estamos en la calle Lancaster. La gente suele venir por aquí para entrar en la bodega Bohemia. Cuando torcíamos hacia un callejón que se llamaba calle de las Tapias, nos parábamos frente a una puerta con un letrero negro encima de ella,

un letrero que parecía un bigote al que apuntaban por sus alrededores líneas de color rojo fluorescente. En el centro podía leerse, en letras amarillas y bien grandes, BARCELONA DE NOCHE. Dentro los camareros, muy elegantes con sus pantalones negros, sus camisas blancas y sus pajaritas muy bien ajustadas, ordenaban las botellas, limpiaban el mármol de la barra, colocaban las mesas y las sillas frente al escenario o pasaban un plumero por las partes del local aterciopeladas. Porque todo era terciopelo rojo allí, niña, las cortinas, los bordes de la barra, el asiento de las sillas. ¡Ricardo, miarma, búscale un hueco cómodo y elegante a la Meli, que hoy es la invitada de Violeta la Burra!, le decía a uno de los camareros. Al poco tiempo el Barcelona de Noche se iba llenando. Aunque se pudiera pensar, por lo que se veía en las calles del barrio chino, que la gente que iba a las actuaciones de Violeta la Burra era gente de malvivir, o gente que vivía en el miedo, como yo, y se refugiaba en esos locales para darle rienda suelta a su mariconería, que de eso también había, niña, porque en el Barcelona de Noche cabía de todo, lo que una se encontraba allí eran hombres bien trajeados, acompañados de mujeres muy elegantes con pieles por el cuerpo. De pronto, entre la escandalera se iba colando el silencio y las luces se apagaban poquito a poco. La sala se quedaba en una penumbra tenue, y la escasa luz que podía percibirse dentro del local se dirigía hacia el escenario. Se abrían las cortinas y tras ellas aparecía Violeta, casi desnuda. Llevaba unas bragas negras y unos zapatos plateados con tacón. Sus pechos los cubrían dos racimos de uvas. En la parte delantera de las bragas se ponía dos zanahorias con su ramo y todo, en el culo un manojo de hojas de parra que simulaban un rabo, el cuello lo rodeaba un collar de madera que representaba una serpiente y el pelo lo vestían, a modo de corona, las hortensias que por las mañanas compraba en el puestecito de madera de la Montse. Violeta desprendía lujuria, niña. A ritmo de tanguillo y acompañada por unas castañuelas en cada mano, Violeta se deslizaba por las tablas como una patinadora artística. *¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver!*, cantaba, y el público le respondía *¡lo que tengo que hacer pa comer!*, *¡salchichón, salchichón, salchichón!*, continuaba Violeta, *¡y un jamón y un jamón y un jamón!*, contestaba

de nuevo el público, y, al final, *igorrión, gorrión, gorrión!*, y aquí la sala, toda junta, gritaba *imaricón, maricón, maricón!* A mí el cuerpo me daba un respingo. Empezaba a mirar hacia los lados por si aparecía la guardia civil y tenía que salir corriendo, pero lo único que veían mis ojos era a un público cayéndose de espaldas de la risa y aplaudiendo fuerte a Violeta. Qué guapa estaba sobre el escenario. Me acordaba de la Joaquinita, niña, de aquellas tardes haciendo los teatrillos junto a ella y los poquitos niños y las poquitas niñas a los que sus madres dejaban jugar con nosotras. En aquellos momentos, cuando veía a Violeta desenvolverse sobre las tablas y al público entregado a ella, sabía que yo también quería hacer eso, incluso deseaba más, porque en el interior de Manolita, o de la Meli, lo que vivía era una vedete que bajaba por las escaleras, llena de plumas y brillo como Sara Montiel.

A la Meli lo que más le preocupaba era su apariencia. Cuando llegaba a la plaza de Sant Pau del Camp con la Violeta, aunque era una dona muy charlatana, se quedaba callada y nos hacía una radiografía a la Bicicleta, a la Revoleá, a la Cindy o a mí. Analizaba la ventaja que le llevábamos en nuestro proceso de ser mujer. La Meli no dejaba de ser una dona rural, de pueblo, con una moral religiosa muy arraigada a su ser y que aún estaba descubriendo sus posibilidades dentro de una gran ciudad. Aparte, el proceso de transformación llevaba mucho tiempo y mucho dinero. Al parecer, ella había ahorrado algo trabajando de albañil en Vilanova i la Geltrú, y en Barcelona se conocía que trabajaba también, no sabíamos dónde, pues la Meli de su trabajo nunca nos habló. Pero un salario de un curro normal como el que le suponíamos, pues la calle no la debía de hacer, ya que de ser así nos hubiéramos enterado, no le daba para vivir en una ciudad grande y encima poder transformarse como Dios mandaba. Para algunas, cambiarnos de sexo era la causa principal por la que nos prostituíamos. En la calle era donde verdaderamente estaba el dinero. Yo también actué en algunas salas del barrio chino y los alrededores de las Ramblas, pero la pela como cantante apenas daba, aparte de que una, humilde como era y sin

estudios, nunca se enteraba bien de cuánto tenía que cobrar, pues el sueldo actuando era la menor parte. Para poder llevarme algo más de jornal, después de la actuación tenía que bajarme a la platea a beber con los clientes, o subir a los palcos, con la ansiosa intención de que los hombres descorcharan una botella, ya que el descorche añadía un extra a mi salario. Con eso tampoco era suficiente y acabé aceptando las proposiciones de la mayoría de los bebedores. Al final, me pasaba más tiempo de alcoba en alcoba que sobre las tablas, y como ni así llegaba, pues el dueño se agenciaba una comisión, me terminé lanzando a la calle, donde todo el dinero que hacía mi culo era para mí enterito. La Meli comenzó pidiéndole alguna ropa a la Violeta, que pobre mía, con esa miseria que portaba a cuestas tampoco es que fuera la sofisticación en persona. Así que la Meli a lo más que llegaba era a ponerse unos pantalones de campana y arriba algunas blusas con estampados de flores, u otras livianas y lisas que imitaban la seda, de colores claros como el celeste o el lila. Muchas veces se dejaba ver con algún sombrero, pues la Violeta tenía muchos, y cierto es que la favorecían, con ese pelo negro y medio rizado que tapaba esas orejitas un poco echadas para adelante que tenía la Meli. Con eso y con todo, no dejaba de estar a la cola nuestra, que ya estábamos hormonadas y con nuestros buenos pechos y nuestras caderas estrechas, el pelo largo y teñido y nuestros vestidos bien apretados. Cada una se transformaba como podía. Había las que lo hacían en los escenarios, bien por arrojo personal o por falta de medios. Luego estaban las que iniciaron un proceso que iba mucho más allá, inaudito en aquellos tiempos, deseado por todas, las que consiguieron ser intervenidas quirúrgicamente y quitarse de entre las piernas la larva. Y también estábamos nosotras, las ambiguas, nos decían, las que recibíamos tratamientos corporales y parecíamos mujeres biológicas, pero a las que todavía la larva nos colgaba. La Meli, con el ansia en los ojos, quería ser una de nosotras. Una noche me dijo que llevaba un tiempo pensándolo y quería hacer ya su proceso de transformación. Yo sabía que lo de llevo un tiempo pensándolo no se refería a sus propios pensamientos, sino que respondía a que en ese momento su capacidad económica le permitía acceder al tratamiento. Le pregunté

si estaba segura y le advertí que con el tiempo la voz le iba a cambiar, la cintura se le iba a estrechar, la piel se le iba a volver más suave, el vello le iba a desaparecer y le iban a crecer las tetas, pero que no se creyera que iba a tener unas tetas como las de la Rocío Jurado, sino que serían dos limoncitos cortados por la mitad. Ella me dijo que nada de eso le importaba, que lo que llevábamos entre las piernas era un castigo, y me confesó que muchos días se ponía enfrente del espejo y se escondía el pene detrás de los muslos para ver cómo era su cuerpo sin esa bicha debajo de su vientre. Quedé con ella una noche, no recuerdo de qué año. La Meli ya llevaba unos cuantos meses con nosotras, así que debía de ser por el 67 o 68. Vino asustada, pues eran muchas las historias que circulaban por nuestro mundillo acerca de la hormonación. Mientras caminábamos me preguntó si todo aquello era seguro, y yo le respondí que por supuesto. Yo conducía a la Meli a la vía Laietana, donde se encontraba la farmacia que nos vendía los tarritos de las hormonas. Normalmente, el Josep, el farmacéutico, se colocaba en una esquina de la calle a partir de las diez de la noche y por allí circulábamos en caravana las travestis que necesitábamos las hormonas igual que el diabético la insulina. Como la Meli venía compungida, cuando nos encontramos con el Josep, le pedí que entráramos dentro de la farmacia para que ella se tranquilizara con la intimidad, a lo que el Josep aceptó con recelo, pues uno de los motivos por los que vendía en la calle era para que no relacionaran su negocio con el tráfico de hormonas, algo que el Josep hacía, además de porque ganaba mucho dinero, no nos vayamos a engañar, por ayudar a unas pobres desamparadas como nosotras. El Josep, con esa voz de locutor de radio que tenía, nos preguntó qué necesitábamos exactamente. Le presenté a la Meli y le dije que ella quería probar con las hormonas. El Josep, que aunque en la calle vestía de paisano por eso de que no relacionaran su farmacia con el tráfico, en cuanto entró en el local se colocó la bata blanca, del bolsillo se sacó un botecito de cristal y le dijo a la Meli que las hormonas se llamaban Progynon, y que era un inyectable que se aplicaba con un pinchazo en el glúteo o en el deltoides, aunque él recomendaba aplicarlo en el glúteo porque era más fácil. La Meli debía inyectarse cincuenta miligramos a la

semana, era lo recomendable; de inyectarse más, los efectos secundarios podían ser peligrosos. Cuando le extendió el botecito a la Meli, ella le pidió que si la primera toma se la podía inyectar él. El Josep accedió, y le dijo a la Meli que se bajara el pantalón y relajara la pierna derecha. No sé qué se pensaba la Meli que le iba a ocurrir con el pinchazo, pero me alargó la mano para que se la sujetara y me dijo que la avisara cuando la aguja fuera a entrar en la carne. Le dije que sí para que se tranquilizara, pero cuando vi que el Josep apuntaba con la jeringa a su culo, me callé. Ni se enteró del pinchazo. Cuando se subió los pantalones y le volvió la compostura, le compró un botecito más y nos fuimos de allí.

Después de un año en Barcelona y de conseguir tener más dinero guardado en la mesita de noche de mi habitación, decidí empezar a hormonarme, niña. En aquellos años eso era un delito grave, así que nosotras comprábamos las hormonas de estraperlo y nos las poníamos la una a la otra, a escondidas, sin hacer el mínimo caso a las recomendaciones del farmacéutico. Niña, hoy nos vamos a poner cien miligramos, le decía yo a alguna de las chicas, y otro día nos poníamos cincuenta y le ofrecíamos el culo a la otra para que nos hincara la inyección. Esas hormonas las nota una en el cuerpo, y a mí, que siempre he sido agraciada físicamente, por poco humilde que te pueda parecer, niña, pero es que es la verdad, me estaban dejando como la mujer definitiva, como la mujer a la que miraban los hombres y las mujeres que rondaban por las salas y los cabarés del barrio chino. De esas cosas se percata una. Tener curvas y pecho me hicieron más atrevida, y ya me ponía vestidos de lentejuelas y mostraba las piernas, niña, unas piernas que tú no sabes todo el dinero que me han dado. Violeta me ondulaba la melena y me hacía un flequillo que me descendía hasta las cejas, al estilo de Raquel Meller, me decía. El nombre de la Meli ya no le sonaba extraño a nadie, y cuando llegaba con Violeta al Barcelona de Noche había pares y pares de ojos que me miraban, pares y pares de bocas que reclamaban mi atención, pares y pares de manos que me saludaban con la reverencia con que saludan a los artistas. Una noche, después

de que Violeta la Burra terminara su actuación y antes de irme a trabajar, ella se me acercó con un hombre muy bien vestido mientras me estaba tomando un Martini y dijo esta es la Meli que usted busca, señor. Yo al principio me asusté, niña, porque pensé si a Violeta no le había dado un siroco y me estaba delatando. El hombre al verme la cara sonrió y me dijo que no era guardia civil, sino que venía buscándome porque en dos semanas Bambino iba a comenzar su gira por Barcelona y, niña, lo que es la vida, que una de las bailarinas no podía viajar con ellos y andaban buscando una sustituta. Por lo que me dijo, Fernando Izquierdo me recomendó. Después de aquellas palabras yo no sabía ni dónde meterme, niña, y necesitaba saber si lo que me decía aquel hombre era verdad del todo. ¿Bambino, el cantaor andaluz?, le pregunté. El mismo, dijo riéndose. Que era su representante y que si estaba dispuesta a hacer una prueba. De pura alegría grité ¡Madre de Dios y de mi Santísima Virgen de las Tres Caídas! El representante me dijo que la prueba me la tenía que hacer allí mismo, y la Violeta, que vio que me preocupaba porque no tenía ni ropa ni maquillaje ni nada, antes de que yo mencionara algo ya intervino y dijo que en su camerino había de todo y me podía vestir como las reinas. Me puse una bata de cola, niña, del color del melocotón. Violeta me repeinó el pelo hacia atrás con agua de colonia, me colocó una hortensia en la oreja derecha y me maquilló los ojos con un azul suave, con un azul como el mar de Barcelona. En un radiocasete pusieron la canción que yo tenía que bailar, una versión que Bambino había hecho por bulerías de la copla *Romance de la otra*, una letra que me sabía de memoria. Mientras interpretaba el baile, mientras por la boca de aquellos altavoces sonaba *¿por qué no tiene familia ni perrito que le ladre ni flores que le diviertan ni risa que la acompañe?*, yo recordaba las indicaciones que me decía el señor Izquierdo. Sufre y mira hacia adelante, Meli, desgárrate y avanza hacia el público, y eso hacía mientras miraba al representante de Bambino, que estaba embobado en mí como un niño en un algodón de azúcar. Está usted contratada, me dijo el hombre, acercándose a mí y dándome dos besos. Violeta daba saltitos y aplaudía sordamente. La actuación con Bambino fue en la sala 1400, una sala que estaba en la avenida

Sarriá y por donde pasaban los mejores artistas de España. Fue muy breve, aquella sola canción, pero sentí tanta fuerza, niña, tanto poderío mientras Bambino se acercaba a mí para que le bailara, que yo creo que los aplausos se escucharon hasta en Arcos de la Frontera. Como Violeta la Burra estaba atenta a todo y sabía que me había llovido del cielo una oportunidad única, le dijo a Caballé, el director del Barcelona de Noche, que acudiera a verme a mi actuación con Bambino, y al acabar me ofreció un papel como relleno en un espectáculo de un reconocido artista llamado Pierrot. Mi papel era amenizar al público en los descansos del show. Tenía tres canciones por noche. Elegí *Tengo miedo*, *En tierra extraña* y *Ojos verdes*. En esas actuaciones yo esperaba ser más pícara, niña, mostrar mi sensualidad, pero por aquella época el Barcelona de Noche cogió muy mala fama entre la guardia civil y se hicieron habituales las redadas. Para estar prevenidos, se instaló una bombilla en el escenario, con un timbre, y cuando la luz se encendía y sonaba la alarma, quería decir que los inspectores se encontraban en el local. Yo tenía que interpretar con unos pantalones debajo de la bata de cola para quitarme el vestido rápidamente, algo inútil, porque con el maquillaje y la figura que ya tenía, era muy difícil engañar a la guardia civil, que siempre me preguntaba qué hacía yo allí, y yo les respondía que es que era artista, y me ordenaban quitarme el maquillaje. Y yo me lo quitaba, pero en cuanto se iban me volvía a pintar y me colocaba el traje de flamenca y cantaba las coplas que con tanto cariño había elegido. Así estuve un año por lo menos, radiante porque se habían cumplido los sueños por los que tres años atrás me había marchado de mi pueblo. Pero yo quería más, niña, yo no iba a descansar hasta que mi nombre apareciera debajo de una estrella en la puerta de un camerino.

La Meli era una marica bien tímida y callada, bien resguardadita en la vestimenta, que chocaba con nosotras, que ya estábamos bien espelotadas, bien zorritas, bien desparpajadas para la vida. No era como una, la Cindy, la mejor puta que los callejones del barrio chino han conocido, la que más dinero hacía; aunque algunas digan lo contrario, estas piernas morochas y este culo colombiano bien chaparro hacían la delicia de todos los hombres que buscaban lo

distinto, ¿si me entiende? Tampoco era ni como la Bicicleta ni como la Teté, pero poco tardó la Meli en hacerse a la inmundicia de la calle y nos hacía compañía con la protección de su vigilancia, avisándonos si se acercaba la policía. Yo había venido a esta ciudad para escapar de la violencia que había allá en Colombia. Con diecisiete años me pegaron mi primer tiro, todavía lo tengo, por aquí me entró, por la pantorrilla, y al segundo tiro no me demoré más y me vine a España. La vida en Barcelona también era bien hijaeputa, ¿si me entiende?; podían hacer con nosotras lo que querían, más si nos atrapaban en una esquina intentando embobar a un hombre. La Meli todo lo que habla de Barcelona son bondades, y yo la entiendo, porque aunque buena travesti que era, su cuerpo y sus trapos todavía podían disimular algo, y con la Guardia Civil no le conozco ningún altercado durante los años que estuvo aquí, pero con nosotras acá todo era persecución, drogas y palizas. Recuerdo cuando la guardia civil me llevaba al calabozo y me encerraba el tiempo que ellos quisiesen. Cuando salía de allá, siempre me encontraba cercana a la indigencia, toda sucia y acardenalada, y la Meli y la Violeta me esperaban al salir de la comisaría y me llevaban a su casa, me hacían bañar y me pasaban ropa de la suya. Yo me hice cercana a ella porque la notaba extranjera como yo, con ese acento de Andalucía que la hermanaba con el mío en un sitio donde la mayoría de las veces no se hablaba español. Por eso y porque yo era, como se dice acá en España, una cabra loca. Cuando yo estaba muy ocupada con los hombres, ella me conseguía perico en una esquina del barrio chino. La coca era lo único que me hacía aguantar los quince, veinte hombres que me podía coger en un día. A la Meli siempre la llamó a la curiosidad este trabajo que nosotras teníamos. Ella me decía que había venido a Barcelona para hacer algo distinto, y yo le contestaba que quién no quería hacer algo distinto, pero que cuando una era travesti, porque nosotras la palabra trans la conocimos mucho después, aceptaba también que más tarde o más temprano iba a ser una puta. En eso la Meli tuvo suerte, porque Violeta era una madre muy atenta que siempre la advertía. Nosotras vivíamos en una sola habitación, acomodándonos con colchonetas para dormir, y en el otro cuarto que poseía nuestra estancia

teníamos una hamaca para las visitas de los hombres. No consuma drogas; no tome tragos; no trasnoche tanto; si puede, ahorre para la vejez. Estos eran los consejos que Violeta le daba para que no la embarrara, y que una sepa, nunca conoció que la Meli tuviera algún comportamiento como el nuestro. Sin embargo, empezó a verle los colmillos al lobo de la pobreza y a preguntar cosas, sobre todo cuánto dinero hacía yo en una noche abriéndome de piernas. Me intentaba cuidar dándome consejos. Y con todo ese dinero, Cindy, me preguntó una vez, ¿no es mejor que te acuestes con menos hombres, que te seguiría dando para vivir y así consumirías menos drogas? Yo la admiraba un resto, pero era una inocentona. Para nosotras, las travestis, para esperar una pensión, algo, usted sabe que eso jamás lo vamos a ver, pero si una se asegura algo para ella misma, para llegar a cucha lo más tranquila posible, necesita ganar dinero rápido y fácil, y su cuerpo es la única herramienta que tiene esta zorrita. La Meli nos vigilaba de cerca, con los ojos centrados en el *business*. Calculaba las esquinas donde nos poníamos, las palabras que utilizábamos para encantar a los hombres, la ropa, los remilgos y los horarios, y a la Violeta la preocupación empezó a subirle a la garganta. Yo nunca me metí en esos pensamientos de la Meli, porque allá en esa vida una tenía que asegurarse a sí misma para llegar a viejita o para sostenerse y si no lo hacía, paila, ¿si me entiende? Pero a la Meli la religión la empantanaba y le hacía los pies de fango. Yo también era muy religiosa, muy católica, muy creyente, pero no me gustaba estar en iglesias, no, además de que yo de los santitos tan solo esperaba protección, no que me llamaran puta ni adefesio ni monstruo. Ella los domingos iba a misa y tenía un amigo cura que la ayudaba. Ahora que mi cuerpo está arrugadito y pocho, muchas veces pienso si no hubiese sido mejor haber seguido algún consejo de la Violeta o de la Meli, y haberme tirado por la Iglesia y por el cante, ¿si me entiende? Pero en la vida no hay que arrepentirse, juepucha, y yo también conseguí mis cosas. Compré un edificio de tres plantas en el sur del barrio del Raval, un sitio donde nadie quería vivir, con la fachada bien en derrumbe, pero que poquito a poco y calladitamente fui arreglando y que ahorita vale mucho dinero. Yo vivo en el piso de arriba y los dos de abajo los

arriendo. Ese ha sido el imperio que ha construido la Cindy, y créame, mamita, suficiente. Y ahora que las décadas han pasado y que una invoca esos años como un delirio, pienso que la Meli también actuó conmigo como cuidadora, quizás no como madre, pero sí como hermana.

Mi día a día se basaba en ir al Barcelona de Noche, vestirme, hacer el show, desvestirme, irme a *La Vanguardia* a ponerle el hilito a los periódicos, terminar de colocar los montones de doce y marcharme a La Guapa a limpiar mejillones. Desde las diez de la noche, niña, hasta las dos de la tarde del día siguiente estaba sin parar, de pie, dejándome las piernas y las manos en las actuaciones y los trabajos, sin tiempo para prepararme en ser una verdadera artista, sin tiempo para cuidar mi cuerpo. Cuando llegaba a la casa caía rendida a la cama. Me despertaba a eso de las ocho de la tarde, y de nuevo vuelta a empezar. A Violeta solo la veía en el Barcelona de Noche, y a las chicas ni siquiera eso, ni un hueco para pasarme por la plaza de Sant Pau del Camp tenía. Yo me repetía a mí misma que todo era un sacrificio que había que hacer para llegar a artista, pero esa preparación me estaba arruinando, niña. Cada vez gastaba más dinero en hormonas, que eran muy caras, y cada vez compraba más y más ropa para las actuaciones. Incluso con los dos trabajos que tenía más las intervenciones en el Barcelona de Noche, no me llegaba para pagarle el piso a Violeta la Burra, que aunque no me decía nada, yo sabía que ansiaba ese dinerito porque le venía bien para pagarse sus cosas; así que yo, como había visto que mis compañeras, además de ser artistas, también hacían la carrera, que era como se le llamaba en aquella época a hacer la puta, un día que no trabajaba en el periódico me fui a la esquina del Hotel Cristal, en el paseo de Gracia, por ver si yo era capaz de conseguir algún cliente, y sobre todo también, niña, para que las chicas y Violeta no me vieran intentando hacer la puta. Un hombre que andaba por allí, y que me vería totalmente despistada, me dijo que por donde me estaba moviendo no iba a conseguir nada, y que mejor me pusiera en la esquina que me señalaba con el dedo. Me coloqué en el sitio, y

a los veinte minutos llegó un hombre que si no pesaba doscientos kilos no pesaba ninguno. Me preguntó que qué hacía por allí, y mis nervios, porque no era yo la que hablaba, lo primero que expulsaron por mi boca fue que estaba esperando a mi tía. El hombre quería invitarme a un Cacaolat, y yo no sabía ni lo que era un Cacaolat, niña, pero, como estaba muertecita de hambre, porque ni tiempo para comer había tenido, le dije que me llevara a la pollería que había enfrente. Nos fuimos para allá y me pidió medio pollo y el Cacaolat. Cuando ya me había comido el medio pollo, me dijo que íbamos a ir a echar un ratito, y yo le pregunté ¿un ratito? Sí, un ratito, me dijo, y le respondí que si nos íbamos un ratito me tenía que hacer un regalo. Nos fuimos a la Fonda de San Luis, en la calle Conde del Asalto, número quince, una dirección que nunca se me va a olvidar. Yo me desnudé, y él también, claro, y cuando yo vi a aquel hombre tan grande, niña, con ese cuerpo de tanta grasa y con una pichita muy chica muy chica, así, un cachito así tenía, niña, y me dijo venga, que te la voy a meter, ¡ay, que me la va a meter!, pensé yo, y me tumbé sobre la cama que por poco no eché para afuera el medio pollo que me había comido un ratito antes. ¡Ay, que me duele, ay, que me duele!, me quejaba, pero era mentira, porque ese hombre no tenía ni para meterme, no tenía nada, pero quería que terminara rápido, y yo estaba tan mona, niña, mi cuerpo era tanto cuerpo, que ese hombre se desahogó de momento. Mientras lo veía vestirse de nuevo, sentí lo que la Cindy les contaba a las otras que era el asco, que no se trataba de otra cosa más que de la sensación que te entra cuando acabas de tener sexo y tu cuerpo siente ganas de independencia, un deseo de que esa persona se marche, tanto que el otro cuerpo te produce una sensación de aborrecimiento, de repulsión, niña, de empalago. Eso es el asco, decía la Cindy cada vez que alguna contaba una sensación parecida. Al rato salimos de la fonda, él por un lado y yo por otro, pensando, todavía con la impresión de aquella picha diminuta dentro de mí, Dios mío, yo me dejaré las entrañas, las manos o las rodillas trabajando de albañil, limpiando mejillones o lo que tú me mandes, pero de puta no puedo. El Barcelona de Noche ha sido el local más icónico del travestismo. Su historia es muy curiosa. Antes de la sublevación militar de 1936,

en Barcelona se desarrolló un entramado social, que hoy consideraríamos de gais, trans y lesbianas, que podía disfrutar de una rebeldía sexual totalmente protagonista en la época, y que tenía la posibilidad de reunirse alrededor de los múltiples cafés, teatros o salas de espectáculos que discurrían por los callejones ubicados entre el tramo final de las Ramblas y la avenida del Paralelo. A esta armazón de locales destinados al ocio sexual se le conoció como barrio chino. Durante la década de los treinta, una de las salas más famosas en el barrio era La Criolla. En ella trabajaba como guardia de seguridad José Márquez Soria, conocido como Pepe el de La Criolla. Este Márquez Soria, viendo las posibilidades económicas que proporcionaba un local de este tipo, decidió independizarse y convertirse en propietario de una sala con las mismas características que La Criolla. Lo instaló en el solar de los antiguos establos de una vaquería, y lo llamó Barcelona de Noche. El Barcelona de Noche alcanzó gran fama, pero vio trastocado su éxito tras el asesinato de Pepe el de La Criolla en 1936. Después de intentar recuperarse con nuevos nombres como el de La Nueva Criolla, pues la pérdida de clientes fue muy abundante, no fue hasta finales de la década de los sesenta cuando volvió a resurgir de nuevo, gracias a la visión de futuro del señor Caballé, quien no era muy condescendiente con las imposiciones y censuras de la época y ofrecía sin tapujos espectáculos eróticos y sexuales. El gran reclamo eran las transformistas, y desde que el señor Caballé dirigía el local, por el Barcelona de Noche pasaron las más grandes que se podía encontrar uno. Pierrot, Pavloski, Violeta la Burra, Nicol, Bibi Andersen y, sobre todo, una belleza transgresora como Paco España. Ellas eran el prestigioso elenco que conformaban todas las noches el deleite y las delicias de los clientes, entre los que se encontraban algunos selectos como Salvador Dalí, Kubala o Ingrid Bergman. Yo, a pesar de mis veintidós años recién cumplidos, ya era el director escénico de aquel Barcelona de Noche de finales de los sesenta. Me contrató el señor Caballé cuando se enteró de que fui quien hizo la puesta en escena de una actuación que Encarnita Polo ofreció en la sala. ¿Quién es ese Prudenci Vila?, dicen que preguntó, y cuando dio conmigo no dudó en ofrecerme una buena suma de dinero para que

organizara las fiestas, los espectáculos y los horarios de las artistas. Recuerdo perfectamente el día en que el señor Caballé llegó con la Meli. Nosotros ya la conocíamos, pero la Meli clienta, la Meli espectadora, la Meli admiradora, era una Meli que solamente inspiraba ternura entre los camareros y los miembros del Barcelona de Noche. Sin embargo, cuando el señor Caballé vino con ella para decirme que había que buscarle un hueco, que su actuación con Bambino en la 1400 había sido de lo mejor que había visto en su vida, ya esa persona era otra Meli. Era poderosa, una dona que imponía, seria en su postura, en sus andares, en el habla. La Meli se recogía el pelo con unos tocados de orfebrería y se colocaba una hortensia en la oreja derecha, igual que su mentora, la Violeta la Burra. Se pintaba los labios de color rojo y era muy habitual que llevara un sombrero. Vi claro que era algo que no teníamos en los espectáculos del Barcelona de Noche, algo que se nos había escapado. Con el moreno de su piel, era la figura ideal para representar el exotismo salvaje y romántico de la mujer cordobesa, de la mujer andaluza. Le dije que quería de ella que interpretara coplas, no que se hiciera imitadora de estrellas, sino que fuera ella misma, aunque era indispensable que representara las canciones que tan de moda estaban y que la hortensia blanca de la oreja derecha debía cambiarla por un clavel rojo. Aquellos espectáculos de Pierrot eran un acontecimiento. La gente acudía no solo para ver a Pierrot, ese transformista singular con la cara pintada de blanco que simbolizaba la tristeza, la melancolía y la soledad más eróticas, sino también para ver a la Meli y escuchar su voz suave y desgarradora. Aunque para nosotros no alcanzaba el descaro y la transgresión que esperábamos de ella. Las exigencias del Barcelona de Noche eran enormes en la época que le tocó. Venían como un ciclón artistas más jóvenes como Dolly Van Doll o Christa Leem, más descaradas y ligeras de ropa. Entendimos que eran el futuro del local. Quizá si en aquel momento hubiésemos sabido que la Meli más tarde se convertiría en Manolita Chen, no hubiésemos tomado aquella decisión. Siento rabia de que cuando se habla de una pionera como ella no se haga referencia apenas a su paso por el Barcelona de Noche, es una espina clavada que tengo. Me hubiera gustado que su

nombre hubiera quedado en la memoria del local junto a los de las artistas que he mencionado anteriormente, pero no fue así. La Meli, después de que la despidiéramos, nos dio las gracias y salió por las cortinas negras del camerino común.

¿Puede un lugar aborrecerse, niña? ¿Puede una ciudad estirar unos brazos invisibles al cuello de su gente? Después de tres años en Barcelona, después de todo lo vivido, de todo lo logrado, comprendí que mi tiempo en aquella ciudad había concluido. Desde que el Prudenci Vila y el señor Caballé me despidieron, el tiempo en la ciudad era como unas tijeras que me cortaban las costuras de la paciencia. Seguir vistiéndome de hombre para ir al trabajo cada vez me resultaba más difícil. En el almacén de *La Vanguardia*, el ruido de las máquinas era como la boca grande de un animal que me aullaba, me ladraba, me comía viva. En la cocina de La Guapa, el olor del pescado mezclado con el agua, las vísceras derramadas sobre los enormes fregaderos y la dureza de las conchas de los mejillones me rasgaban los ánimos. Para colmo, niña, yo no sé por qué, pero mi familia empezó a aparecérseme en sueños. Eran pesadillas en las que mi madre y mis once hermanos me esperaban en la playa de Barcelona, y yo, que los veía desde el paseo marítimo, sentía el anhelo de acercarme, pero cuando intentaba mover las piernas, no me respondían, se me clavaban en el suelo, y una voz que salía de la nada, una voz profunda que se acompasaba con el sonido del mar, me repetía una frase del libro que nos leía don Julio Mariscal a mí y a la Joaquinita en el corral de la taberna. *Estar cansado tiene plumas*, decía la voz, y conforme lo iba repitiendo yo me miraba y mi ropa era un vestido de vedete con plumones negros, y mis ojos, también pintados de negro, lloraban y por sus rabillos empezaban a salirme dos ríos oscuros de rímel que me bajaban de la cara al estómago y entonces me despertaba de golpe. En esas comezones andaba cuando una madrugada, apilando los periódicos de *La Vanguardia* en bultos de doce, me dio por mirar los anuncios de trabajo de un ejemplar que andaba suelto por el almacén. En uno leí CONCURSO DE TRAVESTIS: LA QUE GANA CONSIGUE UN TRABAJO

EN LA SALA LA FRAGATA (MADRID). Cuando terminé mi turno limpiando mejillones, me fui corriendo para la casa y le dije a Violeta que me marchaba a Madrid. Ella me miró con el extrañamiento de los que no entienden las cosas. ¿Qué dices, miarma?, ¿a qué Madrid te vas a ir tú?, me dijo, como si estuviera hablándole a una loca que anda por la calle. Que sí, que sí, que me voy, y le enseñé el anuncio que había recortado del periódico. La verdad, a Violeta le nació la pena en la mirada. Aunque ella entendía que la noticia de mi despido me había descuajaringado por dentro y que yo ya estaba aburrida de hacer trabajos a escondidas ocultándome como lo sucio de una casa, al principio le costó digerir que me iba de Barcelona, hasta que una tarde en la que yo había terminado mi turno en La Guapa se me acercó con mucho orgullo y muy digna para decirme que esa tarde había quedado con las niñas en el Mercat dels Encants para comprarme ropa para el concurso. El Mercat dels Encants era un mercadillo que había en la plaza de las Glorias. Aquel día estaba a rebosar de gente. Nosotras, con nuestros vestidos ajustados, con nuestras pinturas por el cuerpo, con nuestras bromas ruidosas y nuestro escándalo en el habla, éramos una charanga a los ojos de extraños. De vez en cuando, alguna de las chicas interrumpía el desfile y se detenía a husmear en los montones de ropa de los puestos. A lo mejor Violeta sacaba una peluca y me la colocaba, o la Teté encontraba unos pendientes y probaba si me venían bien con la peluca, o la Cindy exclamaba ¡mira, juepucha, qué vestido más bonito!, y me lo ponía por encima de la ropa. Escogimos una peluca rubia, unos pendientes, una corona de perlas, un vestido morado con lentejuelas y un chal turquesa. El vestido me hacía unas piernas espectaculares, niña; yo es que siempre he tenido unas piernas muy vistosas, que no sabes tú la de dinero que han ganado. Me acuerdo de que me dijeron que con ese vestido y unas buenas tetas de esponja en Madrid no habría maricón que me tosiera.

Rafael Flores Estrada siguió aturdido durante los cuatro minutos de trayecto que había entre la calle Romero Gago y la comisaría de la Guardia Civil. Cuando llegamos al cuartel, lo metimos en el despacho

de Antonio y le repetimos las mismas preguntas que durante el registro, aunque esta vez con la presencia de un funcionario dispuesto a recoger en el ordenador todo lo que el sospechoso declarase. Sin embargo, Rafael cambió completamente lo expuesto unos minutos antes. Se limitó a decirnos que la droga era suya, que la casa de donde había salido era de un amigo y que no tenía nada más que contarnos. Antonio le insistió preguntándole que a quién protegía, que por qué no nos contaba de quién era realmente la droga y que qué necesidad tenía de comerse el marrón de otros. Lo amenazaba diciéndole que ya conocíamos sus antecedentes. Rafael Flores Estrada, a pesar de su aparente normalidad, había sido detenido una vez por llevar cinco gramos encima, y con la cantidad incautada, por muy nimia que a él pudiera parecerle, le podía caer una buena multa y además entrar en la cárcel. Pero Rafael solo rompió su silencio para pedir llamar a su abogado, que se presentó pasada una hora. No nos volvió a decir nada más y continuó declarándose dueño y señor de los dos gramos de cocaína. Antonio y yo investigamos a qué nombre estaban las escrituras de la casa de la calle Rafael Pérez del Álamo, cuya dueña era una tal Manuela Saborido Muñoz. En aquel momento, ese nombre no nos dijo nada. No obstante, de todo lo que Rafael nos había mencionado presa del desconcierto y del miedo, que es el único momento en que un detenido dice la verdad, se nos quedaron grabadas dos palabras, el Hollywood. El Hollywood era un restaurante situado en un carril a las afueras del pueblo, al que se accedía a través de la carretera que llegaba a la presa de Arcos. Yo no lo sabía, porque venía de fuera, pero el restaurante poseía una fama notoria, sobre todo por su propietaria, Manolita Chen. He de reconocer que fue tras esto la primera vez que escuché ese nombre. Le pregunté a Antonio qué había hecho Manolita Chen para ser tan conocida en el pueblo, y ya él me contó que era un transexual que había hecho carrera actuando en las salas y las ferias de los pueblos, y que luego había invertido en varios restaurantes en Arcos. Descubrimos que la apodada como la Chen tenía como nombre real el de Manuela Saborido Muñoz. Esta coincidencia provocó que una tarde de principios de febrero de 2004 nos acercásemos al lugar para ver si podíamos encontrarnos con

ella. Se trataba de un restaurante amplio, situado a la orilla del lago de Arcos. La entrada era un portón de madera, con medio tejado inclinado en su parte superior y flanqueado a su derecha por una valla metálica que soportaba los setos crecidos a sus pies. En la valla podía leerse, en letras grandes y blancas, HOLLYWOOD. El lugar era una especie de museo. Cada salón comedor estaba decorado con sillas isabelinas, muebles de caoba y pinturas de vírgenes y santos, y estaba bautizado con el nombre de algún personaje famoso o histórico. Se llamaban comedor Marilyn Monroe, comedor Luis XV, comedor Luis Cernuda. Sin duda, lo más espectacular del recinto era su terraza, con unas vistas magníficas hacia el lago. La tarde que nos acercamos era agradable, a pesar de que estuviésemos en pleno invierno, por lo que la parte del mirador estaba a rebosar. Manolita no se encontraba en el restaurante. Sé que la sospecha de que Rafael Flores Estrada le hubiese advertido se paseó por la cabeza de Antonio. Cuando salimos de allí, me manifestó que íbamos a establecer un dispositivo de vigilancia en las inmediaciones del Hollywood. El primer día que lo montamos fue la tarde-noche del 18 de febrero de 2004. Aparcamos nuestro Seat León negro detrás de unos olivos y aguardamos. Le pregunté a Antonio si creía que alguien a quien le iba tan bien con sus negocios se iba a arriesgar trapicheando con drogas, y él me respondió que era lo que quería averiguar, que no me dejara engañar por las apariencias, que el Hollywood no era solo un restaurante donde iban a comer las familias, sino que por la noche se transformaba, que si no me había fijado en los bungalós. Quise saber qué ocurría con los bungalós, pero él solo tenía sospechas y ninguna prueba. La gente que por la noche viene al Hollywood no son personas corrientes, sino políticos, jueces, abogados y compañeros, me dijo, deteniéndose con resquemor en la palabra compañero. Mientras charlábamos, por el carril del Hollywood no ocurría nada. No fue hasta pasado un buen rato, no sabría decir si treinta o cincuenta minutos, cuando detectamos un movimiento. De un chalé cercano al restaurante vimos salir a una mujer con su hija. Iba muy arreglada, con un peinado corto de señora, gafas de sol, un traje de chaqueta negro y un chal amarillo. La hija parecía tener unos veinte años. Iba

agarrada del brazo de su madre y le costaba andar, por lo que dedujimos que se encontraba enferma. La madre jugaba con ella, que se reía y disfrutaba con aquel pasatiempo. Le pregunté a Antonio si sabía quiénes eran, no porque sospechara de ellas, sino porque la imagen de la madre y la hija me había provocado ternura. Antonio me respondió que no lo sabía, pero que tenía que averiguarlo, y llamó desde su móvil a algún compañero para pedirle que le encontrara quién era el dueño o la dueña del chalé. Es ella, me dijo cuando colgó. Ella quién, le pregunté. No había prestado mucha atención a la llamada que había hecho, sino que seguí observando los juegos de la madre con su hija. Quién va a ser, que estás atontado, me reprochó. Es ella, Manolita Chen.

III
Esta humillante servidumbre

Es dura la vida aquí, ¿verdad, niña? Yo he aprendido que no solo el encierro te enloquece, sino también el reconcome, pensar lo mismo una y otra vez, que tu marido está con otra, que tus hijos te llaman y no reciben respuesta. Y encima tenemos estas dimensiones minúsculas que no le permiten a una coger una postura normal, que te obligan a dar vueltas como un cangrejo en un cubo. Aquí dentro es donde te das cuenta de que todo lo que sucede en la calle mientras estás encerrada es un sueño, que es irreal, y es mejor así, niña, porque cuando los días se hacen largos como una tortura lo mejor es hacer cuenta de que el mundo exterior ha desaparecido. Yo no dejo que mi hija me visite, ni mis hermanos, porque para qué, qué necesidad tienen de verla a una desarreglada y con ojeras y que se lleven ese recuerdo a casa. Es como cuando se tapa el ataúd de los muertos, que ocultamos sus caras porque preferimos quedarnos con una imagen hermosa de la persona que hemos amado, y no con ese rostro mustio que se les pone a los difuntos en la caja. ¿Tú tienes familia, niña? Porque yo, a pesar de que la tenía, cuando llegué a Madrid me sentí huérfana. Tenía de mi parte, eso sí, que ya había aprendido a moverme en la ciudad y a una ya no le sorprendían ni el tráfico ni ver a tanta gente ni los edificios altos y grandes. No me detuve a contemplar esos detalles, sino que me fui derechita a instalarme en una pensión, que se llamaba Pensión Medina, en la calle del Caballero de Gracia. Llegué dos días antes de que fuera el concurso de la sala La Fragata, y en aquella habitación pequeñita, que me costaba cincuenta pesetas al día, me ponía los atuendos que habíamos elegido en el Mercat dels Encants y ensayaba la canción que iba a presentarle al jurado. El día del

concurso, la cola para entrar en La Fragata le daba la vuelta a la calle de la de mariquitas que había. Pero yo, niña, yo me sentía la más guapa de allí, porque yo siempre he sido muy agraciada, por poco humilde que te pueda parecer, niña, pero es que es la verdad, y con esa energía de sentirme la más hermosa me subí al escenario, con la peluca rubia, los pendientes y la corona de perlas, el vestido morado con lentejuelas, el chal turquesa y mis piernas al aire, unas piernas largas y lujosas con las que ya me resolvía a ganar dinero. Canté *La morena de mi copla*, niña. Elegí esa canción porque quería favorecer mi imagen de mujer andaluza, cordobesa, como me había dicho el Prudenci Vila en el Barcelona de Noche. Tendrías que haberme visto en el escenario, con mi corona de perlas y las lentejuelas brillando bajo los focos, caminando hacia el jurado y apuntándole con un clavel rojo que luego me pasaba por la cara y el cuerpo, moviendo muy sensual los hombros y paseándome por el escenario mientras cantaba *Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena con los ojos de misterio y el alma llena de pena*. Gané el concurso y me quedé en la sala La Fragata trabajando. En mis inicios en Madrid no me llamé Manolita, ni la Meli, sino que inauguré un nuevo nombre, la Bella Elens, porque yo desde pequeña siempre me había querido llamar Helena, pues le había escuchado a aquel maestro que me hacía mear en un cubo que Helena era la hija de un dios que se llamaba Zeus, y que su nombre significaba antorcha, y eso es lo que yo buscaba en la vida, niña, ser fuego, lumbre que iluminara a todos los mariquitas y las personas que no tenían nada. Al principio en la sala actuaba como relleno, sobre todo en los espectáculos de Bibi Andersen. La verdad es que Bibiana era la que más destacaba en los escenarios de Madrid a principios de los setenta. Tan joven. Yo no sé cómo lo hacía, pero estaba muy conseguida, con esa melena rubia y esas piernas largas como una autopista. Yo cobraba ciento cincuenta pesetas y actuaba todas las noches, lo que me permitía poder pagar de sobra lo que me costaba la habitación de la Pensión Medina. Pero ese no era mi sueldo total. Después de los espectáculos acudía con las otras travestis de la sala para hablar con los hombres, para seducirlos y que ellos compraran botellas o pidieran copas. Por cada copa que pedía el hombre al que

yo acompañaba, me daban veinte pesetas, diez por la copa de él y diez por la que yo me bebía, e imagínate, niña, que yo lo que quería era que esos hombres pidieran copas y más copas, pero claro, yo también me las tenía que empinar, así que todas las noches me ponía caída, me bamboleaba por la sala y por la ciudad, niña, tanto que cuando me levantaba al día siguiente muchas veces todavía tenía puesto el maquillaje y no me acordaba ni de cómo había llegado hasta la pensión. La bebida fue un problema. Yo he visto a muchas compañeras destruidas por el alcohol, porque no nos costaba el dinero; al contrario, nos daba más. Al principio el placer venía cuando al final de la noche el encargado te daba una bolsita con las propinas del descorche, que una la agarraba en el hueco de la mano y la hacía saltar para que las monedas tintinearan en su interior. Pero poco a poco también nos atraía el buchito corto y el roce del hielo en los labios, y después el trago largo que te soltaba las vergüenzas y la lengua y te hacía más mujer para llevarte a esos hombres a la cama, y así, sin que una se hubiera dado ni cuenta, deseaba su calor en la garganta, y las noches se volvían claras y brillantes y llenas de vida, pero la resaca de las mañanas era como estar con medio cuerpo por fuera de un precipicio.

La primera vez que vi en Madrid a Manolita ni la reconocí. Claro, la imagen que yo tenía de ella era la de Manolo, un chico asustado y vergonzoso con la cabeza rapada y el cuerpo metido en esos harapos que nos pusieron en el campo de concentración; sin en cambio, cuando me encontré con aquella mujer, enérgica y vital toda ella, tan guapa con esa melena medio ondulada que le tapaba las orejitas echadas hacia delante, con esos vestidos de tan poca tela y que enseñaban tanta carne, porque, eso sí, a Manolita desde siempre le ha gustado enseñar carne, y con esa bisutería que se ponía por todo el cuerpo, con las uñas y las pestañas postizas, pues no la recordé, ¿tú comprendes? Fue ella la que se acercó a mí en los camerinos comunes y me dijo Petróleo, ¿no te acuerdas de mí?, y yo, que en este mundo había aprendido a ser más falsa que Judas, le contesté que me perdonara, pero que no sabía quién era. ¡Soy

Manolita, Petróleo!, me soltó, y yo bendije a la Virgen de la Palma y le pregunté que qué hacía allí, y ya me contó que había ganado el concurso de La Fragata, que se quedaba en la sala trabajando y que ya no era Manolita, sino la Bella Elens. ¡Tú tienes más nombres que un príncipe, chiquilla!, le dije, y luego nos dimos un abrazo. En los setenta la dictadura olía a muerto, aunque no sé si la dictadura o el mismísimo Franco, con esa cara de pasa con gorro y bigote. El aroma a difunto se respiraba en la calle, sobre todo por la noche, donde la gente se animaba a visitar las salas nocturnas, ¿tú comprendes?, las representaciones golfas y sexuales. Había salas y travestis por todas partes, sobre todo por la Castellana, donde en la esquina con María de Molina se podía ver a las compañeras que hacían la prostitución, ordinarias todas ellas, ¿tú comprendes?, apoyadas en la pared o en los morros de un coche, con sus botas de marcas falsas, las camisas anudadas por encima del ombligo, con sus pelucas baratas, monísimas. En ese mundo nocturno Manolita y yo nos movíamos con mucho desparpajo, con un aje que la que no era andaluza y no había nacido con él no podía imitar. Nosotras actuábamos de relleno; sin en cambio, cada día nos daban más espacio. Sobre todo nos dejaban el fin de fiesta enterito para nosotras, porque el público cada vez pedía más las intervenciones de la Bella Elens y la Petróleo, ¿tú comprendes?, y para que la gente se fuera por todo lo alto nos poníamos delante del micro con nuestros trajes de flamenca, y les hacíamos bromas picantes a los hombres y nos burlábamos la una de la otra. Yo hacía como la que estaba muy apenada y me ponía a llorar reproduciendo sollozos y suspiros, y Manolita me pasaba un pañuelo por los ojos y luego me preguntaba Petróleo, ¿qué te pasa?, y yo le contestaba Elens, ¡que estoy muy preocupada porque no me viene la regla!, y el público con esas conversaciones se caía de espaldas y aplaudía. Después de las actuaciones nos bajábamos a la platea a charlar con los hombres, y cuando La Fragata cerraba buscábamos otro bujío donde meternos, siempre acompañadas por el deseo de aquellos varones que la mayoría de las veces ni se imaginaban que entre las piernas nos colgaba la bicha. Claro, ellos qué se iban a pensar que debajo de nuestros labios carnosos, de nuestras tetas, porque yo, por ejemplo,

siempre he tenido unas tetas divinas, todo de hormonas, no te vayas tú a creer que estas tetas han sido operadas, iban a encontrarse lo mismo que a ellos les pendía. Manolita también era un bellezón, la más guapa quizás, y ensimismaba a los varones; sin en cambio, tan religiosa como era, siempre mostraba apuro y arrepentimiento cuando se llevaba a la cama a algún hombre, sobre todo cuando sufría una situación desagradable, porque, eso sí, nosotras ligábamos mucho, pero también hemos pasado muchos trances incómodos. Yo recuerdo una vez que Manolita se llevó a un maromo a la pensión donde vivía y después de mil triquiñuelas para meterlo en la habitación, pues como el dueño te viera entrar con un hombre ya se creía que una era puta, se dispuso a tener sexo con él. Una llegaba reventada al final de la noche después de llevar encima tantos kilos de maquillaje, tantos vestidos que pesaban un quintal, tanto postizo por todo el cuerpo, tantos tacones altos y afilados. Y aquel día, mientras el hombre esperaba en la cama, Manolita empezó a quitarse la peluca, y los tacones, y el vestido, y el maquillaje, y las pestañas postizas, y cuando el hombre comprobó que con lo que se iba a la cama era más varón que él, sin decirle ni una palabra saltó por la ventana. Esa vida nos pesaba, por eso no era extraño que la mayoría de nosotras dilapidara su dinero. Mucho dinero, porque nosotras hacíamos bastante. Manolita en sus primeros años coqueteó con todo eso, con la bebida, con la droga y el enviciamiento, pero para eso estaban las amigas, para ayudarse, y yo le dije a Manolita que tenía unas pastillas que si te las tomabas y luego bebías alcohol te salían salpullidos, todo mentira, porque las pastillas eran aspirinas, pero ella se lo creyó y entonces se concienció y cambió y empezó a ahorrar para mandarle dinero a su madre, porque Manolita, a pesar de que estaba muy sola y lejos de su casa, siempre pensaba en su madre, y se hizo más señora, más artista, más Manolita Chen, siempre con la Petróleo a su verita. ¿Tú comprendes?

Anoche se te llenó la boca de delirios, niña, el cuerpo de sudores. No parabas de temblar y estremecerte y murmurar palabras

incomprensibles. Yo solo atinaba a percibir algunas. Que el niño no se entere, decías, y llorabas, y otras veces, entre la sacudida y el susto, algo así como cris… cris, pero yo no sé a qué te referías. Hoy tienes peor cara que ayer. Como te he visto tan mal, le he pedido al funcionario si no era tan amable de traerte un caldito por ver si se te asentaba el cuerpo. Aquí está, niña, aprovecha, que tiene buena pinta y no huele como la comida que nos traen todos los días. También te he sacado del economato alguna fruta, que la fruta tiene fibra y te fortalece. No tienes que agradecerme nada, niña, no hay de qué, como me decía Violeta la Burra, para eso estamos las hermanas, para ayudarnos, aunque yo, con todos los años que te saco, bien podría ser tu tata o tu madre. Como antes me dijiste que escuchar mi historia te calma los males, te diré que en Madrid estaba esplendorosa, niña, nadie que me viera se podría pensar que debajo de mis vestidos se encontraba lo que todos los hombres tenían. La verdad que en mis remiendos se me iba un dinero, pero a mí no me importaba, porque cuanto más me arreglaba, más seducía, y cuanto más seducía, más gente venía a verme y más actuaciones me daba el dueño de la sala y más dinero ganaba. Ojalá pudiera enseñarte las fotos que guardo en mi casa. Yo no sé de dónde saldrían esas imágenes, niña, porque aquella época no era como la de ahora. Imagino que la sala tenía un fotógrafo propio. El caso es que me encantaría enseñarte cómo me vestía, con mi chal turquesa y mi vestido negro y mi peluca rubia y mis perlas colgándome del cuello y las orejas; o con mi traje de flamenca negro y las rosas blancas y rojas en la cintura, con mi abanico blanco y mi gorro cordobés, todo a juego, niña, porque yo siempre he sido muy presumida. Aunque el modelo que más me gustaba era un vestido oscuro al que le ponía un chaleco blanco de pelos y unos guantes negros hasta el codo, que parecía la Ava Gardner. En fin, niña, que me encontraba espléndida y en La Fragata estaban contentísimos conmigo, porque el público repetía y cada semana teníamos que cambiar los números. El dueño de la sala me dejó esa responsabilidad para mí; quiero decir que yo era la que dirigía cómo se tenían que hacer los rellenos de los espectáculos, ordenar a las otras chicas cuándo tenían que salir, hacer la escenografía, ya sabes,

cosas de esas. Un día le hicimos un homenaje a Paco España. Actuamos las transformistas que trabajaban en la sala. Salíamos de una en una vestidas igual que él, con un traje de flamenca blanco y un abanico enorme, blanco también, y le imitábamos su forma de moverse en el escenario, nervioso, un remolino de un lado para otro agitando el abanico, diciendo ¡alegría!, ¡ole!, ¡eso está!, ¡eje!, las palabras que él decía antes de empezar una canción, y cantábamos sus éxitos, *Guerra pa mi cuerpo*, *La Tomate*, *Mi vida privada*. Después de la actuación llegué al camerino y me encontré con una nota escrita por él. Decía que quería reunirse conmigo, y me ponía la dirección y un allí le espero escrito con una letrita alargada. Quería ofrecerme ser la artista que rellenara el nuevo espectáculo que iba a promocionar por toda España. *Madrid, pecado mortal* se llamaba. Yo acepté, claro que acepté, porque esa oportunidad de recorrerme España junto a Paco era un sueño que no muchas podían cumplir. Esa obra de Paco España fue toda una revolución. Al principio, para ver si el espectáculo gustaba o no, nos recorrimos todas las comunidades, qué te digo, niña, Barcelona, Aragón, Castilla, Valencia, Andalucía, y luego pudimos hacer, llenos de éxito y de buenas críticas, la obra en Madrid, en el Teatro Muñoz Seca. Dos años estuvimos allí con el cartel de no hay entradas. Yo seguía actuando de relleno, llenando el show mientras Paco tenía que cambiarse. Cantaba *El porompompero*, de Manolo Escobar, o *Colorines*, o *La bien pagá*, todas canciones que yo sabía que a la gente le gustaba. Pero en *Madrid, pecado mortal* la estrella era Paco España, niña; es que Paco era, cómo decirte, una ventolera que lo agitaba todo con esas imitaciones que hacía de Paloma San Basilio, Rocío Dúrcal o Lola Flores, sobre todo de Lola Flores, que era una artista a la que Paco veneraba. Un día Lola vino al Teatro Muñoz Seca para ver la obra y se enfadó, niña, porque cuando ella vio que Paco recibía risas y aplausos mientras hacía una imitación de Lolita, una de sus hijas, se puso hecha un basilisco. No sabes la de improperios que soltó por esa boca, que hasta se tuvo que interrumpir la función. El dueño del teatro denunció a Lola y la obra se detuvo durante una semana. Eso me dio que pensar, porque aunque estaba teniendo éxito y estar con Paco España me

aseguraba tener funciones grandes todas las semanas y ganar mucho dinero, no se saciaban mis deseos, niña, mi sueño de ser una vedete, de bajar por unas escaleras llena de plumas y llena de brillo, de que mi nombre apareciera debajo de una estrella en la puerta de mi camerino. Yo ya me había cansado de cantar canciones que no eran mías, yo quería ser yo, no la Meli, ni la Bella Elens, sino Manuela, Manolita, y como cuando hablaba con mi hermana por teléfono ella me decía que todos en el pueblo hablaban de que el hijo de María la Viuda se estaba ganando la vida en Madrid como artista y no me nombraban de Manolo, sino de Manolita Chen, un apodo que me había puesto una amiga de mi madre, pues yo me dije si en mi pueblo, donde siempre me han maltratado y se han burlado de mí, ahora me están llamando de esa forma, por qué no escucharlos, por qué no darles el gusto de que por toda España me llamen como ellos han querido, y ya sí, niña, ya sí que estaba el pan de oro derramado por todas las letras que componían ese nombre, Manuela Saborido Muñoz en la vida; en los escenarios, Manolita Chen. ¿Me has escuchado, niña? Tú estás muy caliente y tienes el delirio otra vez en la punta de la lengua. Voy a llamar a la enfermera.

La copla influía en todas nosotras, miniño, porque esas canciones hablaban de deseo, nacían de un anhelo que más tarde iba a sufrir el repudio de la sociedad; por eso las travestis y los maricones hemos hecho nuestras, y sin ningún esfuerzo, esas letras, las hemos ceñido a nuestros cuerpos, a nuestros gestos y a nuestros labios. Yo empecé en esto por Paco España. Cuando me escapé de Las Palmas de Gran Canaria llegué a Barcelona únicamente en su búsqueda. Yo quería ser como Paco, lo sentía como una parte de mí, porque eran muchas las coincidencias que me unían a él, la homosexualidad, el cante, y sobre todo la casualidad de que ambos éramos del barrio de La Isleta. El físico de Paco encarnaba lo canario, miniño, era lo más parecido a un guanche que yo había visto; moreno, con los brazos fuertes y los rasgos indígenas en la cara. Él al principio de su carrera actuaba con pantalones, aunque maquillado de mujer, pero después,

conforme fueron avanzando los setenta, cuando la dictadura ya parecía más pallá que pacá, los espectáculos los hacía con un traje de flamenca blanco que resaltaba un fisquito más lo tostado de su piel. No era un maricón muy común; tuvo dos hijas con una bailarina y muchos amoríos con sus representantes varones. Se hizo muy famoso. Es que Paco llevó los espectáculos transformistas por toda España. No los dejó ocultos en salas oscuras, sino que los mostró como un género más de teatro, y eso nadie lo había hecho nunca. Por eso Manolita resalta que actuó en *Madrid, pecado mortal*. Todavía cantamos canciones de él y en muchas reuniones aún recordamos cuando entraba en el escenario vestido de flamenca y antes de empezar el show soltaba ¡damas, caballeros y mariquitas simpatizantes!, o ¡la que puede puede, y la que no, a fregar escaleras! Por supuesto, Paco era empresario, sabía elegir lo mejor para sus obras, y lo mejor en aquella época eran las actuaciones de la Bella Elens en La Fragata. Yo era una de las chicas que estaba bajo sus órdenes cuando la nombraron encargada de los rellenos. Ella cambió, porque cuando la Bella Elens era una figurante más de la sala se percibía como una mujer con alma, con carácter pero humilde, amable y educada con las demás, pero cuando viró a encargada, su humildad y sus buenas palabras se voltearon hacia el genio y el temperamento. Recuerdo que una vez yo tenía que interpretar *El pájaro verde*, de Isabel Pantoja, una canción que estaba muy de moda. Manolita me dijo que me vistiera como la Pantoja salía en la portada del disco, con un traje turquesa con estampados de flores amarillas y azules, un traje que me hice yo misma comprando las telas más baratas, y claro, miniño, una estaba rellenita y el traje cedió por atrás, nada que el público pudiera haber visto, pero Manolita nos vigilaba de cerca y lo vio y me dejó una semana sin actuación. La verdad que ese talante y modo de ser le salió buen negocio, porque bien prontito fue contratada por el mismísimo Paco España, y ya todos saben lo que consiguió después, la de dinero que hizo, y yo me alegro de que a alguna de nosotras le haya ido bien y haya sabido administrarse, porque mira al pobre Paco, con todo lo que fue, con todo lo que trabajó, que había días que en Madrid hacía dos funciones y luego se iba al Gay Club, la sala

donde él era la estrella, a hacer otro show, y todavía le alcanzaba el tiempo para marcharse de fiesta a la sala Bocaccio hasta las mil, que quizás ahí estuviera el problema de muchas, que en la noche y en la droga y el alcohol una no se administra bien, y Paco desde luego no lo hizo, porque ya te digo, miniño, con todo lo que fue, con todo lo que ganó, y se pasó sus últimos días pidiendo limosna en la calle, eso sí, solo pedía para comer, no para el trago ni la droga, que el chiquillo mío nunca levantó la voz nada más que para la comida, ni siquiera reclamó nunca una calle con su nombre, que bien podrían habérsela puesto ya, con todo lo que ha representado para nosotras, tanto que, fíjese, miniño, hasta la misma Manolita Chen va diciendo por todos lados que ella trabajó con él con la misma admiración que si lo hubiera hecho con Alain Delon.

Anoche me asustaste, casi llegaste a los cuarenta de fiebre, y los espasmos que dabas en la cama me hacían temer que incluso te cayeses de la litera. Entonces me puse a gritar por la mirilla y a aporrear la puerta para que alguien viniera a ayudarnos, y te vieron tan mal, niña, que te han ingresado en la enfermería. Yo le he pedido al alcaide si no me dejaba estar a tu vera agarrándote la mano, y el buen hombre me ha dado permiso. La enfermera me ha dicho que estás estable, y eso me ha tranquilizado, porque esta noche no he pegado ojo de lo mal que te vi. Te han puesto un gotero bien despachado de medicamentos para bajarte la fiebre y te han inyectado un valium para que descanses. Yo sé que no me escuchas, niña, pero te hablo porque dicen que a los enfermos que duermen profundamente les hace bien escuchar las voces de sus seres queridos, y como aquí encerrada soy lo único que tienes, digo yo que te vendrá bien que se te aparezca mi voz de entre las nubes del sueño. Te acordarás de que ayer te hablé de Paco España y de lo famosa que me hice. Tan famosa, niña, que Rodrigo Navarro, un cómico español muy conocido en la época, me reclamó para representarme. Él fundó su propia compañía de revistas en el Teatro Calderón, con una obra que tuvo mucho éxito. Tú no sabes la cola que se hacía a las puertas del teatro para verla, que la gente llegaba hasta la plaza de Jacinto Benavente queriendo conseguir una entrada. La obra se llamaba *¡A la tercera, haz lo que quieras!* Yo

todavía no iba como primera estrella, porque la principal del espectáculo era Bibi Andersen, pero sí como segunda, y por fin tuve mi camerino propio con una estrellita pequeña en la puerta y el nombre de Manolita Chen debajo. Además de la obra de teatro, Rodrigo me llevaba por las salas de Madrid para seguir actuando. Aquella época era, niña, un despelote, no sé si porque la gente estaba cansada ya de ser tan reservada, porque creía que Franco la iba a espichar más pronto que tarde y los grises no iban a detenernos por conductas impropias, o es que tenía una calentura de mil demonios en los adentros, que el público lo que quería era ver danzas ligeras de ropa, tetas al aire y piernas balanceándose en los escenarios. Otro de los atractivos para la gente eran las transformistas, niña, y ahí es donde entraban a escena el arte y la voz de Manolita Chen. Eso sí, lo que el público demandaba había cambiado. La gente ya no se contentaba con ver a un hombre vestido de mujer cantar las canciones de Lola Flores, Juanita Reina o Rocío Jurado, ni con el misterio de saber si quien interpretaba esas coplas era varón o hembra. El público quería ver, oler, palpar lo que escondían esas mujeres brillantes y espectaculares y con poca ropa, y si la mujer enseñaba que debajo de la braga o la falda tenía un buen salchichón, más gente iba al espectáculo. Yo recuerdo la primera vez que me tocó hacer un integral. Rodrigo Navarro llamó a mi camerino y me dijo que me iba a pagar el doble esa noche, y yo, figúrate, niña, loca de contenta. Lo que no me imaginaba era que me fuera a pedir que exhibiera mi cosa. Como Rodrigo no me vio muy decidida, vino a mi tocador, tumbó el espejo pequeño donde yo me miraba para ponerme las pestañas postizas, volcó encima una bolsa de polvo blanco y dibujó un peine de rayas gordas como los dedos de un gorila. ¿Eso qué es?, le pregunté, porque te juro, niña, que no lo había visto en mi vida. Él me dijo que cogiera el tubito plateado, que me lo pusiera en la nariz y absorbiera un par de rayas, que eso me quitaría el miedo. Yo lo hice, niña. Las rayas me hicieron efecto, me envalentonaron, y a partir de ahí, siempre que tenía espectáculo, realizaba el mismo ritual que Rodrigo Navarro me había enseñado. Aspiraba por el tubito un par de rayas y salía al escenario como un toro bravo. Tendrías que haberme visto, con mis piernas al

aire, monísima, acercándome hacia los hombres por el pasillo del patio de butacas, sentándome en sus portañuelas y cantándoles *tengo un lunar aquí, lo tengo aquí*, y deslizaba mi dedo índice desde el escote hasta el ombligo, niña, *el que quiera este lunar, me lo tiene que pagar, y pagármelo muy bien,* y muy sensual y muy pícara miraba al hombre a los ojos, y frotándome los dedos le hacía el gesto del dinero, *porque el sitio donde está, apenas se me ve, y hay que verlo,* y hacía una pausa, *con el parné*, y me levantaba de la portañuela del hombre y le guiñaba un ojo. La mayoría de ellos iban acompañados de sus esposas, que me miraban como perras a las que quieren quitarles sus cachorros, y eso me encantaba, niña, porque sentía que competía de tú a tú con esas mujeres, que ellas notaban el deseo en la cara de sus maridos. Después me subía de vuelta al escenario y me ponía de cara al público y levantaba mis brazos al aire, como una reina, y luego los bajaba con mucha calma, muy despacito, niña, para sentir los aplausos del respetable que llenaba la sala, y para que me diera tiempo a calcular dónde estaba exactamente el botón de la braga o la falda que llevaba puesta, y luego, niña, el clic, un clic que nadie más que yo en la sala oía, pero que en mi cabeza era como una detonación. Entonces la ropa se caía y se mostraba mi cuerpo tal y como mi madre María la Viuda me había parido. Yo no veía las caras del público, porque los focos del escenario me ocultaban lo que tenía delante de mí, tan solo escuchaba el ¡oooooh! largo y sorprendido de la sala, un ¡oooooh! como el de quien ve un truco de magia. Yo sé, aunque te encuentres en una dormidera profunda, que has pensado que cómo se me ocurría hacer eso, que menuda exhibicionista era yo de joven, pero nosotras teníamos que comer, niña, y eso en aquella España estaba al día. Se empezaba el desnudo de las artistas en las revistas, en las películas, en los teatros. Tampoco tenía yo en aquellos entonces los años y los kilómetros que tengo hoy, porque a lo mejor con mi experiencia de ahora no lo hubiera hecho, voy a enseñarte yo a ti el rabo por qué, yo te voy a enseñar mi arte, no esto, les diría, pero como me daban el doble, pues yo me volvía loca. Está aquí el funcionario, niña, ya me tengo que marchar. Si te despiertas, en la mesilla tienes fruta y una rosa con una nota. Es una frase del libro

que hay en la biblioteca sobre el poeta que nos leía Julio Mariscal a mí y a la Joaquinita.
Una mano dará el poder de sonrisa, y eso es lo que he buscado con mi visita de hoy, niña, agarrarte la mano y que te rieras con mis ocurrencias. El final de la nota dice Te quiere, Manolita Chen.

¿Sabes esas películas del Oeste donde un hombre alto, corpulento y apuesto, con el bigote y la perilla perfectos y un palillo entre los dientes vigila a las mujeres que están a su cargo, unas chiquillas que parecen aseadas y de piel blanca y con faldas y corsé, niñas que aparentan lujo pero que cuando las luces del salón se apagan duermen en el suelo rodeadas de ratas y temiendo que el whisky se le haya subido a la cabeza al patrón y las visite y les dé una tunda? Pues así nos sentíamos nosotras bajo la mirada de Rodrigo Navarro. Claro que él era bajito, rechoncho y calvo perdido. Tampoco es que nos diera palizas, no hacía falta, le bastaban el control de la escena teatral y la certeza de que si no hacíamos lo que él quería no íbamos a trabajar más en la vida. Y lo que él quería era contentar al público, vender entradas y llenar los teatros y las salas, y claro, el público pedía, exigía ver a mujeres ambiguas, guapas y ligeras de ropa que sugirieran en su apariencia la incógnita más exótica en ese tiempo. Yo estos pensamientos se los confesaba a Manolita en los bastidores de la sala o el teatro donde actuábamos, y ella, no digo que inocente, porque de eso nada tenía, pero sí bastante conforme con cómo Rodrigo nos representaba, me decía Mónica, no me digas esas cosas, que siempre estás con la oscuridad en la boca. Yo intentaba hacerle ver cómo la trataba, que se fijara en los carteles que la anunciaban con letras grandes. Manolita Chen, la incógnita del sexo, ¿es hombre?, ¿es mujer?, ¡es vuestro problema!, pero a eso Manolita no le veía inconveniente y me decía que nosotras estábamos para agradar, para mostrar nuestro arte. Y yo en realidad lo entendía, porque la mayoría de nosotras acarreaba un historial de vejaciones y estigmas que se nos olvidaba cuando el público se caía a nuestros pies, pero me cansé de que nuestra sexualidad solo sirviera para la exhibición, como si fuésemos un ejemplar de tigre

blanco al que exponen en los zoos para que a los niños se les abra la boca. Me divierte cuando escucho a compañeras hablar de los setenta como un ungüento sanador que se les aplicó encima de la piel acardenalada y de la moral malherida en sus años anteriores, cuando en esa década seguíamos dando tanto miedo como antes, seguíamos insuflando el mismo terror en las señoras y los hombres si nos veían comportarnos como seres humanos, si nos contemplaban pasear, hablar, tomarnos una cerveza. Algunos no nos querían ni en los escenarios. No nos engañemos, España en los setenta seguía blandiendo en su orgullo la escopeta de los valores religiosos. Pocas veces se ha contado esto, pero Manolita recibía muchas amenazas de parte de un grupo católico llamado los Guerrilleros de Cristo Rey. Le llegaban cartas a los teatros o las salas donde actuaba, misivas con mensajes muy escuetos; puta, monstruo, te vamos a poner una bomba, te vamos a cortar los huevos. Por esta poca lucha abandoné la vida del espectáculo y la noche. Estudié un curso para cuidar ancianos y me hice encargada de planta de una residencia en Guadalajara. La verdad que la vida de artista era más divertida que estar dándoles a los viejecitos la papilla y paseándolos por los jardines de la residencia, pero a mí de la transexualidad me interesaba el compromiso. Manolita nunca me lo confirmó, pero se rumoreaba que el dueño de La Fragata estaba obsesionado con los olores. Antes de que empezara la noche ponía a las chicas en fila con los brazos extendidos, e, igual que un sargento, iba repasando cómo olía cada una, olisqueándoles la nuca y las axilas. Me enfadó oír aquello. Se me llevaban los demonios de pensarlo, porque todo eso se sabía, pero solo nos atrevíamos a decirlo en voz bajita y con miedo, y yo quería que esas cosas las oyera ya no todo el mundo, pero sí más gente, o al menos que nos las pudiéramos contar entre nosotras en voz alta. Así, junto a algunas amigas del colectivo también interesadas en la lucha, hice en Madrid un pequeño grupo que nosotras llamábamos FLHYT (Frente de Liberación Homosexual y Travesti). Es verdad que en los inicios fue una asociación a la que nadie hacía caso, ni las propias travestis, pero a la que poco a poco, viendo las compañeras que ni con la muerte de Franco recibían respeto ni se veía con buenos ojos

que pudiéramos vestirnos y comportarnos como lo que éramos, unas mujeres, la cosa se fue animando. Las reuniones del FLHYT las hacíamos en mi casa. Nadie nos quiso dejar un local para nuestros coloquios. Aquello era un cuadro. La mayoría de las chicas eran gente humilde y sin estudios que no conocían los procedimientos de ese tipo de reuniones. Se interrumpían, se enfadaban, con ese lenguaje ordinario y vulgar que las caracterizaba. Aunque, con el tiempo, los debates fueron tomando un carácter más conciliador, más obrero, más de lucha. Yo les leía artículos de la revista *AGHOIS*, una publicación que dirigían Francesc Francino y Armand de Fluvià y que se publicaba desde 1972 de manera clandestina. En los artículos se hablaba de sexismo, de machismo y de cómo la sociedad estaba constreñida a la normativa de la heterosexualidad, relegándonos a nosotras, homosexuales, lesbianas y travestis, a los márgenes, es decir, al abismo. Les adaptaba el vocabulario para que ellas pudieran entender lo que se hablaba en la revista, y no tardaron en sentirse muy identificadas con lo que planteaban los artículos. La propia Manolita se nos unió. Es justo decir que ella se implicó con la causa, y ya sabe todo el mundo que fue y es activista, que, aunque se la mencione como la primera que no sé qué y la primera que no sé cuánto, lo que más le emociona es que se diga que ha luchado por darles a las personas más necesitadas apoyo, por facilitarles la vida. Y mira si lo ha conseguido, que hasta tiene su propia fundación.

Hay momentos en la vida, niña, en los que la mano caritativa y piadosa de Dios apoya su palma en tu espalda y te dirige los pasos hacia el camino correcto. Yo estoy segura de que esta enfermedad que te ha entrado ha sido obra de esa mano invisible, que ha visto que necesitabas un susto, que expulsaras todas las ansiedades que te mortificaban por dentro, y tengo muy claro, niña, que desde que has ingresado en enfermería vas a tomarte los problemas con más calma. Cada acto de mi vida, a partir de todo lo que te voy a contar ahora, también estuvo marcado por esos momentos que en un principio pensé que fueron casualidades, pero que hoy, con los kilómetros y la sabiduría que acumulo, bien sé yo que eran fruto de la mano que me dirigía los pasos. Una noche en la que actuaba en el Teatro Apolo, en Madrid, yo no me encontraba muy bien. Se me

acercó la Petróleo y me dijo Manolita, tienes una llamada. Lo primero que pensé fue que quién coño sabía que yo estaba en el Teatro Apolo, y con la duda de averiguar quién intentaba localizarme, me puse al teléfono. ¡Meli, miarma, benditos sean los oídos que te escuchan!, dijo la voz. Le pregunté quién era y me dijo que era Violeta la Burra. Me puse loca de contenta, y después de contarle un poco cómo era mi vida en Madrid, me dijo que ahora vivía en París y que estaba trabajando en una sala que buscaba una vedete para las noches, y como le preguntaron si conocía a alguien, ella se acordó de mí y quería que me fuese a vivir con ella. Y a ver qué se me había perdido a mí en París, niña, porque la verdad que veía una locura lo que me proponía, pero Violeta supo qué decirme, que si el idioma era lo de menos, que si en París es donde estaba el dinero y no sé qué más; y que si conseguía el pasaporte, que era lo más difícil, se me iban a rifar allí, con el arte que yo tenía. Estuve varios días pensando en lo que Violeta me había dicho, sobre todo en eso de que en París era donde se ganaba dinero, porque, aunque en España me iba bastante bien, con lo que se me iba en trajes, en hormonas y en las cantidades que le enviaba a mi madre todos los meses, apenas me daba para ahorrar, así que una mañana me dirigí a la embajada española, cerca de la plaza Mayor, que era donde me habían indicado que tenía que ir para conseguir el pasaporte. El funcionario encargado del papeleo era un hombre muy antipático que hacía muchas preguntas, aunque más que preguntas era un interrogatorio. ¿A qué se dedica en la actualidad?; ¿hacia dónde va a viajar usted?; ¿qué va a hacer usted en París?; y claro, niña, a mí en esos tipos de consultas siempre se me escapaba la verdad, porque yo nunca he sabido mentir, y al igual que cuando el guardia en el campo de concentración me preguntó si yo era maricón y le dije que sí y eso me sirvió para ganarme unas tundas que ni los sacos de boxeo, a este le dije que mi profesión era bailarina en las salas de espectáculos y que iba a París porque me habían llamado de una sala para trabajar. Cuando el hombre levantó la vista del manojo de papeles que tenía en su escritorio, pude leerle en los ojos lo que pensaba, que no sería muy distinto a que el travelo que tenía delante era una puta, y yo, en vez de sentirme herida, acordándome

de las palabras que me había dicho Violeta por teléfono, eso de que utilizara mis artes para conseguir el pasaporte, vi una oportunidad de llevarme al funcionario a mi terreno, porque aquel hombre, niña, era un maricón retraído, un homosexual que necesitaba un desahogo, y yo, con menos vergüenza que un nudista, me acerqué a la oreja del señor y en un susurro le dije ese trabajo es la oportunidad de mi vida, yo le he visto las intenciones en la mirada, así que, si quiere, podemos irnos a los baños de ahí detrás, muy despacito, con mucho sigilo, y metidos en ese cuchitril de uno por uno puedo darle el orgasmo más inolvidable de su vida, a cambio, concédame ese certificado que tanta falta me hace, y el hombre, muy recatado, niña, se levantó de su mesa y me acompañó, hizo su pecado mortal sobre mí y me firmó el pasaporte. A París llegué en tren. Violeta me esperó en la puerta de la estación de Montparnasse. Me dio mucha alegría cuando la vi, porque yo a Violeta nunca me hubiera imaginado volvérmela a encontrar en la vida. Desde allí nos dirigimos a la pensión donde ella vivía y me había alquilado una habitación, al lado de la de ella, en el barrio de Montmartre. Aquello era el paraíso, niña. Daba gusto moverse por aquellas callejuelas, muy parecidas a las del barrio chino de Barcelona, pero tan diferentes en realidad, porque en París nadie se asustaba de que por las calles abundaran ni los mariquitas ni los transexuales, como ahora se dice, y todas iban tan bien vestidas, con sus tetas, con sus pelos de colores, tan maquilladas, tan guapas y tan desenvueltas al aire libre, sin tener que esconderse, sin el temor de que un guardia llegara y las encerrara. Yo al principio guardaba la ilusión de actuar en el Moulin Rouge o en el Folies Bergère, pero finalmente acabé en una sala muy pequeñita, aunque muy coqueta, que se llamaba Mi Paraguay, en la plaza Étoile. Actuaba con un matrimonio de Córdoba, que hacía un espectáculo flamenco, y claro, cuando el dueño vio con el desparpajo con que yo me movía, es que yo tenía mucho arte, niña, y empezó a darse cuenta de que con mis actuaciones era como llenaba la sala, se acercó a mí y me dijo que si no me importaba hacerme cargo de los espectáculos, que era libre de hacer y de contratar lo que quisiera, y como yo siempre he sido muy echada palante, pues acepté, y monté la compañía con la que más tarde me

ganaría la vida, la compañía Manolita Chen. La sala la decoré al estilo andaluz, niña, con paredes blancas y macetas y rejas por todas partes, y para los espectáculos contraté a Violeta la Burra y a la Dori, una transformista madrileña que estaba empezando y que había sido muy valiente al irse tan joven a París, y como yo ya te he dicho, niña, que no solo he querido ser recordada por artista, sino que también me ha gustado ayudar, pues la llamé para que estuviera bajo el amparo de Manolita. En París ganaba mucho dinero, y cuando vi que había ahorrado un buen fondo para mandárselo a María la Viuda, y que además me sobraba para mis cosas, decidí quitarme la barba, pues a París era adonde viajaban desde España todas las compañeras para hacer lo mismo. Con las hormonas ya me había convertido en una mujer, y se me había debilitado el vello, pero yo es que era muy peluda, niña, y a pesar de la hormonación me tenía que afeitar todos los días dos o tres veces, y aun así se me seguía notando por debajo del maquillaje la sombra, y eso lo odiaba, porque parecía un payaso, y yo era lo que era, una mujer. En aquella época no es como ahora, que con un láser te quitan todos los pelos. Nosotras teníamos que buscar un salón de belleza que hiciera un tratamiento que se llamaba electronoséqué. Te metían una electricidad en los poros del vello para que se fuera debilitando. El tratamiento dolía y era largo, niña, de muchas sesiones, que tuve que ir a que me dieran la descarga durante algunos meses. Fueron muy felices los años que viví en París. Allí por fin era la primera estrella, por fin bajaba las escaleras como una vedete, llena de plumas y llena de brillo, y por fin, niña, conseguí mi estrella, una estrella que hicimos Violeta la Burra y yo, grande y dorada, que ocupaba casi toda la puerta, y debajo, también en dorado, como bañado en pan de oro, el nombre de Manolita Chen. Pero hay momentos en la vida en los que la mano invisible de Dios se te pone en la espalda y te cambia el rumbo del camino que crees que Él ha elegido para ti, y esa mano se me reveló de nuevo como una llamada telefónica. Esta vez fue Violeta la Burra la que se me acercó diciéndome que me llamaban, y después de descolgar el auricular y decir el dígame correspondiente, del otro lado escuché la voz de mi

hermana que me decía mamá está enferma, yo no puedo hacerme cargo de todo, tienes que volver a Arcos.
Si me marché a París fue porque me cansé muy rápido de mi familia, la religión, la costura y los chaparrones. Mis padres eran del Opus y cuando tomé la decisión de abandonar mi casa íbamos por siete hermanos. En catorce terminó la cosa. Pertenecíamos a esas familias de apellido compuesto, éramos sosos hasta para los nombres. A mi padre no se le ocurrió mejor forma de llamarme que Doroteo, y aún hoy me viene una sensación cercana al vómito si alguien lo pronuncia. Estudié hasta los dieciocho años en el Colegio Nuestra Señora del Pilar, en el barrio de Salamanca, y durante mi infancia siempre se me dio muy bien la música, así que, como no podía ser de otra forma, mi padre me obligó a estudiar en el conservatorio clases de piano y canto, creyéndose el pobre mío que estaba criando a una mezcla de Schubert y Enrico Caruso, cuando el hijo en lo que pensaba, por culpa de los vinilos de jazz que él mismo coleccionaba, era en ser una estrella de cabaré. Yo en mi casa, imagínate, era un estigma, un enviado de Satanás para poner a prueba la religiosidad de la estirpe. De las palizas que me cayeron qué te voy a contar, en eso mi adolescencia fue bastante parecida a la de las demás compañeras. Así que un día, harta de tanta mojigatería y de tantos golpes, cogí cuatro tiestos y me fui a la calle. En ese Madrid de mediados de los setenta, con las cualidades para la música que atesoraba, creía que en todos los teatros y todas las salas se iban a dar guantazos por mí. Me cambié el nombre y pasé a llamarme Dori. Lo hice por mi madre, porque, aunque odiaba el nombre de Doroteo, fue ella quien más lo nombraba, y con las madres no ocurre como con los padres, con quienes el rencor te crece hasta convertirse en un puño que te aprieta la garganta. A las madres se les perdona todo y siempre las lleva una en la memoria, así que para no traicionarla, conservé el diminutivo. El caso es que de las salas y los teatros tan solo acumulé rechazos y me vi las primeras semanas durmiendo en los soportales del centro de Madrid, hasta que una noche que helaba, la Vikinga, una travesti a la que llamaban así porque le gustaba llevar dos trenzas y una perilla pelirrojas, se apiadó de mí y me refugió en su casa. La Vikinga era puta y

delincuente, además con orgullo, y me instruyó en el arte de la costura en los antros de la noche madrileña, porque de puta no me quería y decía que si me dedicaba a eso iba a robarle clientela. Coser era como ella llamaba al ingenioso talento de mangar, que no es lo mismo que robar, me decía, porque robar es usurparle a alguien algo valioso, que le cambia la vida, como un millón o una casa, pero mangar es como un favorcillo que se toma una por su cuenta para poder sacarse cuatro perras. Así, cuando la noche acababa, nos reuníamos en la plaza de Colón y nos contábamos qué tal se nos había dado el zurcido. Yo he cosido una cazadora, decía una; pues yo esta chaqueta, enseñaba la otra. Las prendas que nos hilvanábamos intentábamos venderlas los domingos en el rastro de La Latina. Pero como te he dicho, me cansé de coser y a sabiendas de que la Vikinga se iba a mosquear conmigo e iba a dejarme de hablar, me metí a puta. He de decir que lo hice por placer, que una se había transformado en mujer porque así lo sentía, pero también porque necesitaba el cuerpo de un hombre dentro de sí, y quién sabía si un maromo no se iba a enamorar de una e iba a sacarla de todos los problemas. Pero lo cierto es que para la calle no servía. Yo me colocaba en la esquina de María de Molina, en la Castellana, que era el lugar donde nos poníamos todas, con descaro, pues no nos escondíamos, y la policía, que en aquella época en la que Franco estaba ya para la última pregunta, hacía rondas con frecuencia, se ensañaba más ansiosamente con nosotras, imagino yo que por eso de vengar la pulcritud moral de su Generalísimo. Para avisarnos de que los grises llegaban, las compañeras nos decíamos ¡agua!, pero yo siempre estaba en Babia y medio lela y pasaba más noches en los calabozos de la Puerta del Sol que encamada con algún hombre. Así que también me cansé de aquello, y como ya no me quedaba más que experimentar, me marché a París. Allí me vi de nuevo en la indigencia, deambulando por las callejuelas frías y húmedas del barrio de Montmartre, rodeada de rateros y putas y travestis pobres que intentaban ganarse la vida como buenamente podían, hasta que otra travesti conocida, llamada Violeta la Burra, que ha pasado a la historia de las transexuales españolas por pionera y por su gracia, se apenó de encontrar a una chiquilla tan menuda como yo

abandonada y me acogió en su casa. Al principio, sin saber el idioma y con la poca maña que atesoraba para la prostitución, pensaba que Violeta se cansaría de mí. Pero una tarde que le cocinaba, me oyó cantar *non, rien de rien, non, je ne regrette rien* y sorprendida de lo bien que lo hacía, me dijo que me tenía que presentar a alguien. Ese alguien era Manolita Chen. La conocí en Mi Paraguay, una sala de fiestas en la que ella era la encargada. Violeta la Burra le dijo que me tenía que escuchar, que era como un ángel cantando, que me había encontrado en la calle y que a ver si no le hacía ese favor, y lo cierto es que Manolita accedió y me hizo una prueba. Yo, claro, queriendo ser cantante de cabaré y estando en París, creí que lo más oportuno era cantarle *C'est si bon*, una canción sensual, que permitía el coqueteo, pero en cuanto entoné *c'est si bon de partir n'importe où*, Manolita me interrumpió y me dijo que a sus espectáculos iba gente que quería escuchar canciones españolas y que si no me importaba cantarle algo de Lola Flores, Rocío Jurado o Marifé de Triana. Yo en París me imaginaba siendo una Joséphine Baker, una bailarina y cantante exótica, desinhibida, con el mínimo de ropa y con enormes pompones de plumas en la cabeza y el culo, con una orquesta de jazz a mi espalda y muchos bailarines a mi alrededor haciendo conmigo la misma coreografía mientras cantaba *yes, la conga; yes, la conga, Blicoti, c'est la conga*. Pero a Manolita no le gustaba nada de eso. Ella había creado una sala que rebosaba folclore, repleta de macetas y de rejas y de paredes blancas y sillas de mimbre, en donde todo estaba enfocado para su despunte. Me resigné y, como ella me había pedido, me preparé algunas de las canciones que le gustaban con la ayuda de Violeta. Cambié mi voz, educada para el arpegio, por el desgarro y la pena y la melancolía que me transmitían las letras de las coplas. Cuando se las canté, Manolita quedó prendada y me contrató. Sinceramente, lo hacía bastante bien, mejor que ella, que aunque no hay que negarle que poseía un encanto y una atracción singulares y que sabía amoldar su poca voz a notas bajas para que no se le notara que apenas tenía idea de cantar, estaba bastante lejos de mi formación musical. Aun así, se permitía corregirme, educarme, como si pretendiese crear conmigo una sucesora. Eso me enfermaba. Eso y su primitivo

instinto maternal. Había impuesto una disciplina militar para trabajar con ella cuyas normas rozaban un decoro y una castidad que me recordaban mucho al rigor que me intentaron imponer mis padres. No nos dejaba beber, ni drogarnos ni hablar con hombres. Yo era más joven que ella, y a mí poco me interesaban esas historias que me contaba de cuando empezó en Madrid y había tenido problemas con el alcohol y las drogas. Yo quería vivir la noche. Y follar, sobre todo follar. Cuando terminábamos las actuaciones me bajaba a la platea para charlar con los hombres, que ni por un segundo de pensamiento se figuraban que nosotras no éramos mujeres puras. Eso sí fue mérito de Manolita. El caso es que esos hombres nunca se imaginaban que yo tenía el mismo aparato que ellos, y yo jugaba con eso, porque sabía que en la cama, con la calentura, a ninguno le importaba ya el miembro viril; al contrario, una vez que lo probaban, no podían despegarse de él y se aferraban a su vigor como un koala a la rama de un eucalipto. Pero Manolita se entrometía en todas las conversaciones que yo pudiera tener con los varones. Cuando alguno se me acercaba al oído para decirme a saber qué, pues el francés apenas lo entendía, me cogía del hombro y me reñía. Tú para qué hablas con esta gente, hija mía, si esta gente no sirve para nada, si todos te están contando lo mismo, que están casados y tienen hijos, pero les dan morbo estas cosas y quieren irse a la cama contigo. Luego me quitaba la copa y regaba con el cubata las macetas que había colocado por la sala. Así fue todo hasta que se tuvo que marchar. Yo no puedo decir que me alegrara, porque la enfermedad de un familiar querido, como lo era su madre para ella, es algo muy jodido que le cambia a una la vida. Pero el dueño de la sala me pasó el testigo de dirigir los espectáculos, y cambié las macetas, las sillas de mimbre y las paredes blancas por cortinas de terciopelo, una banda de jazz con esmoquin y bailarinas con flecos, faldas, diademas y plumas. Mi Paraguay ya sí sonaba a jazz, a vodevil y a charlestón.

Cuánto me alegro de que estés de nuevo en la celda, niña. El médico ha dicho que lo que te ha ocurrido se llama estrés

postraumático, que es una enfermedad que te llega cuando has sufrido una situación aterradora. ¿Qué es lo que te ha pasado, niña? Ahora entiendo tu preocupación cuando repetías en el desvarío que el niño no se entere. Lo que no he alcanzado a saber es aquello de cris… cris. Yo sé que en la cárcel llevamos nuestros secretos a la espalda; tú también te preguntarás qué hago yo en prisión, pero ya habrá tiempo. Sé bien que hay secretos que te remueven los adentros, y cuando eso sucede es mejor desahogarse; ya te digo, estoy muy contenta de que hayas vuelto a este boquete. Aquí te ha estado esperando Manolita, que no es poco, porque cuando yo volví a mi casa tenía el susto en el cuerpo y el temor de encontrarme con mis hermanos y mi madre. Habían pasado diez años. Durante todo ese tiempo, mentiría si dijera que ha habido un momento en el que no me acordara de ella. Si me maquillaba, pensaba ojalá mi madre estuviera junto a mí y me ayudara con los vestidos; mientras paseaba, siempre tuve el deseo de enseñarle el Parque Güell, la Gran Vía o los Campos Elíseos; y cuando hacía el integral en alguna sala me sofocaba de pensar si mi madre me viera, y así con todo, niña, siempre con ella presente en el pensamiento. Además, que de todo el dinero que ganaba, cada mes le enviaba un sobre, porque yo sabía que la taberna de María la Viuda sin mi presencia no funcionaba tan bien, y cuando volví a Arcos le entregué ciento diez mil pesetas, niña. Con ese dinero le compré un colchón de esponja, porque con lo enferma que estaba yo quería que mi madre descansara bien; le compré una salita con muebles de mimbre, unas cortinas, una nevera; en fin, que le vestí las habitaciones de nuevo porque no sabía si eran los últimos días de mi madre y quería que ella se fuera con una casa decente. La vuelta no fue fácil, niña. Yo no estaba dispuesta a perder todo lo que había ganado marchándome de Arcos, y cuando volví, imagínate, seguí llevando la melena hasta el cuello, los pendientes, el maquillaje. Eso para mis hermanos era como si les descargaran por sus cuerpos los mismos calambrazos que recibía yo en el campo de concentración. Claro que, lo quisiera o no, en el pueblo estaba a la vista de todo el mundo y tenía que resguardarme un poco más. No me ponía el vestido y debajo unos pantalones, sino que me vestía con

pantalones de hombre e intentaba darle a la parte de arriba algo de brío y color. Esos recatos tampoco me libraban de los comentarios de la gente cuando pasaba a su lado, y yo escuchaba los murmullos de mira en lo que ha terminado el hijo de María, este ya se veía que iba para mujer, con los maricones tendrían que acabar, y cosas así. De entre todas las angustias que se estaban apoderando de nuevo de mí, solo había algo que me aliviaba, y era la compañía de Paco. A Paco, en realidad, yo lo había conocido cuando estaba en la barriga de su madre, Manolita la de la leche, que como su nombre indicaba, era la señora que vendía la leche por las casas del barrio. Recuerdo cuando estaba embarazada. Yo era una chiquilla, ya ves, quince o dieciséis años tendría, y le ponía la orejita a Manuela en la barriga cuando traía la leche a la taberna. Pero en mi vuelta a Arcos no lo reconocí; cómo iba a reconocerlo, si en realidad habían pasado diecisiete años desde que nació. La cosa es que me pidió un cigarro un día en la plaza de las Aguas, y yo se lo di, y me dije para mí misma ¡uy, qué niño más guapo!, y le pregunté que de quién era, y él me dijo que era el hijo de Manolita la de la leche, y a partir de ahí frecuenté cada vez más la plaza por ver si me lo encontraba, niña, y de un cigarro pasé a comprarle un paquete, y del paquete a la conversación, y de la conversación a la amistad. Así que él me acompañaba cuando yo estaba en Arcos y tenía que cuidar de mi madre, porque el trabajo en las salas no lo abandoné, niña, iba y venía de Madrid a Arcos todo el tiempo. Yo no quería dejar ni mi carrera de artista ni los cuidados de mi madre, y Paco me aliviaba ese trasiego con su compañía, viniéndose a mi casa para que yo no me sintiera sola, y eran un consuelo sus qué os hace falta, sus conversaciones de chiquillo, su juventud entera. Muchas veces me acompañaba hasta tarde y se quedaba dormido entre mis piernas mientras escuchábamos la radio, y yo le metía los dedos entre los pelos de la cabeza y le hacía circulitos y me quedaba también dormida hasta que mi madre empezaba a quejarse y ya nos despertaba.

Cuando mi hermana llegó de nuevo a Arcos, a mí se me llenó el pecho de alegría, porque yo había estado acostumbrada a vivir siempre juntito a ella, siempre siempre, pero ya ves, desde la paliza que mi hermano el mayor le había dado, estuve sin verla, y eso a mí me dolió, y me costó adaptarme a llevar una vida sin su presencia, porque ella era mi guía y mi luz. Claro que, por otro lado, me sentía un poco intranquila y alarmada, sobre todo cuando la vi aparecer. Se presentó con una melena hasta el cuello, maquillada, con unos zarcillos colgándole de las orejas, unos vaqueros de hombre y una camiseta rosa con volantes en el cuello y en los puños. Era un trampantojo y yo no sabía cómo iba a reaccionar ante eso la gente; me preocupaba, más que nada porque fui yo la que la llamó con la alarma en la voz pidiéndole que volviera a Arcos, pero es que yo sola no podía con mi madre, ya ves, yo sola cuidándola y después con cinco bocas esperándome en mi casa. María la Viuda ya no era la mujer con genio que todo el pueblo conocía, sino que la enfermedad le había arrebatado la fuerza y el carácter y apenas se movía de la cama. Y como nada más que parió varones y los hombres de esas cosas no se ocupaban, pues tuve que pedirle ayuda a la otra mujer de la casa, porque para mí mi hermano Manolo siempre fue una hembra. Qué sé yo. En la calle los más eran los que se cambiaban de acera o los que en la taberna de mi madre la ponían vestida de vuelta y media, y en la casa su presencia escocía como un limón en los ojos. Sobre todo a mi hermano el mayor. Esta vez el daño lo inculcaba su mirada, porque que yo viera, el cintillo nunca cayó sobre los lomos de Manolita como en otra época. Mi hermana, desde luego, tampoco paraba quieta. Yo no sé si es que en Barcelona, en Madrid o en París había vivido en un palacete o es que aborrecía todo lo que le recordaba a su antigua vida en Arcos, que lo quiso cambiar todo de la casa. El día que llegó lo hizo con un bolso que pesaba mucho. Después de darle un abrazo a mi madre, abrió el bolso y volcó sobre la cama todos los billetes y las monedas que llevaba dentro. Ciento diez mil pesetas que sonaron sobre el colchón como cuando a alguien le toca un premio en una máquina tragaperras. Este dinero es para poner una casa nueva, le dijo a mi madre, y que le iba a cambiar el colchón porque el que tenía ya

estaba bastante vencido, y las cortinas de la casa, y la nevera, y que la salita la iba a poner toda con muebles de mimbre. Mi madre la sorprendió preguntándole que dónde había robado eso, y mi hermana le respondió que ella no había robado nada, que ese dinero lo había ganado ella trabajando. Luego mi madre me ordenó que marcara el número del cuartel. Yo no quería hacerlo, pero a mi madre ni enferma como estaba se le podía llevar la contraria. La guardia civil tardó muy poco en personarse en mi casa. Vino el José Richarte, que ya estaba más mayor, junto a un guardia más joven que miró con algo de recelo a mi hermana. ¿Qué le sucede, María?, le dijo el José Richarte a mi madre, y ella le contestó que mirara todo el dinero que había puesto su Manolo en la cama. El Richarte le preguntó a mi hermana de dónde había sacado todo ese dinero, y mi hermana salió con que lo había ganado trabajando, y de otro bolso sacó un manojo de papeles, que yo no sabía en ese momento para qué servían, pero después me contó que eran facturas que ella les cobraba a las salas donde actuaba. El José Richarte estuvo un rato mirando la documentación, y cuando terminó, le dijo a mi madre, conformándola, María, este dinero lo ha ganado su hijo, nosotros aquí no podemos hacer nada. Con el tiempo, cuando se me han venido estas situaciones a la cabeza, he pensado mucho sobre cómo mi madre veía a mi hermana. Por un lado, era capaz de desvivirse y de alegrarse con su sola presencia, y por el otro, se le colmaba el alma entera de sospecha con todo lo que mi hermana hacía, con todo lo que mi hermana hablaba, con todo lo que ella relacionaba con su homosexualidad, porque si tenía que ver con eso, mi hermana era una cualquiera, una ladrona, una enferma.

La noticia cayó en el zaguán de la casa de mi madre como un estruendo de platos rotos, niña. Me la dio Alfonso Fernández, el Chilla, que era el hombre que distribuía las bebidas en el pueblo y al que yo conocía porque mi madre era clienta de él. Llamó muy acelerado a la puerta, y yo salí con susto porque a esa hora de la tarde, sería la una o así, nadie llamaba a la casa. Cuando abrí la puerta le dije Alfonso, ¿qué le pasa a usted?, y me dijo Franco ha

muerto, Manolita. Alfonso era de las pocas personas que me llamaban Manolita, porque era muy de izquierdas y siempre había sentido comprensión por mí. Yo no sé qué calores me entraron por el cuerpo, niña, que hasta empecé a sudar por la espalda. Es que no me lo creía, porque para mí Franco era inmortal, y aunque por Madrid circulaba que a Franco le quedaban pocos días, nunca pensé que ese momento llegaría. Le di las gracias, pero él me dijo que no había venido por eso, sino porque él creía que el pueblo iba a estar movido y nadie se iba a fijar en mí, que iba a poder salir a la calle vestida completamente de mujer. Me metí en mi casa como si no estuviera en este mundo, amodorrada perdida. Paco me miraba con preocupación, pero yo no atinaba a decirle nada. Es que Franco había sido, niña, la causa de todos mis males; yo no sabía ni cuántas cárceles había pisado por culpa de sus leyes. A mí me habían tachado de vaga, de maleante y de peligro social porque a él le había salido de los mismísimos pensar que nosotras las mariquitas éramos unas delincuentes. Me nació un sentimiento, niña, cómo decirte, como si en vez de sangre por mis venas corriera un arroyo de agua fresca. Al principio, bueno, no es muy cristiano alegrarse de la muerte de alguien, pero después me liberé de la culpa pensando en una frase que había leído en el libro de tapa rugosa y letras rojas y negras que nos leía don Julio Mariscal. *Esta humillante servidumbre*, decía, y al recordarla pensé que durante toda la vida me había acompañado una herida invisible, un arañazo que me desgarraba desde las entrañas a la garganta, y que tenía nombre, y se llamaba humillación. Así que sin más miramientos me puse unos tacones, un vestido y me recogí una cola. Como no sabía con qué excusa salir de la casa, agarré un papel en blanco de uno de los cajones del mueble nuevo del salón que le había comprado a mi madre y lo metí en un sobre, y con mucho acelero, para que Paco no me preguntara nada, abrí la puerta y desde el zaguán le grité ¡voy a Correos, ahora vengo! Por la calle iba muertecita de miedo, niña, porque, claro, si ya con la melena y la camisa metida en los pantalones la guardia civil me había llevado tantas veces a la cárcel, qué no me podía hacer vestida de mujer. Yo caminaba apretando la carta sobre mi pecho como la mujer que agarra un rosario, y enfilé

los pasos hasta Correos, que en aquella época estaba en la calle Corredera, la calle principal del pueblo. Cuando llegué hice como la que iba a echar la carta en el buzón, pero a mí el paseo se me había hecho muy corto, niña, yo quería que el pueblo me mirara como lo que era, Manuela Saborido Muñoz, Manolita, la artista Manolita Chen, así que la carta no la metí en la ranura, sino que me di otro paseo hasta mi casa, y cuando llegué tampoco entré, sino que me fui otra vez para Correos, y así hasta diez veces, niña, cinco de ida y cinco de vuelta, paseándome por primera vez por las calles de mi pueblo con la felicidad de las novicias cuando les da el fresco en la cara después de mucho tiempo encerradas. Aunque al poco tiempo, como siempre en mi vida, después de un momento de piedad y esperanza me llegó lo fatal, niña, la mayor desgracia que jamás me ha sucedido. Dos meses más tarde de la muerte de Franco falleció mi madre. Por fin descansó en paz, porque desde que mi hermana me llamara a París unos meses antes, la pobre mía ya no era la María la Viuda de siempre, ya ni hablaba y solo hacía ruidos con la boca cuando quería algo. Todo el rato la tengo presente, y mira que siempre intento traerme al recuerdo momentos felices con ella, pero la mayoría de las veces se me viene al pensamiento su cabeza agachada cuando los hombres hablaban de mí en la taberna, su medio llanto cuando mi hermano me repasaba el cuerpo con el cintillo, su ansiedad yendo a sacarme de la Casilla, poniéndose de rodillas ante el guardia y zarandeándolo por el pernil, esmorecida perdida, gritándole, entre el sollozo y la rabia, por favor, tengan piedad con mi hijo, sáquenlo de aquí.

El día 22 de noviembre de 1975 Manolita y yo teníamos actuación en La Fragata. A eso del mediodía llamaron a la puerta de mi casa, y yo pensé que vendrían buscando a la Salvaora, una travesti gaditana que ha sido una amiga que me ha acompañado toda la vida y que por aquella época vivía conmigo en un piso pequeñito cerca de la parada de metro de Iglesia. Me dirigí a la puerta pensando en lo que iba a decirle a la persona que la buscaba, porque la Salvaora nunca estaba en casa; sin en cambio, cuando abrí me encontré con la sorpresa de que quien llamaba era Manolita. No me la esperaba, porque en los últimos meses, con la enfermedad de su madre, iba y

venía de Arcos a Madrid y solo la veía una vez al mes en la sala donde actuábamos, además de que a mí no me suena que yo le dijera alguna vez dónde vivía; sin en cambio allí estaba. Iba vestida de oscuro, eso me llamó la atención, porque que yo supiera, por esa fecha su madre todavía no había muerto, así que yo no entendía el porqué de tanto luto. Entró en la casa como si estuviera huyendo de algo. Vístete, Petróleo, me dijo, nos vamos al velatorio de Franco. Le regañé diciéndole que si quería que nos mataran, que en todos lados se decía que los fachas allí eran cientos de miles, pero ella erre que erre con que la gente estaría triste y nadie se fijaría en nosotras. Además, mírame, me dijo, ¿tú crees que alguien va a pensar que me cuelga algo entre las piernas? La verdad es que la puñetera parecía una señora de esas que iban a misa. Llevaba una peluca rubia con la melena corta hasta un poco más abajo de las orejas, peinada con laca, que le hacía un peinado consistente como un seto. Pero yo no sabía camuflarme así, ¿tú comprendes?, la Petróleo no parecía tan señora como Manolita. Mi pelo en aquella época era rubio platino; mis trajes, brillantes, llamativos, con lentejuelas y unos escotes anchos como el golfo de Cádiz. Aparte de mis tetas, que yo no sé por qué eran dos balones de fútbol, todo de hormonas, ¿eh?, no te vayas tú a creer que estas tetas han sido operadas. Sin en cambio, conseguí encontrar un vestido negro con la brillantina algo gastada y unos tacones también negros, y el pelo me lo recogí con un roete. Yo sabía en mis adentros que nosotras dos allí íbamos a dar el cante. Cuando ahora lo pienso, me digo que no sé por qué me dejé convencer por Manolita. Fuimos andando desde mi casa hasta el Palacio de Oriente, que era donde velaban al Caudillo. La cola llegaba hasta yo no sé dónde. Había gente de todo tipo, amas de casa, trabajadores, generales, coroneles, niños, niñas, jóvenes, de todo. Y también nosotras, agarradas la una a la otra, intentando disimular nuestra mariconería. Para pasar más desapercibidas, nos metimos dentro de un grupo de señoras que también iban vestidas de luto. Aunque más que grupo era una fila negra larguísima, como una hilera de hormigas, me dijo Manolita, aunque yo no pensé en hormigas, sino en cucarachas, ¿tú comprendes?, en esos bichos que salen de los lugares más oscuros. Fuera me estaba helando de frío,

porque mi vestido era para estar en una sala de noche, no en una tarde de un 22 de noviembre a la intemperie en Madrid, así que cuando entramos en el palacio me dio alivio, aunque dentro apestaba a Varon Dandy, a putero que se echa más loción de la cuenta para que cuando llegue a su casa la mujer no se dé cuenta de que ha estado con otra. A poquillos hombres con esos olores me había tirado yo. Un grupo de viejas no paraba de mirarnos y murmurar, y yo se lo advertía a Manolita; sin en cambio, la joía más me tiraba para sí y más recta se ponía. Cuando nos fuimos acercando al ataúd de su Generalísimo, Manolita me dijo por lo bajini, como cuando hablábamos de nuestras cosas en el campo de concentración de Dos Hermanas, Petróleo, voy a tirarle un gargajo a Franco. Yo le contesté, con la voz baja también, pero ronca y enfadada, que me hiciera el favor, que allí estaba todo el Gobierno y todos los generales y coroneles y guardias civiles que se pudiera imaginar y que nos iban a llevar detenidas. Ella se defendió con que si me había creído que había ido al entierro de Franco para verle la cara de muerto al desgraciado, y yo, que los sudores se me caían por la frente de la tensión que estaba acumulando, le reproché que para qué me había llevado con ella, que de saberlo le hubiera cerrado la puerta en la cara, y ella, con la cabeza alta, mirando al frente y muy firme, me dijo que sola no iba a ser capaz de hacerlo, y yo ahí ya me callé, le dije que no tuviera coño de tirarle un escupitajo a Franco y me callé. Pero conforme le estaba diciendo la última frase la miré y vi que la muy pordiosera estaba trabajándose el gargajo en la boca y ya no me hablaba más. Le tiré un pellizco en la cintura, pero ella seguía con la compostura muy entera. Ya estábamos cerca del ataúd, pero más cerca me veía de encontrarme detrás de los barrotes de Carabanchel, ¿tú comprendes?, porque conforme avanzábamos hacia el féretro vi cómo unos guardias reales se llevaban a una mujer que le gritaba al muerto ¡ay, lo que hemos perdido!, ¡el mejor caudillo de España!, ¡el mejor de los españoles!, ¡cuánto te queremos!, ¡Dios te bendiga!; y también a un hombre que iba vestido con un mono de trabajo azul y que se plantó delante de la caja y se quedó muy quieto y muy tieso haciendo el saludo militar; entonces pensé si se llevan a esta gente que son fachas

como ellos, qué no nos harán a nosotras si a esta le da por tirarle una saliva a Franco y encima descubren que nos cuelga un rabo entre las piernas. Cuando nos pusimos delante del ataúd, la puñetera todavía seguía con el gargajo dentro de la boca. Cerré los ojos. Los allí presentes pensarían que una era muy devota y que estaba rezándole a Dios por nuestro Generalísimo, pero por dentro le pedía a Nuestro Señor que, por favor, a la loca del coño que venía conmigo no le diera por lanzarle un escupitajo a Franco. No sé el tiempo que pasó, solo sentí una mano en el hombro y creí que era la de un guardia que me arrastraría por el silencio del palacio, pero era Manolita, que me indicaba que ya nos íbamos. Mientras salíamos del palacio me fijé en su boca, y ya no tenía el escupitajo dentro. Como no nos habían detenido, le pregunté, por lo bajini siempre, porque todavía nos podían escuchar, si le había tirado el escupitajo a Franco, pero ella no me contestaba, sino que me indicaba con la cabeza que siguiera para adelante, y sonreía, y yo le insistía Manuela, que nos pueden detener, y ella que para adelante, agarrándome del brazo y riéndose como una colegiala que ha pegado un chicle debajo de la mesa del profesor. ¿Tú comprendes?

Yo no fui la misma desde la muerte de mi madre, niña. Al menos los dos primeros años, en los que le guardé el luto con mucha fidelidad, eso sí, ya siempre vestida de mujer, porque si algo me había hecho acercarme un poco al hombre que fui, fue saber que si mi madre algún día me hubiera visto de mujer la muerte habría llegado antes a mi casa, pero sin su presencia nada me impedía no ser quien yo me sentía, que es otra pena que siempre he llevado conmigo, que mi madre no aceptara que por mucho que lo que ella había parido viniera con una cola entre las piernas, en los adentros de su alma vivía el espíritu de una mujer. Le rezaba todos los días a la virgen por ella, porque la cuidara allá donde se la hubiera llevado, seguramente un sitio donde estaría muy sola sin mí y sin mi hermana Josefa. Para rezar, todas las tardes iba a una iglesia diferente. Un día me encontraba rezándole a la Virgen de las Nieves, la patrona de nuestro pueblo, en la iglesia de Santa María. Yo le

pedía que protegiera a mi madre, y también a mis hermanos y a mi hermana, que nos diera la paz de su rostro para que camináramos tranquilos por ese vacío tan profundo que nos había dejado. En la iglesia había dos mujeres mayores, arrodilladas en los reclinatorios de los bancos, muy separadas la una de la otra, y el párroco don Juan Vela, que hacía sus labores de la mañana. Todo estaba con mucha calma, niña, con ese silencio agradable de los templos, pero de pronto se escucharon pasos acelerados retumbar por las paredes. Miré hacia mi espalda por ver qué alborotaba nuestra paz y vi al alcalde de Arcos, don Laureano Barrera, junto a dos guardias civiles que se dirigían hacia mí. ¿Qué haces aquí, Manolo?, me preguntó el alcalde, aunque eso no era una pregunta, sino un reproche. Le respondí que estaba rezándole a la patrona por mi madre, que recién había fallecido. Él me dijo que allí no podía estar, con mucha furia en el tono, niña, y yo que por qué no, si estaba rezando por mi madre. Don Laureano me gritó que me levantara del banco, que no se podía estar en el templo de Dios vestido como un mamarracho, y yo me opuse, niña, pero los guardias civiles se me acercaron y me cogieron cada uno por un brazo y me arrastraron por la nave central de la iglesia como si fuese una fregona. Yo notaba que mientras esos guardias me conducían a la salida de la iglesia, los santos de la basílica me miraban con dolor. Por dentro lloraba, niña. No entendía por qué si Franco ya había muerto el alcalde había decidido que yo no podía estar allí por ir vestida de mujer, con lo buena católica y cristiana que yo era.

Era una cosa terrible ser homosexual en aquella incertidumbre. A los grises no les importó que en la televisión y en la radio se hablara de que nuevos vientos democráticos se acercaban. Hacían sus rondas nocturnas por el paseo de la Castellana y las compañeras me decían que de todas las prostitutas que había allí, las que siempre amoldaban su culo en el asiento trasero del furgón policial eran ellas, las travestis. Cuando una pareja de grises se acercaba para hacer las detenciones, uno le preguntaba al otro que a quién se llevaban y la pareja le respondía nos llevamos a los maricones.

Decían eso, los maricones, porque para ellos todas entrábamos dentro de la etiqueta, sin importar si se era homosexual, transexual o lesbiana. Del paseo de la Castellana las trasladaban a la DGS, en plena Puerta del Sol. Ahora ese edificio pervive en los ojos de los españoles como un símbolo familiar que sostiene el reloj que marca el fin de año en las televisiones de todo el país, pero la DGS era un infierno donde las torturaban y las inducían a la peor de las oscuridades. Yo, como me había retirado del mundo de la noche y el espectáculo, me libré de aquellas detenciones selectivas y perversas, pero muchas, hartas ya, intentaban suicidarse o saltaban por las ventanas de la comisaría. De la DGS eran transportadas a alguna cárcel, normalmente a Carabanchel. Lo llamativo era que, en realidad, los grises no podían declarar ningún motivo para esos arrestos y entonces se inventaban los atestados. Cuando iba a Carabanchel para acompañar a alguna compañera y exigir explicaciones por su arresto, en la mayoría de los informes se leía que habían sido detenidas por escándalo público y por encontrarse completamente desnudos, con esa *o* al final del adjetivo que era un regodeo más en aquellas detenciones injustas y desmedidas. Las actuaciones policiales hicieron que más compañeras se acercaran al FLHYT. Venían desesperadas y dolidas, porque con la muerte del dictador se pensaron que de verdad un nuevo tiempo llegaba a España, pero se encontraron con más crudeza en los grises e incluso en la sociedad y esto les afligía y les tapiaba las esperanzas que se habían hecho sobre un nuevo mundo. Manolita acudía cuando su agenda de artista se lo permitía. Aunque la mayoría del tiempo se encontraba ausente, estaba muy implicada con la causa. Ofrecía su ayuda o me llamaba por teléfono para preocuparse por si necesitaba dinero para el Frente, y cuando podía estar con nosotras, su presencia cautivaba a las demás. Era muy carismática y sus discursos estaban impregnados de furia y aliento. Tampoco es que fuese Mar Cambrollé. Como nos decía, no entendía de política, solo sabía que desde que nosotras teníamos memoria nos habían hecho la vida imposible y nos habían tratado como a bichos, y que todo el mundo tenía el derecho a caminar por la vida acompañada de aquello que más le preocupaba, la dignidad. Mientras tanto, los

arrestos y las vejaciones proseguían, aunque lo que más encendió la indignación fue la ley de amnistía de 1976, en la que se liberaba de la cárcel a los presos políticos del franquismo, pero no a los presos sociales, es decir, a los presos encarcelados por la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, entre los que la mayoría eran homosexuales y transexuales. Ese desprecio provocó que el 26 de junio de 1977 nos lanzáramos a las calles de Barcelona para pedir la derogación de la ley de peligrosidad. A mí me habían advertido que no fuese, que se preveía una carga de los grises tremenda, pero no hice caso, porque pensaba que si no salíamos en ese momento no íbamos a salir nunca. Llamé a Manolita. Sabía que ella tenía actuaciones en la ciudad y quedamos en Colón, el lugar donde se iniciaba la marcha. No vino sola, sino con unas amigas a las que me presentó como la Cindy, la Teté y la Violeta la Burra. Seguimos la marcha como pudimos, porque aquello se había ido un poco de las manos. Nadie se esperaba tanta travesti y tanto maricón luchando juntas, y en el ambiente había un poco de desconcierto. La gente levantaba pancartas enormes en las que podía leerse QUEREMOS QUE NOS DEJEN EN PAZ, DEROGACIÓN LEY DE PELIGROSIDAD SOCIAL, LLIBERTAT SEXUAL. A Manolita le encandilaban las travestis que iban a la cabeza de la manifestación. Míralas, Mónica, vestidas con tacones y maquilladas como las puertas, me decía. Conforme avanzábamos, gritando y cantando nuestras proclamas, multitud de fotógrafos y periodistas comenzaron a salir de yo no sé dónde, disparándonos flashes que parecía que revoloteaba a nuestro alrededor una milicia de luciérnagas. Todo discurría con una paz que a mí me desconcertaba, con ese tipo de sosiego que precede a un huracán. Seguimos hasta las Ramblas y fue ahí cuando escuché a la Cindy gritar ¡ya están ahí todos esos juepuchas! Miré al frente y los vi; siete coches de los grises esperándonos como unos ultras a los de su equipo rival. Yo creo que en cuanto divisaron la primera pancarta se lanzaron a por nosotras. Salían por todos lados; miraras donde miraras veías aparecer un casco gris y redondo como una rata. Nos molieron a palos. La manifestación empezó a dispersarse porque cada una de nosotras sintió la necesidad de ponerse a salvo. Yo no sabía hacia qué dirección corría, pero corrí y perdí a Manolita y

las chicas. Durante la carrera vi cómo las sillas de los bares se caían a mi alrededor. En muchos tramos apenas podía ver, pues los grises nos habían lanzado botes de humo. Por aquella niebla asfixiante no era extraño encontrarte a una compañera en el suelo con un gris encima azotándole con la porra, como tampoco era raro que sintieras un estacazo en las lumbares que te cortara la respiración. Una fuerza desconocida me hacía avanzar hacia algún refugio. Encontré una capilla con la puerta abierta en la que se estaban escondiendo muchos. Había alboroto y confusión. La mayoría se miraba los cardenales que les habían tatuado por el cuerpo. Yo estaba tan cansada que ni siquiera pensaba en eso. Apoyé la espalda en la pared, que sentí fresca y agradable. Cerré los ojos, pero tan solo unos segundos, porque en nada una mano se posó en mi hombro y escuché una voz que me dijo ¡Gracias a Dios, Mónica, estás a salvo! Era Manolita. Me levanté de sopetón y le di un abrazo. Le corría un riachuelo de sangre desde la sien a la barbilla. Le pregunté preocupada qué le habían hecho, y me dijo que no era nada, que le cayó un botellín de Coca-Cola en la cabeza. Estaba contenta. No entendía su alegría, así que le pregunté cuál era la causa de su felicidad, porque yo solamente atinaba a sentirme turbada y confusa. Hemos hecho historia, me dijo, esto va a salir en todo el mundo. Nos quedamos un tiempo largo en la capilla, no sabría decir cuánto. La gente, cuando vio que la calle se había tranquilizado, comenzó a salir del escondite, y Manolita y yo hicimos lo mismo. Al día siguiente, en Nueva York, todos los periódicos hablaban de lo que había ocurrido, aunque sobre todo esa protesta masiva sirvió para que al año siguiente otras ciudades hiciesen lo mismo, para que nuestras reivindicaciones fuesen escuchadas por los diputados, para que por fin, el 26 de diciembre de 1978, España excluyera de la ley de peligrosidad social a los homosexuales y nos legalizaran, pienso yo ahora, con la misma convicción con que en su momento se vio con buenos ojos el tabaco, algo dañino que podía convivir con la sociedad.

El 18 de febrero de 2004, después de descubrir que la señora que jugaba con su hija era Manolita Chen, Antonio y yo decidimos que lo más oportuno era establecernos en un punto intermedio entre el Hollywood y el chalé desde donde habían salido las dos. Volvimos a esconder el coche detrás de unos olivos próximos al restaurante. Desde el 25 de enero, cuando iniciamos la investigación, hasta aquel día, en realidad ninguno de los dos sabíamos todavía muy bien qué buscábamos, aunque, bien pensado, el objeto de la investigación sí que estaba claro; es decir, necesitábamos encontrar a quien distribuía la cocaína de los dos hombres que detuvo Antonio, y todo nos conducía a una sola persona. Antonio insistía en que la casa de al lado de la farmacia, de donde habían salido las primeras pesquisas requisadas a los dos hombres y a Rafael Flores Estrada, estaba a nombre de Manuela Saborido Muñoz, quien también era la dueña del Hollywood y del chalé que convergía con el negocio. A decir verdad, esos datos eran irrefutables, pero mi juicio se contaminó de la imagen familiar que había presenciado unas horas antes y me impedía dirigir el foco de la culpabilidad hacia ella, para desesperación de Antonio, que me insistía en que mis pensamientos estaban influidos por las emociones. Aquella noche no encontramos nada que la relacionara con la venta de estupefacientes. Ni aquella ni las posteriores. Tanto el chalé como el restaurante estaban situados en una zona muy alejada del pueblo, tranquila, y, salvo en las horas en que el Hollywood estaba abierto, ningún ruido perturbaba el silencio. Las horas muertas, que eran todas, las empleé en reconstruir el pasado de la sospechosa. Manolita Chen había sido un personaje famoso, sobre todo durante la década de los ochenta. Hizo multitud de entrevistas en revistas del corazón y en programas televisivos, donde hablaba sobre su vida. A partir de esta hemeroteca pude constatar que la investigada había pasado por la cárcel, sin que constaran antecedentes, pues la causa de sus detenciones habían sido las leyes franquistas que consideraban a los homosexuales como delincuentes. También comprobé que se había dedicado al mundo del espectáculo y que, después de su retirada, había abierto varios negocios, algunos relacionados con el mundo de la noche. Fue esto último lo que me hizo ver que las teorías de

Antonio no iban mal encaminadas, pues se suele cumplir el patrón de que quien trabaja en el ocio nocturno es tendente a la venta de drogas. El 4 de marzo de 2004 llevábamos ya quince días apostados en el carril. Sentíamos que el dispositivo estaba llegando a su final. Antonio, responsable de la investigación, se estaba dando por vencido al no encontrar pruebas relevantes. Pero ese día, recuerdo que ya de noche, me zarandeó del brazo y me dijo niño, por ahí viene algo, agáchate. Hacia nosotros avanzaba una sola luz, débil y temblorosa, supuse que por el efecto del choque de las ruedas sobre el terreno sin asfaltar. Es una moto, me confirmó Antonio. En efecto, se trataba de un ciclomotor tipo scooter, que aparcó en la cancela del chalé. Del vehículo se bajó un chico al que no pudimos ver con nitidez, ya que sobre el carril no caía otra luz que la de la noche. La cancela se abrió y el joven desapareció. En cuanto vi que el chico salía y se montaba de nuevo en la moto, agarré la maneta de la puerta del Seat León, dispuesto a salir y darle el alto, pero Antonio me detuvo y me indicó que dejáramos que abandonara el carril para no levantar ninguna sospecha. El carril tendría unos quinientos metros de longitud, distancia que, al menos a mí me lo pareció, se hizo eterna. En una señal de STOP que daba acceso a la carretera que conducía a la presa del pantano, Antonio logró colocarse detrás de la scooter e hizo señales con las largas al conductor, que inmediatamente entendió quiénes éramos y se bajó de la moto. Se dirigió tranquilo hacia él, más acostumbrado a este tipo de operaciones que yo. Buenas noches, caballero, ¿a qué ha venido usted a esta casa?, le preguntó, intuyendo que la respuesta del joven no iba a ser sincera. El chico le dijo que era la casa de su tía y había ido a visitarla. Por supuesto, Antonio no se lo creyó, y acto seguido le ordenó que pusiera las manos en el sillín y abriera las piernas. Niño, haz los honores, me mandó esta vez a mí. Le palpé al chico las axilas y descendí hasta los bolsillos, en cuyo interior había una cajetilla de tabaco, y dentro de esta una papelina que contenía una sustancia blanca. Aquí está, le mostré a Antonio. ¡Bingo!, dijo irónicamente, feliz, satisfecho, aliviado de que el aburrimiento le hubiese dado una tregua. La papelina, según los análisis posteriores del laboratorio, contenía 0,4 gramos de cocaína, con una pureza del

51 %. Aquella incautación nos sirvió para seguir confiando en el dispositivo de vigilancia. No obstante, de nuevo pasaron muchos días para que volviésemos a decomisar más droga. Hasta la fecha del 18 de abril de 2004 no observamos ningún vehículo sospechoso por las inmediaciones del chalé; sin embargo, aquel día, un Peugeot 306 llevó a cabo el mismo procedimiento que un mes antes la scooter. Llegó a la cancela, alguien se bajó y a los quince minutos volvió a salir. Este coche fue más difícil de interceptar. Intentó darse a la fuga. Lo detuvimos en una calle llamada Fuente del Río, que subía al pueblo y podía considerarse cercana a la carretera de la presa del pantano. En el coche viajaban cuatro personas, que respondían a los nombres de Alfonso, Juan Enrique, Jesús María y Lorenzo. A cada uno de ellos se les confiscó una cantidad que el laboratorio dictaminó de 0,4 gramos, con una pureza del 46,6 %. Con estas incautaciones, la actividad delictiva en el domicilio de la investigada se podía considerar reiterativa y prueba suficiente para establecer que Manolita Chen se dedicaba al tráfico de estupefacientes. Así me lo hizo saber Antonio, que temía que el rumor de que la guardia civil estuviera llevando a cabo registros en las inmediaciones de la casa provocaran un cese de movimientos, por lo que su intención era solicitar al día siguiente de la detención del Peugeot 306 una orden de entrada y registro al domicilio. No obstante, a la mañana siguiente, mientras preparaba el papeleo necesario para presentárselo al juez, dio con unos documentos que podían relacionarse con la investigación que estábamos efectuando, unos archivos que sacudían las certezas que habíamos adquirido con las incautaciones. Me llamó a su despacho. Estaba inquieto, y en cuanto entré, me miró y me dijo que había algo que tenía que ver.

IV
Libremente, con la libertad del amor

A partir de 1978 empezó el boom de Manolita Chen, niña. Cuando ya pasé el luto de mi madre, aunque la pena de su ausencia siempre estuvo conmigo, me recorrí toda España y parte de Alemania con la compañía Manolita Chen que fundé en París. Era libre de hacer lo que yo quería y la primera estrella de los espectáculos, no tenía que rellenar las actuaciones de nadie ni rendirle cuentas a ningún representante que lo que quería era llevarse mi dinero. Aunque lo que más ilusión me hizo fue montar mi propia sala en Arcos de la Frontera. Compré un local que se llamaba El Camborio, un sitio precioso en el casco histórico del pueblo, y lo convertí en una sala de travestis. Ya te puedes figurar el escándalo que aquello supuso a finales de los setenta. Mi familia me decía que estaba loca, que el local me lo iban a cerrar y que no me iban a dar permiso. La verdad fue que lo del permiso resultó lo más difícil, porque no había quien me lo concediera. Pero yo tenía dos amigos curas de Jerez que eran mariquitas, niña, porque en la Iglesia de siempre ha habido mucha homosexualidad, si no, dime tú a mí quién iba a llevar los estandartes y quién iba a vestir a las vírgenes, eso lo hacíamos nosotras, las mariquitas, y por mucho que siempre se hayan partido las sotanas con que éramos una plaga que ensuciaba la decencia y la bondad que nos inculcaba el Señor, lo cierto es que en la Iglesia también cojeaban, y eso lo sabe Manolita porque lo ha visto. Estos amigos curas tenían mucha mano con el gobernador de Cádiz, que también era de la pared de enfrente, como decíamos en aquella época, aunque casado con una mujer. Así que un día fuimos los tres para hablar con este hombre por ver si lo convencíamos de que me aceptara el permiso. El gobernador se resistió, niña. Nos decía que

un sitio así iba a dar mucho que hablar en la provincia y no quería que relacionaran su nombre con la homosexualidad. Lo que pasa es que a este hombre le gustaba saltar patrás y era conocido que visitaba ciertos lugares, y como una ya había tenido que convencer a mucha gente, me acerqué a su oído y le prometí lo que yo sabía que él quería, y uno de los curas me oyó, niña, porque echó la cara a un lado y le dio dos o tres besos a su crucifijo. A mí me dio mucho apuro haberme insinuado al gobernador delante de los siervos del señor, pero yo allí estaba para lo que estaba, y al final el permiso se me dio. El Camborio era una cueva pequeña con las paredes calizas. Lo decoré con una luz muy suave, con mucho dorado en los objetos que lo adornaban, los candelabros, los marcos de los cuadros y las puertas, los bordes de las mesas y las sillas, todo de oro, niña, como mi nombre, y con fotos de mis espectáculos en Barcelona, Madrid y París. Las mariquitas que contraté eran todas nativas de Arcos, yo no quería gente de fuera. Aquello era horroroso, niña, porque claro, yo estaba acostumbrada a trabajar con Paco España, Bibi Andersen, la Petróleo o el mismísimo Bambino, pero ellas no habían pisado un escenario en su vida, y entonces las enseñé a maquillarse, a vestirse, a ensayar y a actuar. Aquellas mariquitas no eran como yo, las pobres mías nunca habían salido fuera y no habían podido trabajarse el cuerpo como una. Tenían una barba espesa que les ensuciaba la cara. Yo les ponía espuma de afeitar, las rasuraba y después las maquillaba. Pero fíjate tú, niña, que después del maquillaje ya no se podían reír, porque se les formaban unas grietas que daba miedo verlas, aunque ellas se creían que para atraer al público tenían que estar sonriendo todo el tiempo, y en los ensayos tenía que reñirles y decirles ¡no reírse!, para que no parecieran un payaso de película de terror. A mucha gente le irritaba que en su pueblo hubiera una sala donde mariquitas actuaban y provocaban al público; sin embargo El Camborio fue todo un éxito, niña, porque también había gente que con la muerte del Caudillo sacó sus pensamientos libres a la calle y les deslumbraba que en un pueblo pequeño se pudieran ver espectáculos de ese tipo. Venían de la Sierra de Cádiz a vernos, y de Jerez, y de Puerto Real y San Fernando. De todos los sitios; y el pueblo, revolucionado, niña,

imagínate. Yo estaba loca de contenta. Fue tanto el éxito que con la compañía Manolita Chen montábamos actuaciones en todas las ferias de la provincia y hasta en algunas del resto de Andalucía. Mi favorita era la de Arcos. En esos primeros años de libertad escocíamos mucho a los antiguos y a los señoritos. Recuerdo que la caseta Manolita Chen estaba al lado de la de los políticos y gente de derecha, y que además la suya se llamaba así, La Derecha, porque ellos querían dejar claro que, aunque ahora los rojos pudiésemos andar con mayor alegría, iban a intentar devolvernos a la grisura. Pensaron que mi caseta no iba a triunfar, que nadie iba a querer acercarse a ver a unos maricones miserables, como ellos nos llamaban, cantar y bailar, pero esa gente no tenía la ciudad que Manolita había vivido, esa gente no había visto las salas y los teatros de Barcelona o Madrid abarrotados de público aplaudiéndonos como a unas diosas. Al ver las colas que había en mi caseta el coraje les ardería en la boca como con el café hirviendo, tanto que fíjate que, mientras yo interpretaba *Colorines* y me paseaba por el escenario con un vestido blanco y un sombrero rojo cantando *que sepan los serafines y las niñas de Triana que visto de colorines, que visto de colorines porque a mí… me da… la gana*, ellos ponían el *Cara al sol*. En todo este ajetreo de actuaciones, de viajes y de trasnochar, siempre me acompañó Paco, niña. Desde que mi madre murió nunca me dejó sola, a todos lados venía conmigo. A mí me tenía enamoradita, con ese pelo negro y ese bigote y ese lunar en la cara, pero claro, tenía algunos problemas con él, y es que para empezar yo le sacaba dieciséis años y durante la enfermedad de mi madre él era menor, porque en aquella época la mayoría de edad era con veintiún años, así que yo nunca quise declararme por mor de que la gente me considerara una asaltacunas, que ya bastantes habladurías aguantaba una por ser mariquita. Además, que yo con mis treinta y tantos años era una señorita, y en mis delirios de amor, porque yo siempre he sido muy romántica, niña, soñaba con que algún hombre se me declarase, con que algún varón me dijese las cosas que leía en el libro de tapa rugosa y letras rojas y negras en el título que nos leía a mí y a la Joaquinita don Julio Mariscal en el corral de la taberna de María la Viuda, cosas como *si no te conozco, no he*

vivido; si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido, pero el chiquillo nunca me decía nada, aunque yo le notaba el ardor en los ojos. No fue hasta una noche, después de actuar en El Camborio y en la que él ya era mayor de edad, que mientras me acompañaba a casa yo lo notaba muy nervioso, así que le pregunté ¿Paco, a ti qué te pasa? Y él, timorato como era al principio, me dijo a mí nada, Manuela. Yo odiaba que me dijese Manuela, niña, porque me hacía ser una señora a su vera, además de que eso infundía respeto y yo quería lo contrario, que me lo perdiera, así que le dije que no me llamara así, que me dijera Manolita, y le agarré la mano para tranquilizarlo y la tenía sudandito, niña, de lo nervioso que estaba; entonces le insistí de nuevo para que me contara sus preocupaciones. Que creo que me gustas, Manolita, me confesó, y yo, con malicia, porque quería que me dijese algo más bonito, más romántico, más pasional, le pregunté ¿solamente te gusto? Desde hace mucho tiempo me tienes loco, me dijo llenito de vergüenza. No eran las palabras que yo esperaba, porque mi Paco, el pobre mío, siempre ha sido muy hombre y nunca ha tenido nada de poeta, pero a mí me sirvieron, niña, y con toda la energía del mundo lo acerqué hasta mí y le planté un beso en la boca, en medio de la calle, con lengua y todo, porque poco me importaba lo que la gente pudiera pensar y hablar si Paco me había dicho eso, si Paco estaba tan dispuesto como yo a que fuese el amor de mi vida.

Los varones de la familia no veíamos con buenos ojos lo que hacía. Yo siempre había sido más transigente con ella, así que fue a mí a quien se dirigió primero para contarme sus deseos de abrir El Camborio. Lo hizo un día que yo ayudaba a nuestro hermano Pepe con los preparativos de la taberna que iba a abrir en el local de mi madre. Por supuesto, me opuse, porque sabía que aunque después de la dictadura el Ayuntamiento de Arcos estaba gobernado por los comunistas, y aunque ellos no tenían reparos con la gente de su condición, el pueblo no estaba preparado. José Antonio, es mi deseo, me dijo, y la verdad que poco pude hacer, porque mi hermana había ganado mucha fuerza con su popularidad. Aparecía

mucho en la tele. En el pueblo empezó a considerársela un mito. Era una algarabía para la gente verla pasear por la calle agarrada de la mano de Paco. Se paraban con ella, le pedían autógrafos, la invitaban a todas las fiestas que había. Mi hermana era todo lujo y exhibición, y ella lo disfrutaba. Pero una vez se le fue de las manos. Creo que fue en la feria del pueblo del año ochenta. Alquiló el cine San José para hacer una función por todo lo alto, acompañada por las chicas que actuaban con ella en El Camborio y por la banda que tenía contratada, la orquesta Tropical. Como mi hermana quería llenar el cine, que era enorme, dijo que Televisión Española iba a acudir al evento. Eso no fue lo que más llamó la atención. Lo más atractivo era que también garantizó que iba a desnudarse para su pueblo. Mi familia no se tomó bien aquello; sabíamos que en los bares y en la calle nos señalarían, que iban a murmurar a nuestro paso mira, por ahí van los hermanos de la que enseña el pito. Ella también se arrepintió, porque una tarde en la que estaba tomándome algo en su bar se acercó a mí y me dijo José Antonio, yo no quiero hacer el desnudo, pero ya se habían vendido todas las entradas y no quería timar a su gente. A pesar de la vergüenza fui uno de los que compró una entrada. Creo que el único de mis hermanos varones. El cine estaba a reventar. El público se reía con las canciones picantes que mi hermana cantaba; sin embargo, a mí me corrían los nervios por las piernas. Desde luego, no los había engañado. El cartel de la función decía, en letras mayúsculas, LA CHEN Y SU SHOW, ERÓTICO… ERÓTICO… A la mitad, la función estaba en su momento más alto, y la gente sabía que llegaba la hora en que Manolita Chen iba a enseñar su intimidad. Primero se quitó el chal que llevaba por encima de un sujetador dorado y de unas bragas del mismo color. Lo único que llevaba puesto. Los murmullos empezaron a corretear por el cine, y cuando ya me preparaba para verle su cosa, ella le dio un alto a la orquesta, que dejó de tocar, y le dijo al público, con mucha pompa, estoy delante de mi pueblo, si mi pueblo quiere verme desnuda, que aplauda mucho, y si no aplaude, es que no me quiere ver como Dios me trajo al mundo; ustedes sabéis quién soy, me habéis visto nacer, me habéis visto crecer, me habéis visto correr por vuestras calles. A mi hermana se le notaba la

emoción en la voz, y yo creo que el público sintió que, en realidad, el deseo de la artista de su pueblo era no desnudarse y seguir con la función como si nunca les hubiese prometido el integral. Así que nadie aplaudió.

Todos los años, por el mes de septiembre, llegaban en caravana al recinto ferial. Durante varios días, me sentaba en un banco para contemplar cómo aquellos hombres malhablados plantaban una estructura de hierro enorme y desplegaban unas lonas inmensas sobre ella. Vivíamos en Albacete y en Albacete nunca ocurría nada, así que para los que nacimos en los sesenta, cuando la carpa ya estaba terminada y encendían en el frontal las luces amarillas y rojas donde se leía Teatro Chino de Manolita Chen, era uno de los mejores días del año. Desde la década de los cincuenta hasta los ochenta recorrieron en autobús todas las ferias de España, trayéndonos a las familias humildes a trapecistas, lanzadores de cuchillos, cómicos y lo que más llamaba la atención del público, bailarinas y vedetes ligeras de ropa que esquivaban la censura y llevaban a los ojos de los españoles el morbo y la sensualidad que no podían encontrar en otros lugares. Yo arrastraba a mi madre de las faldas hasta la entrada para que convenciera al Linternas, el guarda de la carpa y amigo de la familia, de que hiciera la vista gorda y me dejara pasar. Los espectáculos empezaban con las acrobacias de los chinos. Tenían melenas larguísimas y un kimono dorado y azul y hacían malabarismos poniéndose en cada mano dos o tres palos muy finos en cuyas puntas hacían rodar un plato durante varios minutos, o un chino le lanzaba a otro cuchillos y le dibujaba la silueta en un tablón de madera. Mi favorito era cuando se colgaban del pelo sujetando a una bailarina con las manos. El hombre que los dirigía se llamaba Chen Tse-Ping, y todos lo llamaban Chepín. Era el dueño del circo y el marido de Manolita Chen. La conoció en el Teatro Circo Price de Madrid, donde trabajaba como bailarina dentro del grupo conocido como Las Chavaris. Se casaron y fundaron el Teatro Chino de Manolita Chen, que ha sido el circo ambulante más espectacular que ha tenido este país. Cuando los lanzamientos de cuchillos terminaban, el telón se abría y aparecían las bailarinas con vestidos típicos de Cuba, con frutas en la cabeza y un top que les cubría solo

los pechos, con la falda de flecos larga solo por detrás, para que los espectadores pudiéramos verles las piernas desnudas. Mi madre se escandalizaba y se pegaba todo el número tapándome los ojos. Ya luego salía ella, la reina, la verdadera Manolita Chen. Aparecía con un biquini de lentejuelas plateadas, unas alas de mariposa hechas de perlas en la espalda y un collar también de perlas que le llegaba hasta los tobillos y que era lo que más le tapaba las carnes. Cantaba canciones pícaras moviendo los pechos, subiendo las escaleras del público y apoyando las piernas en los reposabrazos de los caballeros, sentándose encima de ellos y diciéndoles a sus esposas que no se preocuparan, que ella solo iba a calentarlos. Ganó mucho dinero, hacía hasta seis funciones al día, todos los artistas querían trabajar con ella. Fue el lugar donde se forjaron cómicos como Fernando Esteso o Arévalo, estrellas de primera línea en el humor español, no como con la otra, porque, a ver, que alguien me diga a quién ha sacado la otra para adelante. Desde la primera vez que vi a la auténtica Manolita Chen, no a aquella usurpadora travesti y barata, quise actuar en su circo. Y lo conseguí como cantante, pero ya en los ochenta, cuando estaba venida a menos. Al Teatro Chino le llegó su fin por culpa de artistas, por llamarlas de alguna manera, como su copia. Vedetes que no tuvieron reparos en destaparse cuando murió la dictadura y mataron con sus integrales la morbosidad y el juego que ofrecía el Teatro Chino. Para hacer la competencia, la verdadera Manolita contrataba a cantantes de primera línea, como Raphael, Marifé de Triana o Miguel Ríos, pero ellos acaparaban casi toda la recaudación y ya ella recurrió a artistas menos reconocidos como yo. A todos los seguidores de la verdadera Manolita Chen nos daba rabia cuando veíamos a su usurpadora con aires de grandeza pasearse por los platós de televisión hablando de las hazañas que había conseguido como travesti. En aquella época le diagnosticaron un cáncer que le paralizó media cara e hizo que abandonara el teatro. Por último ya ni nos acompañaba, se quedaba en el hotel. Por eso aplaudí mucho aquella vez en que la ratera estaba en un programa vestida con un pañuelo con estampados sobre la cabeza y con un punto rojo en la frente, y nuestra Manolita, la auténtica, sacó las pocas fuerzas que tenía e intervino telefónicamente para dejarle

las cosas claras. Manuel, ¿tú conoces bien el abecedario chino?, le preguntó nuestra Manolita. No, no me he casado con ninguno, yo estoy con un andaluz, contestó la otra, con voz de mosquita muerta. Nuestra Manolita le dijo que estudiara que la palabra Chen acababa en *n*, y que esa palabra era el nombre de su marido. La otra le sonreía a la presentadora, como queriendo victimizarse, pero la nuestra culminó su intervención diciéndole lo que todos pensábamos de ella. Me das mucha pena, Manuel, la escarmentó. Te veo muy lááááánguida.

Nadie se puede imaginar lo difícil que en nuestra época fue el amor para nosotras, niña. Amábamos ocultas en habitaciones de pensiones baratas, con hombres casados la mayoría de las veces. Eran amores pasajeros que acababan con despedidas ásperas, con adioses ligeros y avergonzados. Yo viví todo eso hasta que tuve la suerte de encontrar a mi Paco. Cuando empecé con él mi vida era una marabunta de viajes y actuaciones, porque el éxito acompañaba a Manolita Chen como las estampas de los santos a los creyentes. Para que Paco no se sintiera solo, le di las llaves de un chalé que compré en una zona tranquila y alejada del pueblo, en el cruce de la carretera Algar-Arcos. Le dejé la casa bien aseada para que se pudiese instalar, y un tocadiscos muy bonito que me traje del rastro de Madrid con el que pudiera escuchar música. La casa era grande, con un salón amplio y cinco habitaciones. En el exterior tenía mucho terreno, niña, un césped muy bonito que Paco se encargaba de cuidar, y a la derecha un invernadero con un huerto enorme para que se entretuviera con las plantas y la siembra. La verdad es que yo siempre estaba deseando volver al pueblo, porque a pesar de la gloria y la fama que iba alcanzando con la compañía Manolita Chen, de una vida donde yo me gestionaba los números y decidía dónde se hacían las actuaciones, la felicidad más pura y más limpia me la daba la compañía de Paco; solo junto a él caminaba *libremente, con la libertad del amor*, como había leído en el libro de tapa rugosa y letras rojas y negras en el título que nos leía a mí y a la Joaquinita don Julio Mariscal en el corral de la taberna de María la Viuda. Paco

y yo decidimos reunir toda la dicha que nos rodeaba con un casamiento. Claro, nosotros sabíamos que la Iglesia no nos iba a casar, así que lo hicimos por el rito trans, niña, que consistía en hacerte un corte pequeño en las venas y unir nuestras sangres después de hacer unas oraciones. Nos casamos junto a otras tres parejas de mariquitas, que no eran tan modernas como yo ni tan lanzadas; por eso ellas no querían que se supiera lo de la boda. El banquete, muy humilde y a escondidas, fue en la carpintería del Ayuntamiento de Arcos. Compramos vino, aceitunas, hicimos papas aliñás y toda la madrugada estuvimos las cuatro parejas cantando y tocando las palmas. El amor a mí me hacía sentirme afortunada, niña, porque cuando yo jugaba con la Joaquinita a las familias en el corral de la taberna de mi madre, soñaba con tener marido e hijos. Aunque, como siempre en la vida, cuando alguien tiene éxito aparecen voces desde lo más profundo de la tierra que desean hundirte en la miseria. En España había otra vedete que también se llamaba Manolita Chen. Era muy conocida. Tenía un circo ambulante junto a su marido chino y se recorría todas las ferias de España. Esta señora comenzó a decir que yo le había robado la identidad, que me había apropiado de su nombre. Se dedicaba a irrumpir en los programas de televisión donde me hacían entrevistas para insultarme, para hacerle saber al mundo que ella era mayor que yo y que mi notoriedad y mi éxito venían de utilizar su nombre, que la gente pensaba que acudía a ver el espectáculo de la verdadera Manolita Chen y lo que se encontraba era una copia barata. Esas declaraciones eran muy injustas, niña, porque yo nunca quise adueñarme del nombre de nadie, ¡si yo en mis inicios había decidido llamarme Meli y la Bella Elens, qué culpa tenía yo de que aquella amiga de mi madre, Marisa Castro, dijera que a mí, con el arte que tenía, deberían llamarme Manolita Chen, y de que aquello corriera como la pólvora, tanto que hasta la gente de mi pueblo ya no me llamaba ni por Manuela, sino Manolita Chen o la Chen a secas! Qué le hago yo si era el pueblo el que me había bautizado. En una Feria de Sevilla de principios de los ochenta coincidió que las dos habíamos montado un espectáculo y que su teatro se encontraba justo al lado del de donde yo hacía mis funciones. Nosotras

movíamos a mucho público, niña, y la gente, figúrate, loca perdida buscando y preguntando cuál era el teatro de la Manolita Chen de Arcos y cuál el de la Manolita Chen del chino. Allí se estaba armando la marimorena, se había formado un tapón descomunal en la acera de los teatros y tuvo que acudir la policía para poner orden. Yo salí de mi camerino por ver qué ocurría, y en la calle me encontré un corrillo en torno a alguien que gritaba. Era la Manolita Chen del chino, que decía que qué vergüenza que existiera gente como yo, que yo había puesto mi función al lado de la suya para confundir al público y que comprara entradas de mi espectáculo creyendo que era el suyo. Yo, la verdad, estaba cansada ya de tantos agravios, y esta vez no me callé y delante de todo el mundo dije, intentando poner orden, que mi show se llamaba *La tierra y el compás* y se hacía en el teatro de la derecha, y que el de ella se hacía en el de la izquierda y se llamaba *El león rojo*, que no se quedaran escuchando a esa señora que ya chocheaba y que fueran entrando a los teatros. La mayoría del público, claro, niña, empezó a entrar en el de la derecha, porque los espectáculos de la Manolita Chen del chino estaban ya anticuados y los míos ofrecían el glamur que la gente buscaba en las vedetes. Eso debió de encenderla, y se abalanzó hacia mí agarrándome de los flecos de flamenca. ¡Ratera, usurpadora, ladrona!, me gritaba mientras me sacudía. Yo la advertí de que se estuviese tranquilita, porque no podía consentir que esa mujer me tratase así delante de mi público, pero ella me preguntó, llamándome Manolo, que si yo sabía quién era Yan Wang, y como le dije que no, se puso a decir que era el dios de la muerte chino y que se me iba a aparecer para llevarse a todos mis seres queridos. A mí aquello me dolió, porque mi madre había fallecido hacía unos años ya, pero yo todavía la tenía presente. Además, quién era esa señora para llamarme Manolo cuando hasta mis hermanos ya empezaban a decirme Manolita. Yo te prometo que desde que salí del teatro me juré que no iba a pelear, y menos aún con ella, que ya se le veían las hechuras de anciana, pero me lastimó tanto lo que me dijo que, sin saber cómo, la agarré del pelo y empecé a tirarle, y ella, para defenderse, hizo lo mismo, así que imagínate qué espectáculo, las dos revoleadas en la acera. Niña, tuvo que venir la policía a

separarnos. Hasta cerraron los dos teatros. Y las dos Manolitas, escoltadas por la policía y jaleadas por un público que seguramente se había quedado más satisfecho con aquella pelea que si hubiera podido entrar en alguno de los teatros, nos dirigimos a hablar con el juez para que se solucionara lo de nuestro nombre.

Yo nunca he sido un abogado barato. El bufete que dirigía había sido de mi padre, que se granjeó una buena reputación en Sevilla a base de defender a los señoritos durante el franquismo. Eso nos proporcionó un estatus del que nunca me quise desprender, así que por aquellas fechas, es decir, a principio de los ochenta, el bufete de abogados Familia Aguilar Herrera seguía cobrando unos buenos honorarios a sus clientes. Me refiero a este hecho para constatar que Manolita Chen era alguien que podía permitirse mis servicios, alguien a quien le iba bastante bien en sus negocios. La casualidad quiso que el incidente entre las dos Manolitas ocurriera en Sevilla, donde por aquellos años más actuaciones hacía la Manolita Chen de Arcos, y, para tener cerca a su letrado, ya que al final pasaba el mismo tiempo aquí que en su pueblo, la artista me contrató. Me llamó desesperada al despacho, insistiéndome mucho en que tenía que ir cuanto antes al juzgado de guardia de delitos y faltas, en la calle Manuel Bermudo Barrera, junto a la avenida Menéndez Pelayo. Cuando llegué para la exposición de hechos, casi pelean otra vez. De hecho, lo habrían conseguido si no fuera por los guardias civiles que velaban por la seguridad y el buen comportamiento dentro del juzgado. No era nada nuevo. Manuela Fernández, la otra Manolita Chen, ya había denunciado a mi clienta en varias ocasiones sin demasiado éxito, y el juez parecía que quería acabar con el procedimiento lo antes posible. A la mañana siguiente, en la sala n.º 2 del juzgado de guardia, tan solo nos encontrábamos cuatro personas, es decir, la denunciante y su abogado y la acusada y yo. Durante el proceso, el abogado de la denunciante alegó que el nombre artístico Manolita Chen se empezó a utilizar por su clienta después de haber finalizado la contienda civil, cuando decidió fundar junto a su marido, el empresario Chen Tse-Ping, su propio circo. De

hecho, el nombre estaba compuesto por el diminutivo de Manuela y el sobrenombre Chen, el cual provenía del nombre de pila de su cónyuge, por lo que instaba al magistrado a considerar que el apodo Chen no era una elección arbitraria y trivial, sino que se correspondía con la decisión de su clienta de establecer lazos de unión entre su nombre artístico y el de su marido. Además, el abogado mostró alguna cartelería de diferentes años en la que aparecía anunciado el nombre artístico de su defendida. Por el contrario, yo expuse que mi clienta, a pesar de que en sus inicios contrajo otros nombres como Meli o la Bella Elens, fue reconocida popularmente como Manolita Chen debido a que una vecina de su pueblo la bautizó con ese nombre. Asimismo, también le enseñé al juez alguna otra cartelería de diferentes años con los distintos nombres artísticos que mi defendida había utilizado. Ninguno de nuestros alegatos tenía validez legal ante el juez. En realidad, todo se reducía a un hecho muy simple, quién de las dos había registrado antes su nombre artístico. La sorpresa para el magistrado vino cuando ninguna de las dos Manolitas declaró haberlo hecho. Ante esta situación, nos llamó aparte tanto al abogado de la señora Manuela Fernández Pérez como a mí para manifestarnos su manera de proceder, lo que nos sorprendió a los dos. La intención del magistrado era escribir en un papel una *n* y en otro una *m*, ponerlos dentro de una bolsita, que las implicadas en la causa sacaran uno de los papeles e inscribieran en su nombre la consonante que les hubiese correspondido. Ambos abogados discutimos el acuerdo con nuestras clientas, que accedieron. Mi defendida fue la primera en extraer el papel, pudiendo leerse una *n* en él; por lo tanto, a la señora Manuela Fernández Pérez le competía cambiar la *n* de su nombre artístico por una *m*. Al salir del juzgado nos dirigimos a la calle Adriano del Valle, donde se encontraba la Oficina Española de Patentes y Marcas, para registrar el nombre. Legalmente, Manolita Chen, con *n*, solo hay una en España. Y es ella.

La Manolita de principios de los ochenta era ya una señora que rozaba los cuarenta años de edad. Esa condición de mujer madura,

en el sentido de que ya había dejado atrás la inocencia secular de quien se inicia en la vida, empapaba de turbación el espíritu de los vecinos. Por mucho que el pueblo se hubiese desquitado de la opresión y el yugo franquista votando en las primeras elecciones municipales al socialismo y el comunismo, aún no estaba preparado para acoger a una figura tan impropia para aquella época, a una personalidad con un empaque y un descaro que ponían al límite las nuevas transigencias. Como había hecho de niño, comencé de nuevo a seguirla, aunque con persecuciones tímidas. Me había ganado una reputación de profesor y escritor del pueblo que no me permitía las sospechas de ser un acosador. Además, que era cansado ir detrás de los pasos de alguien mientras te saludaban o te paraban por la calle. Como Manolita tenía El Camborio, mis argucias para rondarla no precisaban de tanta elaboración, bastaba con acercarme al bar y sentarme a contemplarla. Elegí como rutina ir a la hora del café. Era la franja horaria en que el local estaba menos concurrido. Las primeras veces no le dije nada, el pudor me atenazaba los deseos de entablar un diálogo con ella, pero un día en que en lugar de un manchado pedí un gintonic, me animé a sentarme en la barra y a iniciar una conversación. Buenas tardes, Manolita, ¿no te acuerdas de mí?, le dije. Ella me contestó, con la voz serena y pausada que utilizaba en las entrevistas de televisión, que la perdonara, pero que no me recordaba, y ya le dije que era Paquito Sevilla, el hijo de Paco Sevilla que iba a la taberna de su madre. ¡Hombre, Paco!, se sorprendió, ¡qué maldad no haberme acordado!, y se rió. Discúlpame, pero es que han pasado muchos años. ¿Cómo está tu padre? Le dije que con muchos dolores, y ella me contó lo de la muerte de su madre, algo que ya se sabía en el barrio. Para mi sorpresa, Manolita no dejaba que la conversación se aburriera y me preguntó qué era de mi vida. Le conté que había estudiado Filología Hispánica en la Universidad de Cádiz, que allí había conocido a mi mujer, que había publicado un par de libros, que tenía dos hijos y que trabajaba de profesor en La Salle. Sin darme cuenta, me había bebido la copa y se acercaba la hora de marcharme, aunque aquella charla breve se me quedó flotando como un nenúfar. Regresé en varias ocasiones. Hablábamos de lo que la vida nos había deparado

durante el tiempo en que no nos habíamos visto, aunque lo más preciso sería decir que hablaba ella, pues sus experiencias habían sido más interesantes que las mías. Me embobaba escucharla describir la primera vez que paseó por el Parque Güell, o la primera ocasión en que miró al cielo y se admiró con los pináculos de la Sagrada Familia; claro que ella no los definía así, se refería a ellos como los conos. O aquella ocasión en que paseó junto a Violeta la Burra por los Campos Elíseos de París y se imaginaba agarrada del brazo de un parisino que la llevara a tomar un buen vino a una librería, porque Manolita, a pesar de que la única cultura que tenía eran los versos de *La realidad y el deseo*, siempre sufrió una gran atracción por personajes ligados a lo bohemio, algo que a mí no me sorprendía, qué era ella en el fondo sino una paria apartada de los designios de la sociedad. Una especie de envidia me aprisionaba el cuerpo. Todo en su vida había sido diferente a en la mía. En la suya había aventura y desdicha, personajes secundarios que cambian el carácter de la protagonista, la heroína que se marcha y vuelve victoriosa. En cambio, de mí quién podría escribir nada. Yo había seguido las flechas que me dirigían al café de la mañana con dos cucharadas de azúcar, al siéntese bien Marquitos, al vamos a ver a mis padres, al buenas tardes don Paco en los paseos vespertinos, al sexo con calcetines y camiseta de tirantas, al buenas noches, cariño, y el choque de espaldas, al cansancio, al silencio, al aburrimiento. En los momentos en que la rutina me golpeaba acudía a mi cabeza la voz de Manolita después de darle una calada a un cigarro o un trago a su copa. No solo eso, también la visión de sus labios pintados, y la sombra azul de sus ojos, y su mano de señora rebosante de bisutería dorada acariciándome el brazo después de mencionar algún recuerdo del pasado, y su medio sonrisa mirándome atenta, intensa, y el perfume de su cuello, y sus vestidos y su elegancia y su todo. Una fuerza indómita me sacudía durante las horas de guardia en el colegio o mientras mi esposa me hablaba o mientras el sueño. La necesidad de terminar de almorzar y subir a El Camborio para estar cerca de ella me trastocaba el día, bailaba en mi pensamiento como esas muñecas de ballet que dan vueltas. No sabía qué nombre ponerle a aquel torrente de sensaciones, hasta que finalmente di con

él. Deseo. Cuando su marido venía sentía celos, aunque no solo con él, también con cualquiera que se le acercara, y era mucha la gente que iba a visitarla, porque Manolita era la atracción principal del pueblo. Una noche en que a eso de las diez mi mujer ya estaba dormida, me vestí y subí a El Camborio. No había nadie, era un día entre semana y el pueblo a esas horas estaba desierto. Me alegró que en el bar solo nos encontráramos nosotros. Bebíamos y charlábamos como siempre. Era tal la asiduidad con que la visitaba que ya repetíamos conversaciones. Esa noche, la intensidad con que la escuchaba era mayor. No sabía por qué, quizás fuese porque no dialogábamos ella tras la barra y yo sentado en un banco, sino en una de las mesas con butacones que había en el saloncito del local. No recuerdo qué me contaba; solo sé que en un momento, mientras le contemplaba los labios articulando palabras, me acerqué a ella y la besé. Paco, ¿qué haces?, me preguntó aturdida. Le contesté que últimamente pensaba mucho en ella. No me creo eso, me replicó, incrédula todavía por el beso. Me dijo que lo nuestro era imposible, que los dos estábamos casados y que yo no era mariquita. Yo le respondí que qué importaba eso, que si acaso su Paco era mariquita, que ella me gustaba como mujer. Manolita se puso nerviosa, e intentando que aquello terminara lo antes posible, me dijo que ella estaba muy enamorada de su Paco y que era el amor de su vida.

En la vida todo tiene su final, niña, y cuando este llega hay que estar preparadas para ocupar el tiempo, para que cuando veamos sus ojos de pantera esperándonos tras la mata estemos llenas de quehaceres, que es la única forma de combatirlo. Si no, mírame a mí en prisión, que no paro quieta. Ya sabes que aparte de mi trabajo en la biblioteca también voy al módulo de los hombres a cuidar a los enfermos de sida, a los drogadictos y a los negritos que han llegado en patera. Yo lo hago porque es una misión que me ha encomendado la mano invisible de Dios. Y para no pensar. Cuando cumplí cuarenta años, en el año 1983 creo, decidí terminar con algo, niña, mi carrera como vedete. Con cuarenta es la edad a la que debe retirarse alguien de los escenarios. Una ya no aguanta los viajes de la misma forma, las carnes empiezan a flojearle y no se tiene el mismo espíritu. Además, que mi Paco era muy celoso y no

soportaba que me paseara medio desnuda por los escenarios, y quería que yo me dedicara a la vida del huerto y la familia. Mi última actuación la hice en Sevilla, en el Teatro de Triana. Aquello fue, niña, el mayor espectáculo que se hizo en la época. El teatro estaba a reventar para despedirme y vinieron todas a cantar conmigo, Paco España, la Petróleo, Violeta la Burra. Cuando terminó la función subió mi Paco con un ramo de flores tan grande que no entraba ni por la Puerta de la Maestranza, y con un busto en miniatura de mi perfil más representativo, más icónico, como dijo más tarde Violeta la Burra. Debajo del busto estaba escrito el nombre de Manolita Chen bañado en pan de oro. Aquella retirada no quería decir que yo fuese a desaparecer, todavía quedaba Manolita para rato. Abrí varios negocios, porque todo lo que había hecho como vedete había que invertirlo; si no el dinero desaparece, niña, no es como el agua, que se abre el grifo y corre y corre y parece que nunca se va a agotar. El dinero es otra cosa, es un pozo al que acudes por necesidad, y de tanto ir con el cubo una y otra vez se seca, por eso hay que cuidarse de que esté siempre lleno. A Paco lo dejé a cargo de un hotel que abrí en Bornos, un pueblo que está muy cerca de Arcos. Lo hice porque se tenía que mover, niña, no podía estar todo el día como un marajá alrededor del huerto. Él me lo agradeció, así podía tener su propia independencia económica. El hotel de Bornos se llamaba Hotel Manolita Chen y era la posada más bonita que había en la Sierra de Cádiz. Tenía muy pocas habitaciones, unas quince, pero adornadas con muebles antiguos, candelabros, cuadros, ángeles, vírgenes de tamaño real, cristos crucificados y niños quitapesares. También abrí otro local nocturno que se llamaba La Cuadra, porque Arcos vivía de noche, niña, como los vampiros. Pero la joya de la corona en aquel entonces fue la venta Los Tres Caminos. El local estaba al lado del chalé que le compré a mi Paco, en el cruce de la carretera Algar-Arcos. Era como un caserío enorme, con un salón amplio a la izquierda decorado al estilo rural, porque yo en esa venta no quería la pompa y la grandeza de mis otros negocios, sino servir las comidas de mi madre y de mi abuela, ya sabes, los guisos que se hacían en las casas, los pucheros y los cocidos. Era mi hermana la encargada de la cocina. A la gente le encantaba; venían de todos

lados a ver el restaurante de Manolita Chen y a conocerme. Fíjate, niña, que vendía las botellas de vino con mi foto en la etiqueta a dos mil pesetas. Por allí pasaron todo tipo de artistas, escritores, poetas, toreros, políticos, y además, tenía un muestrario con fotos de hombres de Arcos, todos casados, niña, aunque yo nunca he dicho sus nombres. Ellos lo hacían porque su familia necesitaba esas pesetas. Entonces, los señoritos que venían de Madrid me decían con este o con este, señalando la foto y así a la noche tenían sus citas y los hombres del muestrario se llevaban un dinerito a casa. Si te digo la verdad, niña, la venta Los Tres Caminos ha sido una de las mayores satisfacciones de mi vida. Ya más tarde abrí el Hollywood, a la orilla del lago de Arcos, con un embarcadero para que la gente se diese su paseo por el lago como si estuviese en los canales de Venecia. El Hollywood fue ya el escándalo. No solo era un restaurante, sino también un museo donde podías ver los cuadros, las lámparas y las estatuas que iba adquiriendo. Tenía algunos bungalós donde la clientela, la mayoría políticos y jueces de la época, podía hacer la noche. Si esos bungalós hablaran, niña, a más de uno le saldrían canas. Yo les dejaba la llave en uno de los maceteros de la entrada, y dentro de la habitación, la cama calentita, perfumada, con su botellita de vino y su cañita de lomo, y allí se llevaban a quien se tuvieran que llevar, porque yo nunca me metía en nada, niña, todo era ver, oír y callar, cada uno con su vida lo que quisiera. Al marcharse, ellos sabían muy bien dónde tenían que dejar las llaves y el dinero. Pero, como te dije antes, todo tiene un final, niña, y el de algunas de mis posesiones llegó de la forma más desagradable, por buena, ¿sabes?, por querer ayudar al prójimo. Y como la gente acudía a mí, pues una se dejaba llevar por la lástima, y si me decían Manolita, necesito su aval para abrir una tienda, o Manolita, ¿podría ayudarme a comprarme un coche?, ¿con la hipoteca?, o Manolita, si invierte en esta empresa ganará algo de dinero y nos ayudará a crecer, firme aquí, y una, que todo lo que tenía de buena lo tenía de tonta, pues firmaba, y claro, no a todo el mundo le iba tan bien como a mí, y la que rezaba como avalista era la mua; entonces, cuando dejaban de pagar, los bancos venían a por mí, y me quitaron y me cerraron algunas cosas, aunque lo que más

me dolió fue mi casa del Rocío. He perdido mucho, pero no sabía decir que no, niña, y esa fue la única causa de esta desgracia, ¿sabes?, que antes de entrar en la cárcel estuve enferma con depresión y todo. Te cuento esto porque cuando estés fuera y digas que has estado conmigo en prisión, no hagas caso a los comentarios que te hablen de que Manolita Chen hizo cosas malas o que Manolita Chen tiró su dinero y cosas de esas. Fue por ser más buena que el pan, ayudar al prójimo y cumplir lo que decía Nuestro Señor en sus mandamientos.

Dime tú a mí quién se puede permitir comprar tantos locales y tantas figuritas en apenas seis o siete años. Claro que a la familia le vino de escándalo, ya ves, a todos los sobrinos los tenía con un trabajo, sobre todo en la venta Los Tres Caminos. A mí también me vino muy bien lo del restaurante, porque así me quitaba de la casa y de escuchar a mi marido todo el día quejándose. Además, que a una le agradecían ese trabajo; ya ves, mi solomillo en salsa de la abuela, que en la carta se llamaba solomillo Manolita Chen, apareció en las mejores guías de viaje de España. Por la venta pasaba todo Cristo. Mira, tengo aquí el álbum, mira aquí, esta con este hombre que no sé quién es, espera, que detrás de la foto tiene que venir su nombre; este es, José María Ruiz-Mateos. Mira mi hermana qué elegante sale a su lado, con su traje de chaqueta blanco, qué señora con ese peinado y los pendientes dorados a juego con el broche de la solapa. El hombre de esta otra foto sí sé quién es, Ramón Mendoza, como para no saberlo; ya ves, si cuando mi hermana nos dijo que venía a la venta el presidente del Real Madrid a mi marido por poco no le da un patatús, si ese hombre no se despegaba del presidente ni un momentito, todo el rato enseñándole estampitas y llaveros para demostrarle su madridismo, y qué guapa aquí mi hermana de nuevo, se le notaba la edad, que ya habían llegado los cuarenta y tantos, pero es que ella siempre fue muy estilosa. En esta sale ella con un grupo de hombres que no sé tampoco quiénes son, ¿a ver? Narcís Serra pone detrás, un político, de esos venían muchos por el bar. Será el de las barbas negras que sale en el medio, porque

todos lo miran. Fíjate en ellos y en mi hermana, con el cubata aguado. Eso se hacía mucho en la venta, beber y cantar hasta las tantas, ya ves; sí, mira esta otra, con Camarón, el mismísimo Camarón. Era muy amigo de mi hermana, por aquí detrás tiene que haber una dedicatoria; mírala, para mi Manolita, de Camarón de la Isla. Mi Manolita, dice. ¿Cuánta gente puede decir que Camarón la ha llamado así? Hay otra en la que está con Antonio Gala, un escritor. Lo recuerdo porque mi hermana no paraba de mencionarlo cuando la llamó para avisarla de que venía. Míralos, dándose un abrazo. Yo no sé de dónde le nacía esa fijación por los escritores, pero le gustaba estar rodeada de ellos, les pedía escritos y poemas, los enmarcaba y luego los colgaba en sus negocios. Esta es mi favorita, sentada en la mesa y conversando con el Litri, el mejor torero y el más guapo que ha habido nunca. Es con el que más nerviosa me puse, porque en mi casa se veían mucho las corridas y a los toreros los admirábamos bastante; ya ves, el Cordobés, Jesulín de Ubrique, pero de todos, mi favorito era este, el Litri. Por mucho torero y mucho artista que viniera, a mí la vida de mi hermana seguía sin gustarme. Era una vida nocturna, siempre ocupada en ir y venir a los negocios que tenía, siempre con mucho dinero encima, y a mi hermana, sobre todo por culpa de Paco, empezó a rondarla gente mala. Yo notaba que la impresión sobre ella había cambiado, que alrededor suya se amontonaban nuevos murmullos, no aquellos de otra época que decían que era un mariquita y que hacía cosas de mujeres, sino otros más peligrosos, habladurías que la emparentaban con negocios oscuros, cotilleo todo, porque yo siempre he estado juntito a ella y nunca la vi hacer nada malo, pero, ya ves, mi hermana ayudaba a animar esos chismes con la vida de parranda que llevaba, juntándose con las compañías de Paco, unos hombres mal vestidos que estaban todo el día en la barra del bar y se quedaban hasta el amanecer haciendo Dios sabe qué cosas.

Esta mañana, cuando el funcionario me llevaba al módulo de los hombres para cuidar a los enfermos, he pasado por la sala de visitas y te he visto a través del cristal hablando con un hombre. ¿Quién es,

niña? ¿Por él decías cuando estabas en el delirio cris… cris…? ¿Se llama Cristóbal? Yo creo que sí, porque te hablaba muy cariñoso y te agarraba la mano y sería que en el desvarío de la fiebre te acordabas de él. Verte me ha puesto feliz. Es importante tener a un marido cerca que te proteja. A mí mi Paco me alivió muchos pesares, porque con un varón a tu lado la gente te respeta más, no se atreve a causarte tantos agravios por mor de que tu hombre se revuelva y se tome una revancha. Cuando mi Paco era todavía un chiquillo y aún no se me había declarado, recuerdo que la guardia civil seguía acosándome en el pueblo, sobre todo cuando montaba las casetas de la feria. Yo siempre he sido muy trabajadora, niña, y no me importaba hacer guardias mientras se arreglaban las barras, los farolillos o el escenario, más que nada para que no me robaran. Una madrugada, no me acuerdo ya ni de qué año, dos guardias civiles se presentaron en la caseta. ¿No nos vas a invitar a una copita?, me dijo uno de ellos. Ya bien bebidos y bien comidos, uno se fue para afuera y el otro se quedó dentro. Prepárate, Manolo, que tengo una cosita buena para ti, me dijo, y después me mordió, me pegó, me hizo de todo. Pero si este fue malo, cuando entró el segundo resultó todavía peor, niña, de lo cochambroso que fue conmigo, ya te puedes imaginar. Luego mi Paco cumplió la mayoría de edad y estas cosas dejaron de ocurrirme. Él me amparaba. Es que mi Paco siempre ha tenido mucho genio y eso se sabía. Yo estaba muy orgullosa de haberme casado con él, pero a mí aquella boda trans, tan en secreto, tan modesta, me supo a poco. Yo quería casarme de blanco, con el arroz volando y su banquete. Le conté mis ilusiones a Paco. Al principio se me mostró un poco escamado, niña, no porque no me quisiera, siempre estuvo muy enamorado de mí, sino porque él decía que quién nos iba a casar, que la Iglesia no lo iba a hacer, y que aunque los tiempos hubieran cambiado, los que mandaban, que por las noches estaban en mis locales hartándose de todo, de cara al público no dejaban de verme como un transexual. Entonces yo hablé con don José Delgado Orellana, que era un historiador que estudiaba los escudos de los pueblos y teniente alcalde del pueblo, por ver si nos podía casar por lo civil. Y aceptó. Yo creo que este hombre supo enseguida que mi boda era histórica,

que iba a ser de los pocos que podrían decir que habían oficiado el matrimonio de un mariquita, y por eso me dijo que sí. El caso es que nos casó, clandestinamente, no te vayas tú a creer, niña, que aquello era ilegal. Yo rezaba todavía como Manuel Saborido Muñoz; sin embargo, en los papeles pusieron Manuela, y no sabes tú la alegría que me dio ver por primera vez mi nombre de mujer estampado en una hoja. Mi Paco estaba que eso daba alegría verlo, con un traje de chaqué negro, el chaleco gris y la corbata ancha y de brillantina, y con ese bigote y ese lunar que tenía en el lado derecho. Guapísimo. Y yo imagínate, por fin me veía de blanco delante de toda mi familia y de mis íntimos amigos, que fueron los únicos invitados, porque claro, como la boda era ilegal no queríamos mucho bombo, aunque a la ceremonia vino Televisión Española y alguna prensa, sin que yo concediera exclusiva ni nada, ¿eh?, que yo nunca he vendido mi vida, eso siempre lo he dejado claro. Con esa boda se cumplió uno de mis mayores sueños. La pena fue que mi madre no pudiese verlo, aunque si ella hubiera estado viva no sabría decirte cómo se lo hubiera tomado. A la vida plena y de dinero que Paco y yo llevábamos no le sobraba nada, niña; éramos, como se suele decir, totalmente felices. Aunque en realidad sí que pensaba que nos faltaba algo. Hijos. Una descendencia a quien dejarle todo lo que había acumulado. De todas formas, como te digo, era dichosa. Mi felicidad no solo venía de haber celebrado mi amor con Paco, sino de inculcarle la idea de formar una familia conmigo, porque yo no quería que mi Paco se me desmadrara, que tanta vida nocturna lo llevara a las drogas y las mujeres, que de esos los había visto yo a puñados en Barcelona y en Madrid y en París. A los hombres hay que atarlos en corto, niña, eso me lo han enseñado estos ojos, y a veces la familia es la única manera de hacerles sentar cabeza. Aunque con mi Paco eso fue difícil.

¿Que mi hermana ha dicho que los casó don José Delgado Orellana? Eso no fue así, a esta mujer la memoria ya no le funciona bien, normal; ya ves, con tantas entrevistas que le han hecho en su vida, de tanto pensar y pensar en nombres, se le emborronarán los

recuerdos. A mi hermana la casó José Antonio Román, que era el teniente alcalde de la época. Ella sabría que era un José y diría el primero que se le pasó por la cabeza. Hazme caso, que yo tengo los recortes en otro álbum. Voy a traerlos. Mira, aquí está, en la portada del *¡Hola!* Qué preciosa sale en la foto. El lugar donde posa tiene que ser su casa de la calle Romero Gago, porque la puerta da a un patio. Ya puedes ver que en esa época todo lo decoraba con las obras de arte que compraba. Mira la lámpara de la mesilla con el pie dorado, yo no sé qué obsesión tenía esa mujer con el oro. Y mira dónde está sentada, qué asiento más antiguo, de tres plazas. Mi hermana siempre ha sido así, lo ha decorado todo como si fuese una reina, porque dime tú a mí, ¿qué persona compra esos muebles para una casa? La frase de arriba del titular dice Manolita Chen, el transexual de Arcos de la Frontera. Qué necesidad de poner la palabra transexual ahí, cuando si alguien mira la foto no piensa que esa persona alguna vez ha sido un hombre, pero la prensa siempre ha llamado así a mi hermana, la transexual, la travesti, todo para vender portadas, me imagino; ya ves, bien podrían haber puesto la artista Manolita Chen, la empresaria Manolita Chen, la vedete Manolita Chen. Y mira, mira lo que dice el titular. En navidades me caso de blanco y por la Iglesia. Por la Iglesia, dijo la joía, otro embuste, porque la Iglesia la tenía crucificada. A mi hermana la casaron en un salón del Ayuntamiento de Arcos de la Frontera. Aquí tengo algunas fotos, ¿ves?; mira el banderón corinto con el escudo de Arcos en el centro y los apellidos de ellos a los lados, mira, mira bien, Saborido y Barbas bordados en color oro, como siempre. Paco iba muy guapo, pero mi hermana, es que mi hermana estaba espléndida con esos labios de rosa, con ese velo cayéndole hasta un poco debajo de los hombros, con esa diadema de perlas en la frente y ese ramo de flores entre las manos. Volaban los flashes que aquello parecía la boda de Lolita. Y después, el banquete fue un jolgorio; normal, ya ves, nada más con el arte que tenía mi hermana, que nos hizo una actuación de las suyas, cantando *Colorines* y *Ojos verdes* y otras más picantes de las que ella hacía de su puño y letra, como la del lunar, que se la cantó a Paco en la portañuela. A mi hermano el mayor le iba a dar algo allí mismo,

aunque gracias a Dios que nadie mencionó los cintillazos y las palizas. Lujo, mucho lujo por todas partes; ya ves, quería que la gente siguiera hablando de ella, pero de otra forma, no como mariquita, sino como la poderosa Manolita Chen. Fue una noche inolvidable, aunque si yo digo mi verdad, a mí la relación de Paco con mi hermana nunca me gustó, nunca la entendí. Lo primero de todo, la diferencia de edad. Después estaban los regalos que ella le hacía, que si un chalé, que si un hotel a su nombre. Yo no quería dudar del amor de Paco, pero muchas veces pensaba si él no la vería como un sustento. Y también estaba la mala vida que yo le suponía, esas ausencias tan continuas, que muchas veces mi hermana dormía en su casa y él en el chalé que ella le había comprado, y a saber lo que hacía allí con esos amigos suyos que siempre lo acompañaban. Y la gente lo hablaba, no te vayas tú a creer que no, que se comentaba que si Paco no se estaría aprovechando de Manolita, que si mi hermana le hacía todos esos regalos porque era el único hombre que se atrevía a estar con un travesti y ella lo quería conservar, cosas de esas, y ya ves, nosotros, que los veíamos en su día a día, los encontrábamos felices, porque a Paco se le veía enamorado, pero claro, una cosa son los hombres en la casa, donde son capaces de ser remilgados y callados y obedientes, y otra su comportamiento fuera, más con todo el dinero que este manejaba. Yo temía que mi hermana se viera perjudicada por todo eso, que si era verdad lo que sospechaba de Paco, esto es, que con sus amigos en el chalé hacía de todo menos hablar de partidos de fútbol, mi hermana recibiera un golpe más grande que el que le dio la muerte de mi madre, y ya ves, desgraciadamente el tiempo me dio la razón, porque fíjate en cómo terminó Paco y cómo terminó mi hermana.

Los documentos decían que unos años antes, seis, para ser exactos, otro equipo de la unidad de investigación llevó a cabo un dispositivo cuyo móvil se asemejaba al nuestro. La finca que vigilaban se situaba cerca del cruce de la carretera Arcos-Algar, a unos cuatro o cinco kilómetros al este del Hollywood y del chalé donde residía Manolita. El dispositivo lo mantuvieron durante dos periodos

diferentes, finales de 1997 y principios del 98. Lo curioso de lo que nos detallaba el informe era que dicha finca, que se trataba también de un chalé, había sido comprada por Manuela Saborido Muñoz a principios de los ochenta, y durante un tiempo había estado a su nombre. La vigilancia que los compañeros llevaron a cabo fue muy parecida a la nuestra. Procedían al registro de los vehículos cuando estos se alejaban de la vivienda y extraían a los ocupantes cantidades pequeñas de cocaína. Al haber estado el inmueble a nombre de Manuela Saborido Muñoz, y al tratarse esta de una reconocida empresaria de negocios nocturnos en Arcos de la Frontera, las primeras sospechas se encauzaron hacia ella. No obstante, no se la veía rondar por las inmediaciones del chalé, por lo que centraron sus miras en el inquilino, su marido Paco. La mañana del 24 de abril de 1998 detectaron más movimientos de los previstos en la casa, por lo que se dirigieron al Juzgado de Guardia de Primera Instancia n.º 1 de Arcos de la Frontera con motivo de solicitar la correspondiente autorización para su entrada y registro, la cual les fue concedida, efectuándose la misma sobre las 16:40 de ese día. A la casa entraron tres guardias civiles, un secretario judicial y el propio juez. Llamaron a la puerta. Aunque escuchaban movimientos en el interior del domicilio, nadie les abría. Uno de los guardias civiles vio a través de una ventana cómo Paco se encaminaba hasta el cuarto de baño con una bolsa blanca de supermercado. Acto seguido, escucharon el sonido de la cisterna. Ellos siguieron llamando, esta vez con el mazo, y cuando se disponían a derribar la puerta, Paco les abrió. Lo redujeron y lo esposaron. El primer registro se le hizo al propio Paco, a quien se le encontró dinero en el bolsillo derecho del pantalón, cuya suma ascendía a treinta y cuatro mil pesetas. Además, en el bolsillo de la camisa localizaron una papelina. Después de esas primeras pesquisas, Paco los guio, esposado, al cuarto de baño, donde hallaron restos de polvo blanco en el váter y, tras del retrete, una bolsa que contenía la misma sustancia. Encontraron más restos en el interior del desagüe, del invernadero, por el suelo de la casa y en la bañera, así como medio paquete sin cortar en el fregadero. En la mesita de noche localizaron otro montón de billetes, cuya suma ascendía esta vez a cuarenta y

cuatro mil pesetas, y en otra habitación, detrás de un cuadro, otro monto, que esta vez llegaba a la cifra de cien mil pesetas. Encima de la mesa del comedor había una libreta con cuentas, un cuchillo y unas tijeras con restos de sustancias, dos papelinas verdes y dos plásticos circulares. El perro que los acompañaba empezó a ponerse nervioso y los dirigió a la arqueta donde desembocaba el desagüe del váter, y allí encontraron una bolsa, en cuyo interior había varios envoltorios con cocaína. Con valor de quinientas mil pesetas, especificaban los documentos. Paco fue trasladado al juzgado de guardia, donde se le dictaminó prisión preventiva a la espera de juicio, que no se efectuó hasta diciembre de 2001. Se le condenó a cuatro años de cárcel y una multa de un millón de pesetas, acusándolo de delito contra la salud pública. Cuando le dictaron sentencia ya había cumplido tres años de cárcel, por lo que supusimos que había salido de prisión meses después del juicio. Le pregunté a Antonio que adónde nos llevaba todo eso. Sabía que lo leído ampliaba nuestra investigación. Él me respondió que solo era una información a tener en cuenta, pero que los papeles hablaban de un hecho pasado y que seguíamos con el dispositivo como hasta entonces, ya que en ningún momento habíamos percibido la presencia de Paco y en el chalé tan solo vivían Manolita y su hija, por lo que ella seguía siendo la principal sospechosa. Aun así nunca me quedé tranquilo, y al rato, instalados ya en la vigilancia, le deslicé a Antonio mis inquietudes. Le dije que cabía la posibilidad de que Paco estuviera dentro de la casa, escondido, dirigiendo el mismo negocio que seis años antes. Antonio me dijo que me callara.

V
La libertad no es de este mundo

Lo había conseguido casi todo, pero una espina se me hincaba en la boca del estómago y no me dejaba pensar en otra cosa. Yo quería ser madre, niña, y en los ochenta no es como ahora, que ya se habla de que los homosexuales se van a poder casar legalmente y de la posibilidad de que puedan adoptar. En aquella época todo eso sonaba a chino, por mucha democracia y muchas libertades que nos quisiesen vender. Quería ofrecerle a una criatura todo el amor que yo guardaba dentro, y también comenzar, como había hecho con El Camborio, un nuevo mundo que nadie antes hubiese visto, un mundo en el que una mujer trans, como nos llaman ahora, pudiera saciar el instinto primero de una hembra, que no es otro que el de dar a luz. Mi Paco me apoyaba, y eso para mí era suficiente. Yo pensaba y pensaba en cuántos niños y niñas había sueltos por el mundo sin el amor de una madre, y me lamentaba, porque créeme, niña, en mi carrera como artista conocí a muchas travestis que se dejaron llevar por el alcohol y la droga y echaron su vida a perder, pero también vi a muchas otras que se hubiesen dejado cortar un dedo por tener hijos. Un día, gracias a esa mano invisible de Dios que todo lo ponía a mi alcance, don Alfonso Perales Pizarro, que era el presidente socialista de la Diputación de Cádiz y que sabía de mis intenciones, se presentó en la venta Los Tres Caminos con su madre, doña Emilia, una fanática mía, niña, yo creo que nunca he tenido una seguidora así. Cuando me acerqué a su mesa para darles la bienvenida al restaurante, y después de que charláramos un rato sobre las cosas de la vida, don Alfonso me preguntó si quería seguir siendo madre, y yo le respondí que sí, que tenía mucho amor que dar, que quisiera parir aunque fuera un búcaro. Me informó de que

había algo que me podía interesar, una niña con síndrome de Down que había sido abandonada en la puerta del Hospital de Mora, muy enferma, tanto que hasta los doctores le daban nada más que seis meses de vida. Yo le dije a don Alfonso que si en esos seis meses ella tenía una madre, pues eso que se llevaba al cielo, y ya él me informó de que fuera al día siguiente al hospital y hablara con la madre superiora por ver qué se podía hacer, que le dijera que iba de su parte. Paco no entró, porque él decía que eso era cosa mía, pero yo por dentro sabía que es que estaba cagadito de miedo. La madre superiora, sor Pilar, aún me acuerdo de su nombre, ya sabía que yo iba a presentarme en el hospital, porque don Alfonso la había avisado, así que me estaba esperando. Me llevó por un pasillo muy largo, en la tercera planta, por el que sonaban los ecos de los tacones. Lo recuerdo porque estaba muy nerviosa, niña, y ese ruido me ponía los pelos de punta. Sor Pilar me contaba las dificultades de la niña, que era muy pequeña de tamaño para los tres años que tenía, que padecía de problemas cardiovasculares y que los médicos pensaban que le quedaban seis meses de vida. Entramos en una sala donde había muchos recién nacidos metidos en aquellas urnas, todos enfermos. Las monjas que acompañaban a la madre superiora sacaron de una de las incubadoras a una niña que cabía en una caja de zapatos, la trajeron hasta mí y me la pusieron en los brazos. Cuando yo sentí a esa cosita arrullada en mi pecho, niña, no me lo podía creer, se me caían las lágrimas de la felicidad. La directora me dijo que la niña se llamaba Rosita, y que ellas aceptaban que yo la quisiera adoptar, pero que para no precipitarnos lo mejor era que estuviera unos meses conmigo de prueba, por ver si yo me adaptaba a ella y ella a mí. Durante la semana o dos semanas que estuvimos esperando a que se arreglara el papeleo, Paco y yo preparamos una habitación para ella, porque en la casa no teníamos ningún cuarto para los hijos, qué cuarto íbamos a tener si yo había nacido en un cuerpo seco. Entonces ya me avisaron de que podía ir a recogerla. La primera noche que la tuve en casa ni dormí, niña, toda la madrugada en vela mirando cómo se movía en su cuna, y acordándome de mi madre, porque, fíjate, quién iba a decirle a María la Viuda que su Manuel iba a darle una nieta. Fue cuando

pensé que si conseguía adoptarla no iba a llamarla Rosita, sino María, como ella, para que cuando mi hija me preguntara por su nombre yo pudiera decirle que se llamaba así por su abuela.

Yo era muy joven, novicia todavía, cuando me uní a las hermanas de la caridad de Cádiz. Ardía por tomar los hábitos, acercarme a la llama de Dios que me crecía dentro como una lámpara de fuego, que diría san Juan. Y mi ventura creció cuando presencié el lugar donde iba a vivir y a trabajar, aquel hospital al lado de la playa de La Caleta, blanco como las almas puras, con patios donde se filtraba una brisa que purgaba nuestros rostros y grandes recovecos que recibían los atardeceres más hermosos que jamás hayan visto mis ojos. Las hermanas de la caridad hacíamos una gran labor en el barrio de La Viña, pobre y humilde como Cádiz en general. Allí veíamos de todo, porque se nos acercaba mucha gente con necesidades. Aun así, a todas nos sorprendió que dejaran a una niña abandonada en la puerta del hospital. Era algo que a nadie le había sucedido. Ahora que lo pienso con más calma, no fue tan descabellado lo que hicieron esos padres. Yo confío en la bondad de las personas, e imagino que no podían mantener a una niña enferma y prefirieron que fuesen las hermanas quienes se ocupasen de la pequeña. La encontró la hermana sor Inés, que se la llevó muy acelerada a la madre superiora. Pronto nos congregamos todas alrededor del bebé. Venía en una caja de frutas cubierta de mantas; los padres eran tan pobres que no pudieron comprar ni una cesta, y la niña estaba tan débil que no tenía fuerzas ni para llorar, así que sor Pilar se la llevó con mucha rapidez a los médicos, que la incubaron de inmediato y nos dieron instrucciones de cómo había que alimentarla. La llamamos Rosita, no sé por qué, porque era del color de la tizne. Podríamos haberla llamado Bruna, que aludía con más precisión al tono de sus cueros; sin embargo, así se quedó, Rosita. Yo fui la monja que se la ofreció por primera vez a Manolita. Era una señora muy elegante, con mucha presencia, aunque se la veía algo compungida, con una expresión de lástima que por momentos parecía teatral, como si estuviese en una escena de su

propia película. Sin embargo, cuando le entregué a la niña, sí apreciamos una emoción verdadera, idéntica a la de las madres primerizas que reciben al hijo para realizar el primer contacto de piel con piel. Pero a Manolita le cambió el semblante cuando sor Pilar, para agilizar las gestiones, le pidió que le entregara su DNI. Ahí su cara se transformó. Parecía haber entrado en un estado de parálisis, tanto que la madre superiora tuvo que repetirle, en un tono cercano al ruego, que necesitaba su carné de identidad para empezar a tramitar la acogida. Manolita hurgó en su bolso, buscando su cartera, y, todavía aturdida por la petición, le dijo a modo de disculpa a la madre superiora que no traía el carné. Doña Pilar le insistió en que lo necesitaba, que si no lo tenía, le dijera a su marido que fuese a recogerlo a Arcos, y mientras tanto ella podía estar con la niña en uno de los patios. Nuestra madre superiora se lo dijo sin acritud, solo con el deseo de que Manolita hiciese todo eso para que pudiera adoptar a Rosita. Ella, agitada, volvió a rebuscar en su bolso, y después de unos segundos, sacó la cartera, y de esta su carné de identidad, y nos miró con una sorpresa que todas juzgamos impostada y un alivio fingido idéntico al de quien ha querido ocultar algo. La impostura le desapareció mientras le entregaba el documento a doña Pilar. Ya no sonreía, las lágrimas le caían por la cara limpias y con fuerza. Cuando recibió el documento, doña Pilar lo examinó durante un momento y, cuando levantó la vista, le preguntó a Manolita por qué lloraba. Ella le respondió que era por la niña, que estaba muy contenta, pero la madre superiora le dijo que no la creía, que lloraba porque en el carné ponía Manuel Saborido Muñoz. Manolita asintió entre lágrimas como los niños que han sido descubiertos haciendo alguna travesura. Doña Pilar le dijo que no se preocupara, que para ella era Manuela, y con un bolígrafo rotulador dibujó en el carné una *a* al lado de Manuel. Manolita firmó los documentos necesarios y se marchó. Nosotras nos quedamos impresionadas, al menos yo, porque desde que la vi aparecer me pareció una señora, y en ningún momento pude vislumbrar ninguna facción, ningún tono de voz ni ningún gesto que me hiciese considerar que aquella mujer, aunque fuese durante milésimas de segundo, había podido ser en otro tiempo un hombre. Me

conmocionó ver cómo ese nombre masculino seguía atormentándola como el hambre a los desamparados.

Como le prometí a mi madre, la llamé María y le puse mis apellidos. El proceso de adopción fue muy duro, niña, muy complicado, un calvario de despachos. No me la querían dar, y eso me hería como si tuviese un cristal clavándoseme en las entrañas, porque nosotros ya nos habíamos acostumbrado a su presencia, a sus llantos y sus desvelos, y por nada del mundo nos imaginábamos una vida donde no estuviese ella. Fíjate, niña, mi María tenía dos enfermedades muy graves, la del síndrome de Down y los problemas del corazón, y mi Paco y yo, incluso sin saber si nos la íbamos a poder quedar, la llevamos a Barcelona, a Francia, a Frankfurt, allí donde me recomendaban que estaban los mejores especialistas nos plantábamos nosotros, y todas estas cosas se las decía yo a los funcionarios que me denegaban la adopción. Hasta doña Pilar escribió una carta pidiendo que, por favor, me entregasen a la niña. Y me la entregaron. Sí, al principio los funcionarios se asustaban de mí, de ver a una mujer con nombre de varón, pero luego vieron que yo era una madre, una madre completa. Que tenía el alma de una mujer y guardaba en el pecho tanto o más amor que cualquiera. Seis meses le daban de vida a mi María cuando me la dieron, y todavía vive, niña. Es el dolor más grande que llevo aquí en prisión, el no poder verla, el saber que está ahí afuera, internada en un colegio de monjas, y me necesita. Tú eres madre también, tienes que serlo, porque cuando estuviste enferma gritabas por las noches ¡que el niño no se entere, que el niño no se entere!, y yo en esas palabras reconocí la angustia y el desconsuelo de alguien que tiene hijos, así que me entenderás. María llenó de suerte y contento nuestra casa. Yo no entendía cómo una cosa tan pequeña podía hacer rebosar tanto amor y tanta ternura a la gente. Los padres de Paco estaban locos con ella, era su niña bonita, y mis hermanos también, no te vayas tú a creer, que a mis hermanos se les caía la baba. Parece que la estoy viendo ahora de pequeña, en su cunita, con el Tango a sus pies, un perrito que teníamos en casa y que se

convirtió en su guardián, que en cuanto María se movía ya estaba ladrándome, ¡guau! ¡guau!, para avisarme de que algo ocurría. Ese perro no dejaba ni al abuelo acercarse a ella del celo que le tenía. Como yo fui la primera madre transexual que adoptó en España, y además a una niña síndrome de Down, tuve que presentarla en sociedad. Convoqué una rueda de prensa y se hicieron eco de la noticia todos los diarios del mundo, nacionales e internacionales. Aquello fue muy fuerte, muy fuerte y muy grande. Estuve en todas las revistas y en todas las televisiones que había en la época, niña, allí donde había debate reclamaban a Manolita. La adopción de María sucedió en 1982, y fue tanto el querer y la pasión que yo veía que recibía esa niña que en los años siguientes seguí adoptando niños con dificultades. No era porque a mí me atrajera que esos críos viniesen con malformaciones o enfermedades, como he escuchado más tarde que la gente decía por ahí, sino que por ser trans solo me dejaban acoger a estos niños con problemas, como si me estuviesen echando las sobras que se les dan a los cochinos, sin que las instituciones supieran que a mí no importaba, que yo tenía mucho amor que dar, y a quién mejor que a esos niños que nadie quería. En el 85 adopté a mi Alfonso, y pocos meses después a mi José, los dos con parálisis cerebral, y José además estaba ciego. La verdad, niña, que criarlos fue un sufrimiento. Yo ya no era tan joven y los tres me reclamaban mucha atención; tú imagínate, si los varones no podían ni hablar. A José los doctores le diagnosticaron seis semanas de vida, y el pobre mío fue lo que duró, venía muy malito. A Alfonso ya ni me acuerdo cuánto tiempo le pronosticaron, pero también muy poco. Vivió algunos años más, cinco, gracias a mis cuidados, aunque esos niños estaban tan enfermitos que poco pude hacer. La muerte de los dos ha sido un desconsuelo muy grande. Yo los quería mucho y me gustaba verlos jugar como ellos podían con María. Todos los días les he llevado flores, hasta que me metieron aquí, pero en cuanto salga haré lo mismo, niña, limpiarles el nicho, ponerles unos ramos bien grandes en la lápida, cuidarles y acicalarles la tumba como si les arreglara la habitación. A Dios ahora mismo solo le pido que mi María me dure muchos años más, pero el día en que muera ella va con sus hermanos, y después, cuando lo

haga yo, igual, bajo tierra con ellos, y que en el mármol ponga en letras bien grandes y claras, bañadas en pan de oro. Aquí yace Manuela Saborido Muñoz junto a sus hijos.

María cayó en España como una bomba que lo pone todo patas arriba; ya ves, una niña síndrome de Down adoptada por una transexual, eso nunca se había hecho antes, y ya se sabe cómo es la gente. Lo de la enfermedad poco nos importó, y menos a mi hermana, ya ves, ella lo que quería era que María se mezclara con el resto de los zagales, que viviera como una niña normal, y a todas las actividades la apuntaba y en todos los saraos la metía. Daba angustia verla junto a Paco avión parriba avión pabajo, gastándose unos dinerales curiosos, que yo no sé de dónde sacaba mi hermana tanto dinero para buscarle a María los mejores médicos, y fíjate si lo hizo bien que estuvo con ella cuarenta años, y así debió de haberse quedado, con María solo, con una hija con problemas ya era suficiente, pero mi hermana Manuela era terca como una mula y se le metió en la cabeza que tenía que salvar a todos los niños de España que tenían dificultades. Y esto que te voy a decir no me lo entiendas mal, pero Alfonsito y José nunca debieron haber llegado a su casa, no por nada, ya ves, si querer los queríamos como quieren las locas, pero la enfermedad de esos niños era más problemática incluso que la de María, encima uno ciego, que siempre tenía que haber alguien pendiente de él. Y qué necesidad tenía mi hermana de sufrir tanto. La muerte de los dos la hizo envejecer, sobre todo la de José, tan rápida, tan brusca. Alfonsito estuvo al menos cinco años con nosotros y nos dejó más tiempo para pensar en su fin. Yo la acompañaba casi todos los días al cementerio, ya ves, es que siempre he estado juntito a ella, siempre siempre siempre, y me daba mucha lástima ver cómo le caían las lágrimas por debajo de las gafas de sol, cómo pasaba una bayeta húmeda por la lápida y les susurraba, que yo no sabía si les estaba hablando o cantándoles una nana. Con cada luto igual, no comía nada y se tiraba horas y horas repantigada en el sofá, sin arreglarse; ya ves, ¿cuándo se ha visto a mi hermana hecha un adefesio? Pero es que la muerte duele. Por

aquí tengo que tener alguna foto de los dos juntitos; aquí está, míralos, los dos en sus carritos, mirándose el uno al otro; mira, mira qué moreno era Joselito y qué bien vestidos iban, qué aseados, pero en la cara se les notaba que estaban enfermos. Y en esta otra están los tres juntitos, María, José y Alfonso. María los amaba, jugaba con ellos a cuidarlos como mi hermana lo hacía con las muñecas que escondía en el trastero del corral de la taberna de mi madre. Y qué injusta fue la prensa con los niños, sobre todo con María, que fue la primera. Mírala, esta entrevista es del *Interviú*; fíjate cómo sale, con su niña en los brazos, en el salón de la venta Los Tres Caminos, y qué graciosa María, sacando la lengüita para posar en la foto. Pero si ves lo que se dice aquí al lado, en las letras negras y grandes, lee, léelo, Madre transexual para una niña subnormal, ¿te parece lógico? Claro que, ya ves, en la época nadie se echaba las manos a la cabeza con esas palabras, pero eso ahora no se diría así. A mí ya en su momento me chirrió, no te voy a decir que no, porque qué manía con decir transexual una y otra vez, pero lo que más me ponía de mala leche era que llamaran a María subnormal, es que esa es una palabra muy fea. No solo en la prensa rosa, ¿eh?, también en los periódicos y la televisión, que recuerdo leer que la Diputación había entregado a una niña subnormal a una pareja formada por un travesti y su compañero, o escuchar a una presentadora que Manuel Saborido Muñoz, un popular travesti gaditano, había presentado en sociedad a una niña subnormal, que venga a llamar Manuel a mi hermana y a decir las palabras travesti y subnormal, y así siempre, subnormal, cuando María llevó una vida muy común, como la de todos los niños, yendo a la escuela, jugando en el parque, tan libre, tan autónoma, que no dio ruido ni en el día que murió.

Una noche estaba con mi familia en el Porto Alegre, un chiringuito que se abría durante los veranos en Arcos, a orillas del lago, sobre el que esparcían arena de mar para convertirlo en una playa artificial. El Porto Alegre estaba cerca del Hollywood y también próximo a su casa, aunque esto lo supe más tarde. Era un sitio perfecto para las familias con hijos. Los padres podían despreocuparse de ellos por un

momento mientras los dejaban jugar en la arena. Había cierto peligro por la proximidad del agua. Yo era un chico muy inquieto, y el mar, para mí aquello era el mar, me atraía como a un farero, así que me incluía en la nómina de niños que sacaban a sus padres de quicio. Esa noche yo estaba más travieso de lo normal; por eso mi madre, harta ya de mis escapadas, me agarró del brazo, me llevó consigo a la mesa donde estaban sentados y me advirtió de que la mujer de la otra mesa era Manolita Chen, que la había visto mirarme y que no me alejara más de ella porque me podía secuestrar y convertirme en subnormal. Miré hacia donde me indicó y vi a una señora mayor con un vestido turquesa. Manolita se reía, se reía y hablaba alto con sus amigos y yo la miraba y sentía la boca del miedo respirándome en la nuca. Mi pandilla y yo nos criamos en la calle Fuente del Río, que era la calle más cercana al carril de la casa de Manolita Chen. Esto no quiere decir que estuviera cerca, las separarían dos kilómetros. Para ir hasta el chalé, primero había que subir por la carretera comarcal unos quinientos metros, luego esperar a que se quedara libre de coches, que circulaban a unos cien kilómetros por hora, y después andar un kilómetro o un kilómetro y medio, primero por el camino de la presa y después girando al carril de casas. Una aventura peligrosa que teníamos que hacer en secreto, pues a todos los padres de la Fuente del Río les atemorizaba que cruzásemos la carretera. Lo que no sabían ellos era que lo hacíamos para saber cómo alguien podía convertirnos en subnormales, y quién era Manolita y quiénes los niños raptados. Aunque nos aburríamos esperando enfrente de la cancela de la casa de Manolita. Por allí nunca aparecía nadie y acabábamos saltando la valla del chalé, robábamos limones y naranjas y luego volvíamos a escalar la valla, temerosos de que las garras de la Chen nos arrastraran adentro. Un día que jugábamos a tirarnos los limones y las naranjas detrás de un olivo, vimos la cancela abrirse y presenciamos la forma que tenían esos niños. La niña iba agarrada de la mano de Manolita Chen. Le costaba caminar, daba pasos torpes y grandes, como un mono. El niño iba montado en un carrito de bebé que empujaba una señora que no sabía quién era. Aquel chiquillo apenas podía mover los músculos del cuerpo, las piernas

eran flacas y largas y se bamboleaban con la irregularidad del carril. Las manos estaban como suspendidas en su barriga, aunque lo que más me sorprendió fue su cabeza, ladeada sobre el hombro derecho, con la boca abierta, de la que salía un surco de baba. Nos callamos todos, y he de reconocer, porque todavía tengo el recuerdo vivo en el cuerpo, que en ese momento quise salir corriendo, pero no lo hice por temor a que nos vieran. Mientras paseaban por el carril, jugamos a imaginar cómo eran ellos antes. El Chino dijo que el niño era un chico que tocaba la trompeta en la banda de música, y una noche que llegaba tarde a su casa la Chen lo raptó y lo transformó en lo que es ahora. El Cebolla le contradijo alegando que el niño que tocaba la trompeta en la banda siempre era el mismo y no se parecía en nada, pero el Chino defendió su teoría diciéndole que si no se había dado cuenta de que cuando el niño tocaba la trompeta detrás de la patrona estaba como ido, y que eso era porque la Chen le había robado el espíritu y lo había vuelto subnormal. ¿Y la niña? Lo de la niña lo sé porque me lo ha contado mi madre, me dijo el Cebolla. La abandonaron en la puerta de un hospital de monjas y la Chen se la llevó. Un día se cayó de la cuna y ya se quedó así. Yo le rebatí que entonces no es que la Chen la hubiese convertido en subnormal, sino que se había caído de la cuna, y el Chino me replicó que seguro que la Chen la había obligado a tirarse de la cuna. Seguimos discutiendo, seguramente más fuerte de lo normal, y en un momento en que el Chino le increpaba al Cebolla que cuidado con lo que decía de su madre, porque él no era la Chen, pero de un guantazo podía dejarlo tonto perdido, vimos cómo Manolita se volvió hacia los olivos donde nos escondíamos y con la voz enfadada nos gritó ¡quién anda ahí!, y ya nos asustamos y corrimos por entre los árboles haciendo el sonido de las ratas cuando escapan.

Siempre he sido muy devota, niña. Desde pequeña he acompañado a mi Cristo de las Tres Caídas y a mi Virgen de la Amargura, y todos los lunes santos he hecho mi penitencia, menos cuando estuve tantos años fuera en Barcelona y Madrid. Pero un día, el Lunes Santo del año 1983, cuando fui a entrar en la iglesia vestida con mi

túnica negra y con mi capirote en la mano, don Manuel, el párroco de la iglesia de San Francisco por aquel entonces, me paró de sopetón en la puerta y me dijo que no me podía vestir. Yo quise saber el porqué, y él me dijo que porque las mujeres no podían vestirse de penitente en esa hermandad, y luego me enseñó un documento firmado por los cuatro sacerdotes de Arcos y sellado por las cuatro iglesias que representaban, donde se decía que yo, Manuela Saborido Muñoz, no podía vestirme de penitente por ser mujer. Me llevé un sofocón enorme, porque todos los hermanos que entraban en la iglesia se quedaron mirándome, además de que era una pena muy grande no poder hacer mi penitencia. A los días fueron al bar don Alfonso Perales Pizarro, el presidente de la Diputación, y su madre, doña Emilia. A mí me daba mucha alegría verlos, porque ellos me habían ayudado a adoptar a mi María y eso es algo que siempre les agradeceré. Yo debía de tener cara de revenida y don Alfonso se dio cuenta, niña, y me preguntó si me ocurría algo. Le conté el incidente con el párroco y le enseñé el documento que me había dado don Manuel. Don Alfonso me dijo que me había tocado la lotería, y yo, que no tenía el chichi pa farolillos, le dije que no se cachondeara. No estaba de broma, me refirió que la misma Iglesia me estaba reconociendo como mujer y que eso había que aprovecharlo. Esta semana, me dijo, se va a ir usted para Sevilla, a la Diputación, y les va a enseñar el papel que me ha mostrado. Yo les voy a dejar instrucciones para que le arreglen el nombre del DNI. Me presenté en la Diputación de Sevilla con mi Paco, niña, les expliqué que iba de parte de don Alfonso, les enseñé el papel firmado por los cuatro párrocos y ellos me dijeron que me volviera para el pueblo y pidiera en el juzgado una partida de nacimiento. Fui al juzgado y le dije a la funcionaria que quería mi partida. Ella sacó un papel, lo miró extrañada y lo rompió en mi cara, después sacó otro papel y lo volvió a partir, y a la tercera vez que lo hizo ya me mosqueé y le pregunté por qué rompía las partidas. Me dijo que estaban equivocadas, que decían que yo me llamaba Manuela Saborido Muñoz. Yo, entre el enfado y la broma, niña, le dije que qué veía ella delante suya, que si yo tenía pinta de llamarme de otra forma. La pobre estaba un poco desconcertada,

me preguntó cómo lo había conseguido, pero eso es un secreto que me voy a llevar a la tumba y le pedí que me diera lo que era mío. Luego visité la oficina de la Policía Nacional de Jerez de la Frontera para sacarme el carné de identidad, ya no con el nombre de Manuel Saborido Muñoz, sino como Manuela. Cuando le mostré al policía encargado de los carnés, que era muy joven, mi partida de nacimiento, se quedó como pasmado, niña, sin saber qué hacer. Yo ya había notado que toda la comisaría me miraba. El chiquillo llamó a su jefe, que se acercó a mí y me preguntó lo mismo que la funcionaria del juzgado de Arcos, que cómo lo había arreglado. Pues arreglándolo, le contesté yo, niña, seca y cortante, porque ya estaba harta de tanta preguntita. ¿Usted no lo ve, que está arreglado? Viene del juzgado, sellado y todo, ¿verdad?, le dije, y él me respondió que sí, que estaba todo en regla, pero que qué hacíamos con el de Manuel. ¡Pues usted lo quema o lo mete en manteca!, le respondí yo, ahora que recuerdo, demasiado malhumorada, niña, porque el hombre no estaba siendo maleducado conmigo. El policía me dijo que estaría bien que lo tuviese de recuerdo. Yo en mi cartera solo quería guardar mi nuevo carné, pero, como había sido tan amable se lo cogí, abrí mi bolso y lo tiré al fondo.

Por una cuestión de edad, considero a Manolita una antecesora, una pionera. ¿Fue la primera persona trans que logró su DNI de mujer? Eso no se sabe y nunca se sabrá. Además, se desconoce si solamente cambió el nombre o también el sexo. Objetivamente, la primera jurisprudencia data del 2 de julio de 1987, en la que se reconoce que después de un cambio de sexo, y tras aportaciones de análisis ginecológicos y psiquiátricos que hacían constar el pleno uso de las facultades mentales de esta persona, la demandante tenía el derecho a cambiarse el nombre de varón por el de mujer, aunque no el sexo, pues la sentencia consideraba que se trataba de una ficción de hembra. Esta ficción recurrió la sentencia, y finalmente se le reconoció su derecho al cambio de género, aunque no podía contraer matrimonio. Claro que Manolita logró modificarlo unos años antes, en el 83, aunque hay constancia también de que muchas

transexuales que habían ido a ganarse la vida a París durante la dictadura volvían a España operadas, y como el Estado no sabía qué hacer con ellas y había que darles una solución jurídica, las reconocía como mujeres. Te hablo de casos de finales de los setenta. De todas formas, Manolita tiene valores suficientes para destacar por sí misma como para que la duda de si fue la primera o la segunda o la tercera tenga importancia. Ha sido una de nuestras pioneras. Y punto. Oí hablar por primera vez de ella por unas palabras que Pedro Almodóvar le dedicó en una entrevista de Televisión Española, en la que hablaba del coraje de Manolita, que por aquellos tiempos tenía la intención de abrir un albergue para niños con problemas. Su presencia en televisión supuso que mucha gente se descolocara, porque lo que veían delante de sus pantallas era una mujer muy humana de la que la audiencia conocía que había sido hombre, y, si no lo sabía, el periodista de turno ya se encargaba de hacerle llegar la información. Una mujer que había luchado por conseguir la custodia de una niña a la que nadie quería, ya que los adoptantes buscaban, por lo general, a niños de foto. Así que se puede considerar que Manolita ha sido una influencia fundamental para todas aquellas que hemos querido luchar por nuestras necesidades. Me he valido del coraje de mis antecesoras para ser la primera diputada y la primera senadora trans de este país, para ejercer nuestro derecho a la defensa propia, a no quedarnos calladas, a que las nuevas políticas no nos sigan tratando como a unas locas que intentan imponer un pensamiento único, el lobby LGTBI, nos llaman algunos. Si Manolita consiguió que su historia se escuchase en una época donde el tardofranquismo todavía daba sus últimos coletazos, ¿cómo no voy a seguir luchando para que se oiga nuestra voz? Sé que mis palabras pueden sonar poco literarias para una novela, pero yo sólo quiero hablar claramente; me importan poco las narrativas; nuestra historia ya ha sido contada por otros, con el lenguaje de otros. Ahora nos toca a nosotras. Que le den a la literatura.

Antonio y yo esperábamos impacientes en el coche a que se repitieran los movimientos de compra de estupefacientes en el domicilio vigilado. Nada sucedió. No obstante, a partir del día 23 de abril de 2004 se precipitaron los hechos. Sobre las 21:00 horas de ese día observamos acercarse un Citroën Xsara Picasso negro cuyos ocupantes, después de salir del chalé y percatarse de nuestra presencia, arrojaron por la ventanilla dos envoltorios que resultaron ser 0,197 gramos de cocaína y 0,045 gramos, con una pureza del 71 y 50 % respectivamente. Se dieron a la fuga; sin embargo, los perseguimos y los interceptamos en una zona conocida como La Gallarda. Dentro del vehículo viajaban dos hombres. Una hora más tarde, sobre las 22:00, por el carril entró un Opel Vectra, ocupado también por dos hombres. El acompañante llevaba consigo 0,6 gramos de cocaína de una pureza del 40 %. Media hora después divisamos un ciclomotor, conducido por un chico joven y que interceptamos en la calle Fuente del Río. Al joven se le incautó un envoltorio que resultó ser de 0,5 gramos, con pureza del 40 %. Más tarde, mientras entrábamos de vuelta por el carril, vimos cómo un vehículo iniciaba su marcha en dirección opuesta a la nuestra. Antonio estaba desatado y también le dimos el alto. Le confiscamos 0,4 gramos con pureza del 40 %. Sobre las 23:25 interceptamos otro ciclomotor en una calle conocida como Camino de las Nieves, ya en pleno pueblo. Antonio mencionó que estaba cansado de tanta oscuridad de carriles y cruces de carreteras, así que lo dejó seguir hasta que estuviésemos dentro de un tramo urbano. Al chico que viajaba en la moto se le requisó la cantidad de 0,6 gramos, con pureza del 35 %. Veinte minutos más tarde, en la calle Fuente del Río, detuvimos un Golf negro que nos pareció sospechoso. Al conductor se le decomisó otro envoltorio con 0,3 gramos de una pureza del 40 %. Preguntado por el lugar en el que se había adquirido la droga, el joven nos confirmó que la había conseguido en la casa que estábamos vigilando. Al día siguiente, el 24 de abril de 2004, detuvimos un ciclomotor cuyo ocupante portaba 0,5 gramos con una pureza del 62 %. Esta mierda está poco cortada, me comentó Antonio cuando nos llegaron los resultados del laboratorio. Con toda la información reunida, el día 26 de abril de 2004 nos

dirigimos al juez de instrucción de Arcos de la Frontera para presentarle las pruebas y solicitarle así el permiso para la entrada y registro en el chalé de Manolita Chen, el cual nos concedió inmediatamente. No sé por qué, pero la orden tardó varios días, casi un mes. Durante ese periodo de tiempo efectuamos vigilancias aleatorias. En una de ellas, conseguimos una prueba más para la investigación. El día 7 de mayo de 2004 volvimos a registrar un nuevo vehículo, esta vez un Renault Laguna verde, a cuyos ocupantes preguntamos por la sustancia que habían comprado en la casa. La novia del conductor, que se llamaba Teresa, confesó habérsela tragado al percibir nuestra presencia, por lo que tuvimos que trasladarla al Hospital de Jerez. La orden del juez para la entrada y registro se emitió, fechando la actuación para el día 4 de junio de 2004.

Pasaron los años y éramos felices, niña. Ya podíamos decir, en contra de las habladurías, que nuestro matrimonio estaba formado por un hombre y una mujer. Teníamos hijos y una vida por delante para vivirla como nosotros quisiéramos. Había conseguido todo lo que me había propuesto, pero seguía arrastrando conmigo una carga pesada que no me dejaba caminar, ni hacer el amor ni mirarme en el espejo con tranquilidad. Yo sé, niña, que pensarás que he sido una caprichosa, que nunca he querido ser feliz, que cuando lo tenía todo siempre me surgía un nuevo problema, pero es que ese peso que yo guardaba en mi interior era lo más intenso que sentía, era como un grillo que aullaba dentro de mí, sin descanso, y nunca quise contarlo por no hacer a la gente de mi alrededor sufrir, sobre todo a mi Paco. Casi todos los hombres que habían pasado por mi vida eran o bien hombres gais a los que no les importaba el colgajo, o bien hombres de una noche que la mayoría de las veces no se daban cuenta de lo que yo tenía. Pero una vez que mi Paco llegó a mi vida, yo no me sentía cómoda con el sexo, porque él no era mariquita y yo me atormentaba con que no le ofrecía lo que un hombre esperaba de una mujer, ni aunque fuera pasiva, y eso era muy violento para mí, muy doloroso, niña, un suplicio. Así que una

tarde que tomábamos café en el chalé que le había comprado, le comenté una ilusión que me rondaba la cabeza, la idea de viajar a Casablanca para hacerme una operación de cambio de sexo. Mi Paco al principio se negó, yo pensaba que por miedo. Él era muy callado y poco decía de sus sentimientos, y cuando le comenté cómo me hacía sentir tener un pene en mi cuerpo, me dijo una frase que nunca se me olvida. Yo te quiero como estás, a mí no me importa, pero, si es tu deseo y un bien para ti, hazlo, que yo siempre te voy a apoyar. Y yo me operé, niña, en el año 86 u 87, no recuerdo ya cuándo. Cogí un avión a Casablanca, uno de los pocos sitios donde íbamos todas para hacernos la intervención. Por esa época había muy pocos medios, así que no vayas a pensar que aquello se parecía a una vaginoplastia, ni mucho menos; más bien era una castración, nos dejaban lo de abajo como si fuera una cueva, ¿entiendes? Con mi operación, no voy a decir que estuviese disgustada, pero no me lo acabaron como a otras compañeras que he visto yo más tarde, aunque la felicidad era completa, niña, y nunca me he sentido mejor en la vida. Ya con los años he conocido a muchas jóvenes transexuales que me han comentado que no han tomado hormonas ni se han operado ni nada, y se sienten más mujer que una, pero nosotras no teníamos su educación, niña, nosotras crecimos con un muro más alto que el de ellas, y queríamos ser mujeres y que se nos viera como mujeres. Los cinco años después de mi operación fueron los más alegres que he vivido. Aunque se me murió otro hijo y ese dolor nunca se olvida, María seguía viva y mi Paco permanecía a mi vera. No pedía más, pero, ¡ay!, negrura de los hombres, niña, que todo lo nublan con sus actos. Mi Paco comenzó a no venir a sus horas. Eran las dos de la mañana y no llegaba, y yo siempre pensaba ¿y este hombre dónde se meterá?, pero claro, al principio lo achacaba a las cosas de los varones, a ti también te habrá pasado, que un hombre calla y calla y no sabe una qué se le pasa por la cabeza, y yo me decía que tenía que confiar en él, que una mala racha la tiene cualquiera, y lo mismo Paco necesitaba desfogar con sus amigos bebiendo y charlando hasta las tantas, pero sus ausencias cada vez eran más frecuentes, hasta que un día me cansé y le pregunté por qué tardaba tanto por la noche si él sabía que yo

no me acostaba ni comía hasta que no llegaba. Se excusaba con que se iba a lo del Momba, un chiringuito que había a orillas del lago, muy cerca de nuestra casa, niña, y que allí empezaban a ver el fútbol y a charlar y no se daba cuenta de la hora. Pero un día una mujer, de quien nunca he dicho su nombre porque nadie lo tiene que saber, me paró por la calle y muy prudente me dijo mira, Manolita, tú no vayas a decir que yo te he dicho nada, me lo tienes que jurar, pero tu marido está con mi cuñada. Me quedé de piedra al principio, pero luego dudé de la persona que me lo decía, porque no era una mujer que me provocara mucha confianza y mi primer pensamiento fue que me quería echar a pelear con mi Paco. Las semanas pasaban y Paco seguía llegando tarde, aunque yo nunca le decía nada. Entonces, un día del Corpus que yo subí al casco antiguo del pueblo para ver a la patrona, me encontré de nuevo con esta mujer. Tú qué, me dijo, y haciéndome la tonta, porque sabía adónde quería llevar la conversación, le respondí que había subido a ver la procesión. Ella, con el veneno en la lengua, me preguntó si no le había dicho nada a mi marido, y me volvió a repetir lo de que corría con su cuñada. Después de aquel día le pregunté a mi Paco si se estaba viendo con alguna mujer, y él me dijo que como me quería a mí no quería a nadie, a ninguna otra, y me lo juró por su padre. Yo le creí, niña, porque su padre hacía pocos meses que había fallecido y yo había visto lo mal que lo había pasado con esa muerte. Pero pasaron los días y las semanas y yo cada vez lo veía más distante. Los nervios estaban empezando a comerme las entrañas como las termitas la madera, y cansada ya de tanta sospecha y con la piel en carne viva por el deseo que tenía de saber una respuesta, me fui en busca de la mujer para que me hablara más claro. Cuando la encontré, le pregunté de sopetón si mi marido seguía alrededor de su cuñada. Todos los días, Manolita, me confirmó muy segura. Las noches eran un carcome eterno. Yo necesitaba saber la verdad, así que un día en el que la madrugada de antes había estado desvelada durante todas las horas y mi Paco no había aparecido, me marché a Jerez, a una empresa de detectives, y contraté a uno, niña, para que me enseñara, para que yo pudiera ver con mis propios ojos si mi Paco me estaba siendo infiel o no.

Las ansias se la comían. Cuando llegó a la agencia, casi no se presentó. Quiero que siga a mi marido, me dijo. Desde que salga de mi casa hasta que entre. Le hace usted fotos, vídeos, lo que sea. Le pregunté cuál era la causa por la que quería investigar a su esposo, y ella me contestó que sospechaba que le era infiel. Le expliqué que con el horario que ella me exigía aquello iba a salirle un ojo de la cara. Me aseguró que el dinero no era problema y me demandó que empezara ya. Le solicité que antes necesitaba algunas señas del marido, como su rutina, la marca de su coche y fotografías; en definitiva, muestras que me ayudaran a precisar el enfoque que tenía que darle a la investigación. Venía preparada y de un bolso grande sacó una carpeta. Era un tipo con un físico peculiar, bajo, solo pocos centímetros más alto que ella, con el pelo rizado y un corte antiguo para la época, más cercano a los años setenta que a la moda de principios de los noventa. Normalmente vestía camisa o polos, aunque lo más característico era su bigote. A los tres días de su visita empecé la investigación. Fue un negocio fácil, el tipo apenas se escondía. Se levantaba temprano, se montaba en el coche y conducía hasta la venta Los Tres Caminos, que se encontraba a unos setecientos metros de la casa donde se hospedaba con Manolita. Al parecer, ella era dueña de varios inmuebles, pero durante mi investigación dormían en aquella finca. Paco en la venta hacía la vida normal de gerente, junto a ella. Sobre las siete de la tarde iniciaba su doble vida. De la venta conducía hasta un chiringuito que se encontraba a orillas del lago, en el extremo opuesto de la carretera que le llevaba al restaurante Los Tres Caminos. Se llamaba Momba. El lugar estaba vallado por una tela metálica, así que su visión desde el exterior era nítida. Me bastaban una buena localización y mis prismáticos. Bebía mucho durante las horas que estaba en el bar. A eso de las diez de la noche conducía hasta una zona llamada Barrio Bajo. En ese trayecto era la única vez que yo dilucidaba que estaba tomando algún tipo de precaución, pues el camino más fácil para llegar desde el Momba era conduciendo por la carretera que pasaba por su casa y la venta Los Tres Caminos, pero como no quería ser visto, circulaba por el pueblo, dando un rodeo. Allí se introducía en una vivienda. La

primera noche pensé si no me iba a joder la investigación que fuera infiel en el interior de la casa, pero solo fue ese día; en los siguientes salió a pasear con ella, así que lo pude fotografiar con total claridad agarrando a la amante de la mano, echándole el brazo por encima del hombro, introduciéndola en su coche para llevarla a cenar o besándola. Ya de madrugada, sobre las dos, las tres o las cuatro, dependiendo del día, volvía a su casa. Cuatro días lo seguí, y en todos acometió la misma rutina. Cuando terminé la investigación Manolita volvió a la oficina, me pagó y se marchó con las fotos que le entregué guardadas en el bolso, no sin que antes yo viera cómo aquellas imágenes le habían destrozado la vida.

Los golpes que más duelen son los que menos te esperas, niña. Cuando el detective me enseñó las fotos de Paco con aquella mujer, pensé que me habían dado con un mazo en la cabeza. Era tanta la rabia y la furia que sentía que no me permití que una lágrima se me cayera de los ojos. Cuando llegué a la casa, Paco no estaba, qué iba a estar, si ya no me quería, si ya prefería pasar su tiempo con una cualquiera antes que conmigo. Lo esperé con las fotos encima de la mesa de mi despacho y la maleta preparada en la puerta para que se largara cuanto antes. Nada más que entró y la vio, me preguntó qué era aquello, y yo le grité, niña, no sé lo que le dije, solo me acuerdo de que le gritaba mucho. Paco agachó la cabeza y no sabía dónde meterse, tan solo me soltaba excusas que ya ni recuerdo. Me salía el humo por los boquetes de la nariz. Lo agarré de la mano y lo llevé a mi despacho. Cuando vio las fotos, se puso blanco como la pared. ¡Tanto que me has jurado por tu padre, tanto que me has dicho que yo era la única mujer de tu vida, y al final todo, todo era mentira!, le volví a gritar, niña, porque mi inquina estaba descontrolada, no la podía sujetar más. ¡Mira, mira estas fotos y dime ahora que no te has estado viendo con otra mujer!, le insistí con mis gritos, y me fui para él como un toro ciego y empecé a embestirle con puñetazos en el pecho. Él se apartó de mí, niña, y en ningún momento dijo nada. Eso fue lo que más me dolió, ni un perdón, ni un lo siento ni un esto no volverá a ocurrir le salió de la

boca, tan solo cogió la maleta y se fue a yo no sé dónde. Ya nunca volvimos a estar juntos, ya nunca compartimos nada más. Para que me dejase tranquila, le permití que se quedara con el chalé y el huerto, que se llevase a la otra fulana con él y se dedicara a plantar flores o lo que le diera la gana. Me separé en el año 1992, y lo que vino después ha sido el túnel más largo que se haya podido atravesar, porque yo de Paco estaba enamorada hasta los huesos, y en la vida me habría imaginado que me fuera a engañar como lo hizo, con todo lo que yo había hecho por él, que lo saqué de la inmundicia en que vivía y le di negocios, dinero y un hogar, y así me lo agradecía, que todavía me salpica su mierda. Si es que ni por María tuvo miramientos.

El verano se adelantó aquel 4 de junio de 2004. El carril no contaba con vegetación suficiente ni ningún lugar para resguardarse de la inclemencia del calor. Antonio daba instrucciones sobre cómo se iba a proceder para realizar la entrada y registro de la casa. Aunque estaba tranquilo, de la frente y los alrededores del bigote le caían gotas de sudor. Nos acompañaban seis agentes más, vestidos de uniforme. Uno de ellos portaba un mazo por si la investigada rehusaba abrirnos. Sobre las doce del mediodía, Antonio dio luz verde para realizar el primer llamamiento. La entrada al chalé estaba custodiada por un vallado metálico de una altura aproximada de dos metros, con abundante vegetación que nos impedía visualizar qué ocurría dentro. Uno de los agentes llamó a la cancela con insistencia. El tiempo se nos hizo largo hasta que oímos una puerta abrirse. Tras la cancela vimos a Manolita, vestida con un camisón de seda blanco. Un perro de agua la acompañaba y comenzó a ladrarnos repetidas veces. A Manolita se le descompuso la cara cuando percibió lo que se había montado detrás de su cancela. Buenas tardes, ¿Manuela Saborido Muñoz?, se dirigió a ella Antonio. Manolita confirmó que era ella y ya Antonio la informó de que era sospechosa de tráfico de estupefacientes y de que teníamos una orden de registro de su vivienda. Manolita se resignó a dejarnos entrar. Un pasillo de cemento conducía a la puerta de entrada a la casa, flanqueado a su

vez, a derecha e izquierda, por un césped donde había plantados naranjos y limoneros. No vi nada más del exterior del domicilio, el rastreo de lo que se pudiese encontrar fuera de la casa lo llevó a cabo uno de los agentes. Dentro de la vivienda, Antonio siempre acompañó a Manolita mientras nosotros buscábamos pruebas que constataran que en el domicilio se ejercía el tráfico de estupefacientes. A decir verdad, el registro fue fácil, una de las intervenciones más cómodas que hice durante mi carrera en la Guardia Civil. Nada más entrar, en un hueco de la puerta principal, se intervinieron tres papelinas que resultaron ser cocaína, un billete de cinco euros y tres monedas de un euro. Ya en el salón, en el interior del segundo cajón de un aparador encontramos una papelina que también resultó ser la misma droga. Debajo de una alfombra del salón comedor se intervinieron diecinueve billetes de cinco euros, sesenta y nueve billetes de cincuenta, dos billetes de veinte y una moneda de un euro. En el mueble librería del salón se requisó una balanza de precisión, así como una cajita que contenía diversas pesas, las cuales pesaban de dos a ciento cincuenta gramos. En el interior de un jarrón, situado sobre la mesa del comedor, se encontraron diversas joyas. En su habitación estaba su hija, que permanecía inmóvil y asustada, hecha un gurruño sobre la cama. Intenté tranquilizarla acercándome lentamente hacia ella, pero no aceptó moverse hasta que Antonio dejó que acompañara a su madre durante el registro. Finalmente, en la cocina se intervino un cuenco de cerámica de color amarillo y un mortero de madera con restos de sustancia que dieron positivo en cocaína. En conclusión, dentro de la casa se requisaron 2,4 gramos de cocaína con una pureza del 35,8 % y una cantidad económica que rondaba los seis mil euros, la cual asociamos al tráfico de estupefacientes. Antonio sacó las esposas y miró a Manolita, que rápidamente entendió lo que iba a suceder. Después de exponerle todos sus derechos, también la informó de que tenía que acompañarnos al juzgado de guardia. Le rogó a Antonio que le dejara cambiarse de ropa, a lo que este accedió, siempre acompañándola en todos sus movimientos. Manolita guardó una compostura durante el registro que solo le vimos perder unas horas más tarde, ya en el juzgado de guardia. No obstante, antes de

salir esposada del chalé, ya nos dejó caer una frase que luego se constituiría en el eje fundamental de su defensa ante el juez. Esto es una trampa que me ha tendido Paco. Cuando la pronunció, un calambrazo me recorrió la espalda, porque durante el registro mi mirada se desvió varias veces hacia lugares ocultos donde esperaba encontrar una figura masculina, aunque, a decir verdad, la implicación de Paco en el asunto era indemostrable. En ninguna ocasión, durante los meses que duró el dispositivo, percibimos su presencia por las inmediaciones del chalé, y mucho menos mientras el registro se produjo.

Aquella mañana me encontraba junto a Ricardo Benítez, un periodista que precisamente se había criado en la misma calle que Manolita y que yo. Era el responsable del periódico local de Arcos, llamado en aquella época *Arcos Información,* donde yo colaboraba semanalmente con columnas sobre gente del pueblo. Había quedado con él porque le había pedido que rebuscara entre sus publicaciones anteriores noticias sobre Manolita Chen. Nos encontramos en El Faro, un bar a pocos metros de la calle principal del pueblo. Era viernes y había barato, que es como se le llama en Arcos al mercadillo, por lo que la zona estaba bastante concurrida. Mientras charlábamos, un murmullo seco y caliente recorría la zona. La guardia civil está en el Hollywood, decían, y al poco que no, que no era en el Hollywood, sino en casa de Manolita, y luego que la guardia civil iba a detener a Manolita Chen. Ricardo y yo nos miramos, y él, viendo en aquellas murmuraciones un filón para el periódico, dejó el dinero de los cafés sobre la mesa y me dijo que nos íbamos. Cuando llegamos al carril ya había algunos curiosos detrás del cordón policial, y con el tiempo fueron llegando más. Ricardo intentaba sonsacarle alguna información a los agentes que custodiaban la cancela del chalé. El calor era asfixiante. Recuerdo el ajetreo de la gente que se había acercado para ver la detención en el momento en que la cancela empezó a abrirse. Fue cuando volví a verla. Manolita salía con las manos esposadas y sujetada por dos guardias civiles. Iba vestida de negro. Yo deseé que me mirara, que

sintiera que, de entre todos los ojos ávidos de enterrar la reputación de su nombre, había alguien que seguía pensando en ella, y, sobre todo, que la compadecía. Pero no lo hizo.

En cuanto recibí la llamada, a eso de la una del mediodía, avisándome de que la habían detenido, conduje a toda velocidad desde mi residencia en El Puerto de Santa María hasta Arcos. Manolita llevaba poco tiempo siendo mi clienta, pero la conocía desde hacía varios años, ya que antes mi padre ejercía como su abogado. Cuando llegué al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción n.º 3 de Arcos de la Frontera, Manolita estaba fuera de sí, gritaba, pataleaba y lloraba ante la mirada impasible de los guardias. Se levantó para abrazarme, pero los agentes la volvieron a sentar bruscamente, algo que Manolita se tomó como una ofensa, y, si bien no se dirigió a ellos en ningún momento, sí que los nervios la terminaron de fustigar, lo que hizo que perdiera totalmente la razón y que comenzara a hacer aspavientos sin que se le entendiese lo que hablaba. Le di un Lorazepam, y, una vez que se calmó, me contó cómo había sido el registro y que le habían requisado mucho dinero, unos ahorros que ella guardaba para hacer un viaje con su hija María. ¿Y droga?, le pregunté. Me respondió que de droga no habían encontrado nada, solo dos gramos que andaban por la casa y que seguramente fueran de un amigo que estuvo de fiesta allí. Yo le pedí que fuese sincera, que conmigo no se tenía que esconder, que solo si yo conocía la verdad era posible hacer una buena defensa, pero ella en ningún momento me habló de ser culpable; todo lo contrario, sostenía su inocencia. Y yo la creía. El funcionario de guardia nos dio el aviso de que el juez nos esperaba para tomarle declaración. Cuando llegamos ante él, me percaté de que pretendía hacerlo en una de las mesas habilitadas fuera de las salas, cuya intimidad solo estaba cubierta por una cristalera minúscula que únicamente abarcaba el tamaño de la mesa. Lo primero que pensé fue que el magistrado consideraba que el caso no era sólido, y que todo podría quedar en una multa. Cuando los jueces toman declaración en el exterior, normalmente consideran la diligencia

como urgente y no tienen la intención de hacer muchas preguntas. Luego caí en que mi clienta era una persona muy conocida en su pueblo, y al lado de nuestra mesa había funcionarios que atendían a otras personas, por lo que me preocupaba que escuchasen la conversación y que después esa información se extendiera por el pueblo, así que le solicité al juez si era posible hacer el procedimiento en un sitio cerrado para respetar la privacidad de mi clienta, y el magistrado, muy comprensivo, nos invitó a pasar a una de las salas del juzgado. Después del juramento, el juez le leyó a Manolita el procedimiento por el que se la imputaba, y a continuación inició las preguntas del interrogatorio, preguntándole si se declaraba culpable o inocente de los hechos. Manolita, más serena ya, respondió que inocente, y el juez quiso saber cómo explicaba entonces que funcionarios de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, después de cuatro meses de investigación en las inmediaciones de su domicilio, hubiesen registrado y requisado droga de once vehículos diferentes, cuyos ocupantes la portaban después de salir de su vivienda. Manolita argumentó que eso debía preguntárselo el juez a esas personas, que en su casa nunca se había vendido nada. Además, dijo segura que sabía que a esas personas las había mandado su exmarido Paco, y, preguntada sobre cómo creía que eso era posible, mi clienta afirmó que su separación no fue muy limpia, que habían tenido muchas disputas judiciales, que él había entrado en la cárcel hacía unos años por lo mismo que se la acusaba, y que por eso envió a un amigo de él a su casa para que la guardia civil lo registrara y creyera que la droga la vendía ella. El juez quiso la explicación de Manolita sobre la droga requisada en su domicilio, y ella dijo que no sabía de dónde había salido, que era de un amigo que se la dejó allí. De la balanza incautada afirmó que era de Paco, que ese objeto llevaba muchos años en la casa y no se había deshecho de él porque lo utilizaba su hija para jugar a la frutera, y sobre el dinero, que no confiaba en los bancos y que lo guardaba para viajar con María a Disneyland. El juez le informó de que había terminado con las preguntas. Manolita se dispuso a hablar, pero yo le apreté con mi mano el muslo izquierdo. El juez encontró inverosímil la declaración, y consideró que, con los

informes y las pesquisas ofrecidos por la Guardia Civil, tenía pruebas suficientes para declarar en primera instancia culpable a Manolita, así que, añadiendo la posibilidad de fuga de mi clienta, decretó su entrada en prisión hasta la fecha de juicio mientras las investigaciones seguían su curso.

Ni con la muerte de mis hijos lo he pasado tan mal. Después de que Paco me abandonara, no comía, no dormía, no salía a la calle. Llegué a tocar fondo. Los médicos me atiborraron de pastillas, aún tengo que tomar la desvenlafaxina, porque el doctor me dice que ese medicamento no se puede abandonar por mor de que me dé un nuevo brote. Y claro que no lo abandono, niña. Ya presencié con mis propios ojos lo que era el hundimiento, lo que era tener unas manos invisibles apretándome la garganta todos los minutos del día. Pero lo peor no era eso, lo peor era no dormir. Ni los cuatrocientos miligramos de Lorazepam me calmaban la ansiedad que me provocaba la noche, niña, que llegué hasta el delirio, como tú hace unos meses. Imagínate, sus abogados me reclamaban la mitad de lo que yo había construido con tanto esfuerzo. No les bastaba con meter a la furcia aquella en el hogar donde habíamos sido felices como una familia, un hogar que yo le había dejado. No. Me llegaron a reclamar diez millones de pesetas, como si a mí me hubiesen regalado el dinero. La sorpresa más grande fue cuando lo detuvieron, niña. Lo cogieron vendiendo drogas, seis años después de que lo dejáramos, pero ya está en la calle, y Paco, cuando salió de la cárcel, mandó a un amigo a mi casa para que le dijera a la guardia civil que yo también vendía droga, que yo era igual de culpable que él, y si unos años atrás me echó a sus abogados encima, ahora me ha lanzado a los jueces, tanto que aquí me veo, encerrada entre estas cuatro paredes cochambrosas sin haber hecho nada, esperando a que se celebre un juicio que no llega, un juicio del que estoy segura que saldré inocente, porque no tienen nada contra mí, es la palabra suya contra la mía.

Después de que le pasara lo de la cárcel, construyó su propia capilla en el barrio donde nació y puso allí una figura de la Virgen de las Aguas, la patrona del lugar. La vistió a lo grande, con un escapulario de color lila y bordados de oro, con una capa de un violeta más

oscuro, con un cetro y una corona de plata y con un Niño Jesús en su brazo izquierdo. Preciosa la imagen, pero dime tú a mí qué persona se puede permitir eso. Y luego ya empezó con las donaciones a la Iglesia, que si una casa para el cura, que si dinero para la parroquia. La capilla también la donó. Yo, que soy feligresa de la iglesia a la que cedió todas estas cosas y suelo asistir a las mismas reuniones y a las mismas misas que ella, no soporto cuando se dirige a mí con ese tono de víctima que emplea, preguntándome por mi familia, Mari, cómo está tu madre o Mari, cómo están los hijos, como si lo único que le importase no fuera lavar su imagen, ensuciada por ella misma. Es mayor que yo, y llevo viéndola toda la vida. Manolita siempre llamó la atención, por su aspecto, por su vida. Sus modales no eran los mejores. Yo entiendo que estuviera harta de las miradas y los comentarios de la gente, pero algunas veces hablaba muy mal. Recuerdo una vez, siendo yo niña, que estaba con mi familia haciendo un pícnic en el lago, y llegó ella con toda su caterva de muchachos a la espalda. Se sentaron cerca de nosotros. Ella se quitó la ropa y se quedó en bañador. Un chiquillo, de unos once años, que rondaba por allí, comenzó a mirarla, y Manolita, al percatarse lo mandó a tomar viento de malas maneras, y así no se le habla a un zagal. Y luego esos bares oscuros como El Camborio, donde nada más que se veían desnudos y se hablaban picardías, que una volvía la cara de la vergüenza que pasaba. Igual con la venta Los Tres Caminos. Al principio era un restaurante muy transitado por la gente del pueblo. La verdad es que se comía bastante bien y acudían las familias, pero a la noche aquello se convertía en un descaro y una desvergüenza, con tantos hombres entrando y saliendo acompañados por otros hombres o mujeres. Por eso la gente dejó de ir y tuvo que cerrar, porque esas cosas se hablan, y nadie quería en el pueblo que lo relacionaran con nada de eso; y lo mismo le ocurrió con el Hollywood, donde se veía a autoridades de todo tipo pasearse por allí con unas damas que para qué voy a contarte. Yo no me sorprendí cuando leí en el periódico la noticia de su detención. Todo lo contrario, sospechaba que en algún momento le llegaría. La verdad que no puedo afirmar si ella fue inocente o culpable, eso solo lo sabe su conciencia, pero a nadie la

investigan si, al menos, no se ha rodeado de gente ruin, y ese fue el mayor fallo que cometió.

¡Se tiene que lavar la boca quien diga que mi hermana es culpable de algo! Ya ves, ¿tú te crees que si lo fuera la Guardia Civil le hubiese pedido perdón como lo ha hecho últimamente, o que el ministro del Interior le hubiera dado la Gran Cruz al Mérito Social de la Guardia Civil? Eso no hubiera ocurrido, pero ya ves, a mi hermana siempre la han acosado con mentiras, desde que salió de la barriga de mi madre, y todavía lo hacen, porque después de que la Guardia Civil la premiara, en los periódicos han dicho cosas muy feas sobre ella, titulares como que Marlaska había condecorado a Manolita Chen, condenada por tráfico de drogas. ¿Ves?, veinte años después de que la metieran presa y siguen difamándola con calumnias que no son verdad, porque ya ves, dime tú a mí qué necesidad tiene la prensa de recordar eso, cuando lo importante es que mi hermana ha sido reconocida por todo el sufrimiento que padeció. Las mentiras que se han dicho sobre ella no han sido por envidia; qué envidia va a ser, si nunca ha tenido donde caerse muerta, todo ha venido por cómo es ella de echadita palante, por desafiar a su época, y de lo que no se dan cuenta es de que eso es lo que la ha hecho grande. Mi hermana estaba mejorando de su depresión, que a todos nos tenía muy preocupados; ya ves, es que se le notaba de lejos que la pena se la estaba comiendo por dentro, que en televisión parecía que tenía quince años más, gorda como se puso por las pastillas, pero ella seguía yendo a los platós y reivindicándose, y cuando ya salía, cuando ya tenía otra alegría en la cara, se mete la guardia civil en su casa, con María dentro, que la chiquilla nunca se recompuso del susto, y la acusan de que si tenía muchas joyas y dinero, ¡y cuándo se ha visto a mi hermana sin joyas y sin dinero, si era lo que más le gustaba del mundo! Yo desde el principio supe que Paco no iba a traerle nada bueno, pero ya ves, de todo sale una y de los errores se aprende. Aunque mi hermana nunca lo olvidó. Por mucha desilusión que se llevara, por muchos hombres que hayan pasado por su vida después de separarse, ella siempre ha tenido a Paco en

la cabeza, y con lo enamorada que ha sido siempre, nunca más creyó en el amor y nunca le salió bien ninguna otra relación, porque ella decía que no podía hacer felices a los hombres. Dios aprieta, pero no ahoga, y de esta mi hermana también ha conseguido salir adelante, paseándose otra vez por toda España para ir a todas las charlas donde la invitan, ayudando a las personas mayores con su fundación, amparándose en mí cuando ha necesitado algo, porque ya ves, yo siempre he estado juntito a ella, siempre siempre siempre.

Estoy muy nerviosa, niña; no te lo he contado, pero hace una semana me visitó mi abogado y me confirmó que ya hay fecha para mi juicio. Yo me lo he callado porque no he querido que la ilusión me desbordara; aquí dentro ya se sabe, una tiene que estar concentrada en que las horas pasen lo más rápido posible, y pensar en la fecha me hubiera llevado a la desesperación. Pero hoy el nerviosismo me está consumiendo. El juicio es mañana. Una quiere ya volver a casa y estar con su hija, que le dé el aire. Nueve meses, niña, nueve meses de espera y martirio, sin poder abrazar a mi María y a sabiendas de que una es inocente. ¿Tanto tiempo se tarda en decir una fecha? ¿No se les cae el alma al suelo de saber que una persona está presa sin que tenga una sentencia firme sobre su espalda? Yo no lo entiendo, pero el caso es que ya mañana se va a acabar todo esto. Tú te habrás preguntado ¿para qué son estas ropas que tiene Manolita en su cama? Se las pedí a mi abogado y me las acaba de traer. Tengo que estar presentable ante el juez, niña, tiene que ver en mí a una señora humilde, digna, a una señora de sesenta y un años que lo último que haría es vender droga. He pensado en dos opciones, esta falda con esta chaqueta gris y debajo una camisa blanca, o este vestido de tubo azul marino con este cinturón fino en la cintura. ¿Cuál te gusta más? El de tubo también es mi favorito; con esta ropa el juez nunca va a pensar que yo he tenido que ver algo con ese asunto de drogas, ya lo verás. Esta noche me va a costar coger el sueño, pero ya he pedido en enfermería una pastilla para dormir. Tú reza por mí, niña, ofrécele a Dios tus oraciones, que

él siempre escucha. Esto ya está terminando, necesito que se termine. Yo sé que me vas a echar de menos, que yo en la cárcel te he cuidado cuando has estado enferma, que he sido como una madre para ti, pero siempre me tendrás fuera, y si en algún momento, cuando salgas, no sabes dónde ir, búscame. En el pueblo todos me conocen y te dirán dónde puedes encontrar a Manolita.

Me condenaron a cuatro años de cárcel por homicidio imprudente. Entré en prisión el mismo día que Manolita, y compartimos celda. Yo era mucho más joven que ella, una niña a su lado. De hecho, es así como me llamaba, niña, no creo que nunca pronunciara mi nombre, aunque no recuerdo si alguna vez se lo mencioné. Durante los primeros meses perdí el habla, no porque no me quisiese comunicar, ni por timidez, como ella creía. Era del pánico, del shock que me dio verme encerrada. Fueron días de resignación, de acostumbrarme a las infecciones que me salían por el cuerpo, de sentir dolor en los riñones y la espalda. Después empecé a darme cuenta de que no existían los sonidos de fuera. El tráfico, la radio, la voz de mi hijo. Lo más complicado fue aprender a convivir dentro de una celda con una persona que en mi vida había visto. Pero tuve suerte. Manolita era respetada en la cárcel. En el comedor, las duchas o el patio le guardaban el sitio. No por ser violenta. Ella estaba dispuesta a las buenas palabras y a evitar el conflicto. Daba los buenos días, nos peinaba y nos maquillaba en los ratos libres, y a veces nos cantaba coplas. Desde que entré me protegió en sus faldas, y aunque a veces era muy insistente queriendo saber sobre mi vida y quién me visitaba en la cárcel, sé que sin su amparo y con la pérdida de voz hubiese sido un juguete en los espacios compartidos. La única envidia que le sentía era cuando un guardia se la llevaba al módulo de hombres para que curara a los enfermos de sida o a los marroquís que habían llegado en patera. O eso me decía. Ella me notaba en los ojos que yo también quería acompañarla y me prometía que algún día me llevaría con ella, pero eso nunca sucedió. Trabajaba en la biblioteca, el lugar más tranquilo allí dentro. Yo nunca me habitué a los ruidos de la cárcel, el murmullo en los pasillos, las cerraduras que se cerraban y se abrían, los portazos metálicos. Ella lo sabía y luchó con el alcaide por que me dejara

acompañarla. Pero yo no hacía nada, solo leer; creo que nunca he leído tanto en mi vida. Mientras ella limpiaba las estanterías, me dejaba en la última mesa con un libro. Nunca fue consciente, pero esa fue su verdadera protección. Los libros me dieron algo de libertad en el encierro. Me metía tanto en los personajes que hasta reía o lloraba con ellos. Un día me pilló emocionada con una cosa que había leído, y preocupada como era, me preguntó qué me ocurría. Le conté que en la novela una mujer le hablaba a su marido muerto y que eso me recordaba a nosotras en prisión, que si ella me veía cara de difunta cuando cogía sus retahílas en la litera y por eso me contaba sus historias. Manolita me miró y me dijo que por una cosa o por otra siempre andaba con el desvarío en la lengua. Aunque había veces que era yo quien la tenía que consolar, sobre todo cuando se acordaba de su hija María. Yo intentaba animarla diciéndole que lo importante era una buena conducta para salir lo antes posible, que se fijara en mí, su compañera, su niña, a quien le quedaban más años que a ella aun si todo marchaba bien. Dos gramos, dos míseros gramos, hicieron que pasara horas y horas y meses y meses entre la cochambre y el desamparo que es una cárcel.

En toda mi carrera como abogado, jamás he visto a nadie que sin una sentencia firme haya pasado nueve meses en la cárcel por dos gramos de cocaína, además sin que constaran antecedentes penales. Lo normal con esa cantidad es una multa. Dos gramos es algo que cualquier chaval puede llevar en el bolsillo una noche de fiesta, y el riesgo de fuga era una exageración que el juez le admitió al fiscal. ¿Adónde se podría marchar mi clienta con una niña con tantos problemas a su cargo? Es cierto que la guardia civil incautó droga de once vehículos diferentes en las inmediaciones de la vivienda, pero que esa mercancía fuese vendida por mi clienta era lo que precisamente se debía demostrar en la causa, y no era necesario ordenar la entrada en prisión mientras se esperaba la fecha del juicio. El caso pasó a la Sección Octava de la Audiencia Provincial de Cádiz, que continuó la investigación reclutando

declaraciones de testigos que afirmaban que Manolita ejercía la venta de estupefacientes. Fue un castigo excesivo. A mí el decreto de prisión preventiva siempre me generó desconfianza. Cuando la visitaba en Puerto II, a menudo tenía que calmarle los ánimos. Ella se había concienciado de que saldría pronto, pero mientras estaba encerrada había una investigación en curso, y yo le advertía de que hasta que el sumario no se cerrara no iba a poder sacarla de allí. Lo que nunca me esperé es que fuesen nueve meses. Con el paso del tiempo su ánimo se fue deteriorando, pero sus exigencias aumentaron. Las llamadas que le correspondían en la cárcel iban dirigidas a mi despacho. Me instigaba a que fuese más agresivo, a que apretara al fiscal para que el juicio se celebrase antes. No comprendía que yo poco podía hacer al respecto. La fecha de la causa se fijó para el día 30 de marzo de 2005. Manolita llegó bien arreglada, con un vestido azul que yo le había acercado a la cárcel el día anterior. También estaba nerviosa, aunque lo intentaba disimular. Mientras esperaba sentada en un banco del exterior del edificio de la Audiencia Provincial de Jerez de la Frontera, la pierna derecha le temblaba. Yo no pude estar con ella en esos momentos, como me hubiese gustado. Me quedé en la puerta por si el señor fiscal me reclamaba. Y lo hizo. Unos cuarenta y cinco minutos antes de la hora señalada para la vista oral, el señor Juan Orlandis me lanzó una propuesta con la que pretendía resolver el caso por la vía rápida. Yo no supe qué pensar, y tampoco sabía cómo se lo iba a tomar Manolita; en cualquier caso, mi deber como abogado era informar a mi clienta sobre la proposición del Ministerio Fiscal. La informé de que nos habían planteado un pacto. Nos solicitaban llegar a un acuerdo. Proponían tres años y cuatro meses de prisión más una multa de mil quinientos euros. Se tenía que declarar culpable y de esa forma no entrábamos a juicio. Manolita me recriminó que ella era inocente y yo le dije que ya lo sabía, que no tenía por qué aceptar, que solo era una propuesta. Ella tenía dudas. Intenté aclarárselas enumerándole las evidencias. Que tenían como pruebas las drogas requisadas en los vehículos y los dos gramos incautados en su casa, más las joyas y el dinero. Lo que más me preocupaba eran los veinticinco testigos dispuestos a declarar en su contra, por

tres de los nuestros. A Manolita le inquietaba que declararse culpable fuera a manchar su imagen, y yo la entendía, pero le aclaré que de esa forma saldría de la cárcel inmediatamente. Con los meses que había cumplido y la buena conducta, estaría fuera en dos días. Manolita consultó la propuesta con los allegados que habían ido a visitarla y pasados unos diez minutos se acercó hasta a mí para informarme de su intención de aceptarla. El juez falló que condenaba a mi clienta como autora criminalmente responsable de un delito contra la salud pública a la pena de tres años y cuatro meses de prisión, con la accesoria de inhabilitación especial para el derecho de sufragio pasivo durante el tiempo de la condena, además de una multa de mil quinientos euros y la obligación de hacerse cargo del pago de las costas. El dinero y los efectos intervenidos también le fueron decomisados.

El juicio no ha ido como yo esperaba, niña, me he tenido que declarar culpable. El fiscal nos propuso un trato y no lo he podido rechazar, porque mi abogado me dijo que si aceptaba la culpa pasado mañana salgo de aquí. Y así es, me marcho, ya me lo han confirmado; solo tengo que esperar a que se arregle el papeleo. Yo no quería, porque soy inocente y reconocer el delito es una mancha en mi vida, un hongo que ya me está creciendo y que va a contagiar la imagen que mis seguidores tienen de mí, pero yo necesito salir de prisión, me asfixio ya aquí dentro. He estado en muchas cárceles distintas, tugurios peores que este, pero aquello era diferente, porque me encerraban por odio y por unas leyes inaceptables que nunca se van a volver a repetir, pero ahora creen que soy una delincuente. Una criminal, dice la sentencia, y esa palabra ha caído sobre mí como un golpe en la espalda que no esperas. Empiezo a ser anciana y necesito salir, me pesa mucho el paso del tiempo, el abandono y la soledad. Pienso en que *la libertad no es de este mundo*, cada noche me he acordado de esa frase que tantas veces he leído en el libro que me regaló don Julio Mariscal. Lo he pensado mucho y lo he rumiado, y sí, es verdad, la libertad es de otro mundo que no es el mío y el de mucha gente, el mundo de los de la cáscara

amarga y los de la pared de enfrente, niña. Es pensarlo y se me vienen a la cabeza las personas más indefensas del colectivo, los mayores que por ser homosexuales fueron arrinconados, señalados y abandonados por su familia y ahora penan entre la pobreza y la soledad. Nadie se merece vivir todavía en el silencio de esa barrera que nos pusieron, y cuando salga haré algo, voy a tirar esa pared, niña, con una fundación o con lo que haga falta, ¿o es que no te suena bien Fundación Manolita Chen?. No, no he dicho nada, escucha. Fundación Manuela Saborido Muñoz y así, entre comillas, Manolita Chen, no me digas que no tiene música. Un lugar de amor construido con los cascotes y los escombros de todos los muros que nos han levantado a nosotras. Tú ríete, pero ya te darás cuenta cuando salgas de cómo lo tendré todo montadito y bien armado, y tú verás, que eres más joven, que todo eso quedará cuando me vaya del mundo. Un rincón para que otros estén acompañados y sientan que alguien los espera como a mí mi María en casa. Es acordarme de ella y mira cómo me pongo. Qué alegría más triste, niña, pero ya, ya pasado mañana voy a tenerla aquí entre mis brazos, y saldremos las dos juntitas al carril a dar nuestros paseos, y nos embobaremos con los pajarillos que cantan en las ramas de los limoneros y los naranjos.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a Raúl E. Asencio y a Diego Vaya su inestimable contribución a este libro, peleando conmigo en cada pequeño detalle. Por supuesto, quiero agradecer a Jorge Pérez, vicepresidente de la Fundación Manuela Saborido Muñoz, «Manolita Chen», y a ella, Manuela Saborido Muñoz, Manolita Chen, todas las facilidades que me pusieron para crear la historia, abriéndome las puertas de su casa incluso cuando su estado de salud no era el más óptimo. A Nieves Vázquez Recio por tener siempre un hueco para responderme. A la Petróleo y Violeta la Burra por existir. A Patricia Rivero y Patricia Calzada por presentarme a Mónica, y a Mónica por aquella tarde de invierno en Madrid donde me regaló sus anécdotas pícaras y su sabiduría. A Marian le agradezco todo. A RTVE por sus programas y su archivo. A Carla Antonelli por su tiempo y su conocimiento. A Ángelo Néstore por aquel paseo por Arcos de la Frontera junto a Martín y su sorpresa y admiración al ver el nombre de Manolita Chen en una calle. Me confirmó que tenía que seguir con la idea. A Ira Hybris por coordinar el libro *Las degeneradas trans acaban con la familia*, a Rafael M. Mérida Jiménez por escribir *Transbarcelonas. Cultura, género y sexualidad en la España del siglo XX*, y a Jesús Pascual por hacer lo mismo con *Querer como las locas*. Muchas de las referencias históricas están en sus libros. Y, por último, a Valeria Vargas por acercarme con su documental *Manolita, la Chen de Arcos,* la figura de Manolita de una manera en la que antes no había conocido.



La primera edición de *La pared de enfrente* se terminó de imprimir el 1 de octubre de 2025.
Ochenta y dos años antes, el 1 de octubre de 1943, nació en Arcos de la Frontera Manuela Saborido Muñoz. Con seis años la expulsaron del colegio para que no *contagiara* su homosexualidad. Durante las fiestas patronales, el alcalde franquista Laureano Barrera la encarcelaba o la encerraba en el cementerio para ocultarla a ojos de los turistas. Un miembro de la Policía municipal acudía con frecuencia a su casa para limpiarle el maquillaje de la cara. Recibió *electroshocks* en un campo de concentración con el fin de ser *reeducada*. Mientras estuvo vigente la Ley de Vagos y Maleantes, y posteriormente la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, la detuvieron una y otra vez. Agentes de la Guardia Civil la violaron y otros agentes, o quizá los mismos, le metieron piedras en la boca hasta que sangrara. Etcétera. Ochenta años después de que naciera, también en octubre, pero de 2023, el ministro del Interior le concedió la Gran Cruz al Mérito Social de la Guardia Civil, y, unos días más tarde, el presidente del Gobierno le entregó la declaración de reparación y reconocimiento personal, la máxima distinción como referente de la memoria histórica LGTBIQ+ y como víctima de los abusos de la dictadura franquista.
Comenzaba así el largo camino de la reparación.

Otros títulos de la editorial:

b7. El arte sin órganos _ Ana Gorostizu
b6. Los sentidos del tiempo _ Antonio G. Maldonado
b5. Dichos de Luder _ Julio Ramón Ribeyro
b4. La ciudad sin imágenes _ Juan Gallego Benot
b3. Llegir mata _ Luna Miguel
b2. A pie de página _ Fernando Castro Flórez
b1. Leer mata _ Luna Miguel
CA 15. El peso de la piel _ Margo Rejmer
CA 14. Animales de razas pequeñas _ VV.AA.
CA 13. El amor ha sido mi única culpa _ Małgorzata Nocuń
CA 12. Al este del Arbat _ Hanna Krall
CA 11. Intelectos colectivos _ McKenzie Wark
CA 10. Viaje a Liberland _ Grégoire Osoha y Timothée Demeillers
CA 09. El mal del chamán _ Jacek Hugo-Bader
CA 08. En el valle del paraíso _ Jacek Hugo-Bader
CA 07. Una calle sin nombre _ Kapka Kassabova
CA 06. Barro más dulce que la miel _ Margo Rejmer
CA 05. Mercy, Mary, Patty _ Lola Lafon
CA 04. Bucarest. Polvo y sangre _ Margo Rejmer
CA 03. La destrucción de la memoria _ R. Bevan
CA 02. Diarios de Kolimá _ Jacek Hugo-Bader
La escritura y el cuerpo _ Gabriel Josipovici
LCB38. Bedroom safari _ Alejandro Pérez Paredes
LCB 37. Deshacer el ridículo _Julián Génisson
LCB 36. El tren _Guillermo Abril
LCB 34. Colonización _ M. Armingol y L. Debat
LCB 33. Soñar de otro modo _ Francisco Martorell Campos
LCB 32. Tan tonta _ Carlos Catena Cózar
LCB 31. Memeceno _ Álvaro L. Pajares (ed.)
LCB 30. Criaturas fenomenales _ M. Angulo y M. Aguilar (eds.)